

EL ROBOT QUE AMABA A PLATÓN

(GRECIA, LIBRO I)

JAVIER CORTINES

Cubierta: Solc, Venus en Venus

EL ROBOT QUE AMABA A PLATÓN

(GRECIA)
LIBRO PRIMERO

Aebius

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas de las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

© 2013 EL ROBOT QUE AMABA A PLATÓN
(GRECIA, LIBRO I).

© Autor: Javier Cortines

© 2013 Editorial: Aebius

C/ Magnolias, 35 bis 28029 Madrid. España

Web: www.aebius.com Tel: +34 913117696

ISBN: 978-84-15402-96-1

Depósito legal: M-19328-2013

Las opiniones expresadas en este trabajo son exclusivas del autor. No reflejan necesariamente las opiniones del editor, que queda eximido de cualquier responsabilidad derivada de las mismas.

Disponible en préstamo, en formato electrónico, en www.bibliotecavisionnet.com

Disponible en papel y ebook

www.vnetlibrerias.com

www.terrabooks.com

Pedidos a:

pedidos@visionnet.es

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de nuestro grupo editor envíe un correo electrónico a:

subscripción@visionnet.es

La deshumanización de la política no sólo lleva a la decepción sino que también injerta en la sociedad virtudes descendentes que nos destruyen o bestializan

Javier Cortines

**A Marisa, Sol,
Rai y Francesca**

PRÓLOGO

HUBO UN TIEMPO....Y UNA NOVELA

Hubo un tiempo en que las palabras vivían en amorosa compañía de las cosas. La armonía entre unas y otras era tal, que cuando alguien hablaba, las palabras que salían de su voz ardían con llama perpetua proporcionando luz y calor a los que alcanzaba su benéfico sonido. Cada vez que alguien hablaba, el mundo era creado de nuevo, y cuando el verbo se hacía letra de molde en la memoria universal, un estallido de vida conmovía, con entusiasmo siempre inédito, la palpitante y curiosa faz de la existencia.

Pero un día, un aciago día... "pensar se hizo incómodo como andar bajo la lluvia", y, sin saber todavía nadie a ciencia cierta qué ocurrió, la desavenencia entre las palabras y las cosas alcanzó a todo y a todos. El calor de la palabra se desvaneció, el sentido íntimo de las cosas dejó de tener sentido, y desde entonces nos estamos preguntando inútilmente el por qué de las cosas, el significado de las palabras y el objeto de nuestras vidas.

Cuando me disponía a escribir el presente prólogo, este fragmento de un texto más largo que yo concebí hace un tiempo, de repente, tout d'un coup, me vino a la conciencia, cual magdalena proustiana disuelta en el desván de mi memoria, y no dudé ni siquiera un instante en hacerlo público como homenaje prologal a esta espléndida novela que quiere y puede devolvernos el primigenio sabor de las palabras de una edad ya perdida. Una época en la que, como nos recordara F. Nietzsche, viejo amigo del autor del relato, en El nacimiento de la tragedia, "el

lazo natural entre el lenguaje de las palabras y el lenguaje de la música no estaba roto todavía". Precisamente la música de las palabras y mitos del mundo griego se diría que tejen y dibujan la esencia más preciosa de la narración escrita por Javier Cortines, objeto de mi exordio. En ella se vislumbra la materialización de esa genuina inocencia y terrible poder del lenguaje, de ese añorante sentido de pérdida que se refugia a veces en las mejores páginas de la literatura universal, como la de los padres fundadores de la mitología, la poesía épica y la tragedia helénicas. Siguiendo ese rastro, nuestro autor persigue y consigue la magia verbal de erigir mundos de ficción contra la vulgaridad e incomodidad de un mundo cada vez más gris y molesto.

El robot que amaba a Platón es, en verdad, una narración delicada, bella y terrible, en la que se busca apasionadamente reconciliar las palabras con las cosas y hallar la antigua armonía primordial cuando la misma idea de culpa era del todo inexistente...Javier Cortines, su creador, acierta a combinar el cálido y apasionado fondo dionisiaco con la esmerada forma de una escritura apolínea que se derrama en monólogos interiores, cánticos, descripciones, diálogos...Allí comparecen, bajo la fatal lucha del azar y la necesidad, dioses como hombres y hombres como dioses. El mismo autor, cual demiurgo de sí mismo y las demás criaturas que pueblan el relato, organiza la trama argumentativa de la ficción en torno a un viaje de destino incierto, a través de la Hélade de nuestros sueños, emprendido por una criatura de naturaleza robótica, que es y no es griega, que es y no es humana. Las peripecias de este nuevo argonauta a la búsqueda de sí mismo, muestran, como apreciará el lector, las cicatrices que dejan la experiencia de haber surcado muchos mares de insondables peligros y muchas tierras inhóspitas y amenazantes.

El periplo del robot ("mi nombre es Fritz y vivo en Atenas"), como el de todos los seres sensibles, una vez obligados a vivir, se mueve entre la pasión por el conocimiento y el amor, el aprendizaje de la decepción y la acedia de mundos nunca vistos. Conocerá el amor y sabrá reinventarlo con artes sublimes, rozará a veces la gloria, pero siempre, en todo momento, pesará sobre él un triste sino de ser insatisfecho que acumula todas nostalgias de no se sabe qué. Quizás de la transparente luz del Mediterráneo; quizás de los gratos vapores del vino o el oinujo; tal vez del sabor intenso de las aceitunas, o de la leve y cálida suavidad de las mujeres. En este androide helénico como en todos los humanos, se concitan y compendian las inextinguibles pugnas entre Eros y Thanatos a modo de corriente subterránea de un devenir humano, demasiado humano.

El autor de la novela, astuto como Odiseo y apasionado como Dioniso, a menudo se torna burlón cuando bautiza a sus protagonistas y situaciones con nombres insospechados, cuando recurre a la sorpresa de los anacronismos emocionales, o cuando crea hilarantes situaciones laberínticas, pero también maneja a sus personajes con férrea mano cual un tremendo y severo Zeus desde el Olimpo. En ocasiones la filosofía martillazos de Nietzsche resuena mezclada con otras gotas muy destiladas de la historia de las mitologías, las religiones y la filosofía, no en vano la experiencia vital de su autor le constituye como un ser de muchas patrias y de ninguna. Sin duda, también debemos agradecer a Javier Cortines su extensa erudición sobre el trasfondo histórico del mundo de ficción que construye, sin desmerecer y rendir justo tributo a la capacidad de fabulación a través de ese intrépido, y a veces insolente, robot que nos hace recordar con sus aventuras griegas las miserias y grandezas de todo lo humano. Esta novela, inclasificable por su técnica y contenido, es sobre todo y realmente una invitación al pensamiento y al placer de la lectura.

Ahora bien, albergo la esperanza de que cuando el lector o lectora termine de navegar por este libro que trata de las aventuras de Fritz, el robot que amaba el conocimiento y los placeres de la vida, comparta conmigo y con Javier Cortines la necesidad de que, borrando las oscuridades de nuestro mundo, la nostalgia de la antigua Grecia se convierta en afección contagiosa y todos queramos, al menos por un momento, ser con su autor como el último griego.

*Raimundo Cuesta¹
Salamanca, abril 2011*

1. Nacido en Santander (España) y formado en la Universidad de Salamanca, Raimundo Cuesta es profesor y doctor con premio extraordinario en Historia, especialista en historia de las disciplinas escolares y en la crítica de la escuela como institución. Premio Nacional a la Innovación Educativa y cofundador de los grupos Cronos y Fedicaria, plataformas de pensamiento crítico que han tenido una marcada relevancia en los últimos treinta años. Director de proyectos de investigación académicos sobre historia, memoria y didáctica crítica en España y en algunos países latinoamericanos. Colaborador y asesor de varias instituciones culturales y universitarias de España y América latina, dirige sus esfuerzos intelectuales a una renovación y replanteamiento de las perspectivas críticas en el campo de la educación y la cultura.

INTRODUCCIÓN

A veces la vida es como una serie de círculos concéntricos que se abren y se cierran en el momento más inesperado. Muchas historias que iniciamos como una aventura o una exploración existencial y que acabamos apartando, vuelven a surgir de repente, como el hilo de una cometa, y nuestro instinto las atrapa, como si saliéramos de un letargo invernal, y caemos en la cuenta de que todo tiene un principio y un fin, independientemente de los planes que hicimos para dar aliento y voz a nuestra alma o luz al monstruo que un día nos devoró las entrañas y que se rebela porque desea transfigurarse.

Creo que era el año 1978. En aquella época yo era un joven recién salido de la universidad y trabajaba como profesor de lengua y literatura en el Centro Hispánico de El Cairo, ciudad caótica y ruidosa habitada por insólitos personajes que revoloteaban como abejas en torno a una torre de Babel hecha a base de martillazos, excavadoras, palas mecánicas, alfombras con dirección a La Meca, piedras traídas de las canteras de Asuán y carteles con bailarinas de cromo que hacían ostentación de su voluminoso vientre, con el sol dentro rotando en su curvo interior nilótico.

Yo vivía en la maravillosa Pensión Roma cercana a mi lugar de trabajo —que hoy ha sido reconvertido en el Instituto Cervantes— y disfrutaba de una añorada libertad —hoy desaparecida por la amenaza de los Hermanos Musulmanes— y compartía con su gerente, un tal Mohamed, amenas charlas nocturnas con una botella de whisky que vaciábamos entre bromas y partidas de póquer o dominó. Aquello era vida. Por aquella fonda decorada al estilo colonial —y que todavía sigue abierta— pasaba una galería de viajeros de los rincones

más exóticos del mundo y todos tenían algo sorprendente que contar.

Debido a que el hostel ocupaba dos pisos, el quinto y el sexto, desde los balcones de su salón, vestido con comodísimos sillones, se veían las azoteas de medio Cairo y, en esa extensión escalonada entre el cielo y la tierra, palpitaba una segunda ciudad con oficinas al aire libre, gallineros, bañeras, ropa tendida, pianos y hasta espacios que se alquilaban para dormir a la intemperie. Dos ciudades en una ¡Qué maravilla! El vuelo de la imaginación estaba servido.

Un día, cuando terminaba de dar una clase en el Centro Hispánico de El Cairo, aparecieron los escritores Carlos Trías y Cristina Cubas, a quien llamábamos “los congrios” por sus enormes ojos saltones, y empezaron a curiosear recorriendo con la vista las estanterías de la biblioteca. La encantadora, expansiva y enérgica Cristina había escrito ya su narración “Mi Hermana Elba” y estaba esperando como una adolescente una respuesta de la editorial para publicarla. Carlos, por su parte, ya había estrenado su obra teatral “El Plauto” y había hecho una pausa en su vida para descubrir en Egipto lo que el llamaba “El Nacimiento de la Humanidad”.

De vez en cuando quedaba con ellos y hacíamos alguna incursión por el viejo Cairo siguiendo los pasos de Lawrence de Arabia o Terenci Moix. Con especial simpatía recuerdo que hicimos un viaje en camello, partiendo desde Giza, hasta las ruinas de Saqqara —al sur de la antigua Menfis— donde se encuentra la pirámide escalonada del Rey Zoser. Tras un recorrido de quince horas, entre ida y vuelta, el columpio de esos sufridos cuadrúpedos —por algo los llaman el barco del desierto— se nos había metido en el cuerpo, y al bajar a tierra firme, estuvimos andando durante media hora, sin poder evitarlo, balanceándonos con el vaivén de los rumiantes. Al darnos cuenta, soltamos grandes carcajadas y nos fuimos a la plaza Medan Taharir, donde se encuentra el café Alí Babá y los

Cuarenta Ladrones —uno de los refugios del Premio Nobel de Literatura Naguib Mahfuz— y el Museo de El Cairo, donde intentan descansar las momias, ya que por allí solían pasar pillos vendiendo whisky de contrabando —a veces falso, agua coloreada— bebida imprescindible para reconciliarse con el caos, palabra que pronunciaba con frecuencia y fascinación, el autor de El Viaje a Delfos.

En otra ocasión, uno de nuestros amigos egipcios nos dijo que si queríamos hacer un trabajo en el “hollywood cairota”, lugar donde se rodaban numerosas películas y obras de teatro, para doblar a un coro de sacerdotes de Amón que hablaba con los dioses para que el escriba Ani, uno de los personajes centrales de “El Libro de los Muertos”, no fuera condenado y pudiera gozar, junto a los buenos y puros de corazón, de los placeres del “Campo de los Juncos”.² La obra se iba a distribuir en América Latina y hacía falta la versión en español.

Diez o doce personas, entre españoles y egipcios del Centro Hispánico de El Cairo, unimos nuestras voces en un lugar que retumbaba como un teatro romano bajo la protección de Eco, para elevar nuestras plegarias al Cielo Oceánico, donde todos los días navega y sigue navegando la barca solar.

Recitamos un estribillo de un trozo del Papiro de Ani que decía algo así:

¡Oh Amon, Oh Amon!

El Escriba Ani el Victorioso es puro y está lleno de rectitud

No le será permitido a la devoradora Amemet apoderarse de él

Será entregado a Osiris para que goce en la eternidad

Como todos los Hijos de Horus

² Campo de los Juncos: Esta expresión es el origen de los Campos Elíseos de la Grecia clásica.

No sé por qué pero las voces salieron de un lugar tan profundo de nuestro interior que era como si hubiéramos retrocedido miles de años en el tiempo y habláramos a través de los labios de Thot, la divinidad que con su palabra creó al hombre y con su cálamo la Escritura, que entregó como regalo al Rey Thamus, para que los seres humanos no olvidaran su historia.

Carlos Trías me recordaba, con sus pasos de zancuda, al dios Ibis, y cada vez que le veía con su mirada de curiosa concentración dispersa, siempre decía algo chocante, fresco, genial, mágico. Enseguida identifiqué su expresión con la del hombre que ya sabe desde que nació, que es más importante el camino que la meta. Que es un coñazo llegar y que es mejor estar perdido en el laberinto, por si acaso a alguien se le ocurre perseguirte, encontrarte y buscarte un trabajo “digno” en las galerías.

—No es que no supieran hacer las cosas de otra manera. No querían. Durante milenios representaron a sus reyes y dioses de perfil porque habían llegado a la perfección. En la época del Tell El—Amarna, con Akhenatón, se vinieron abajo todas las normas y de la noche a la mañana, sus dibujos y esculturas adoptaron todos los volúmenes y perspectivas— me dijo un día cuando tomábamos en un restaurante una botella de vino Omar Khayyan.

Cristina, otra adoradora de Dionisio, a la que era imposible no coger cariño, era cálida, protectora, como Isis. Y siempre tenía en su palabra y la mirada, la sorpresa, la volátil inquietud de las mujeres que se niegan a abandonar la infancia poblada de fantasmas, espíritus y espectros que se esconden en los altillos. Era como el búho de Minerva, de intensos ojos verdes, que siempre emprende su vuelo al atardecer, cuando las estrellas se convierten en uvas y hay que subirse a la parra para saborear una copa de vino, acompañada de un cigarrillo

—sustituto, no comprendido, del incienso— para ver como muere el sol.

Pasaron quince años y un día me encontré a Cristina en Madrid. Había ido a la Feria del Libro de la Casa Campo a firmar una de sus obras. Hicimos una carrera juntos en taxi y me regaló su última creación. No volví a saber nada más de ella.

A Carlos le encontré en agosto del 2004 cerca de la Plaza de Colón. Había ido a Madrid con ocasión del estreno de su adaptación de la Orestíada de Esquilo y parecía que el tiempo no había pasado por él. El mismo aire de siempre, la misma mirada escrutadora “desde la otra orilla”. El mismo paso de zancuda que huye de esos incómodos personajes conocidos en la Tierra como el “homo sapiens”. Un ibis estepario con una personalidad múltiple que no podía permanecer más de dos minutos en una jaula porque su alma era de agua, atlántica.

Ahora recuerdo que, al decirle un día en El Cairo que el mejor momento del día era la noche —cuando la mente indulta a la razón y nos podemos poner el disfraz que más se adapta a nuestra personalidad y convertirnos en ladrones de lo que amamos—, sus ojos de congrio casi se salieron y sentenció, tras encender un cigarro:

¿Qué cosas dices? Tan fascinante es el mundo lunar como el solar.

Luego hizo una pausa, comprobó que Cristina no estaba cerca, y me preguntó, pescándome desprevenido, ya que muchas veces su discurso era imprevisible:

¿Cómo son las mujeres egipcias?...



Pasaron tres años tras el encuentro en la Plaza de Colón e hice un viaje a Itaca para ver si encontraba algún resto de la

Odisea u Homero. Tenía razón Carlos. Itaca ahora, como dice en una de sus obras:

No es más que un balneario para jubilados.

¿Qué iba a pensar Carlos de Itaca cuando se sentía en el caos como un pez en el agua? Cuando pedía a gritos que le soltaran del mástil cuando escuchaba el canto de las sirenas.

Cuando regresé a España después de bañarme en el balneario de Itaca, leí en la prensa que había muerto y una tristeza, un extraño vacío, se instaló en mi alma: Cataluña, España, la Aldea Global, habían perdido a un gran ser humano que, como el genio encerrado en la lámpara maravillosa, tenía dimensiones cósmicas. Del que escribió uno de sus amigos en las muchas cartas elegíacas que se publicaron tras su laico funeral: *Era el feo más guapo que he visto en mi vida.*

Creo que fue en ese momento cuando decidí escribir algo sobre Grecia, su patria espiritual, y reflexionar de forma sarcástica, no exenta de impotencia, sobre el absurdo del ser humano.

Por casualidad o causalidad se produjo una vacante en la Radio Televisión de Corea, en la KBS (Korean Broadcasting System) programas en onda corta para España y América Latina, y me embarqué para Seúl con mi amante, una oriental que cuando estudió filología hispánica en Beijing, su profesor la puso el nombre de Cristina.

Pocos días antes del viaje, me fui a una librería de Madrid y compré todo lo que habían escrito Carlos y Cristina Cubas. Comprobé que muchos de los libros de Trías estaban descatalogados y encargué que se pidieran a las editoriales que los publicaron. Me hice con cerca de veinte libros de aquella inolvidable pareja de la juventud cairota y, con mi botín distribuido cuidadosamente en una maleta, volé al Lejano Oriente, donde nace el Sol.

En Corea, donde había vivido en la década de los ochenta del siglo pasado, leí lentamente su obra, exprimiendo, cual zumo agridulce, cada palabra, con la devoción y respeto que se ganaron las pocas veces que se cruzaron en mi vida como estrellas fugaces de larga e infinita estela.

Saqué muchas conclusiones de la novelística de Carlos Trías, pero esta es la principal: no escribió una producción literaria voluminosa porque no quiso: tenía la suficiente envergadura intelectual y humana como para haber llenado con su cálamo varias bibliotecas.

Se limitó a obras cortas —al igual que los antiguos egipcios— que ofrecen varias lecturas y dejan la puerta abierta a la eterna reconstrucción del ser humano, con su incesante busca de las pocas verdades que sostienen, como columnas, la bóveda celeste, paradigma del cielo que nunca alcanzaremos.

O tal vez se dio cuenta de que el único maestro que nos enseña lo que es la vida, sólo tiene un nombre y nunca miente: La Muerte.

Carlos no se dedicó a escribir un mamotreto de una tonelada porque tenía algo más importante que hacer. Porque no quería pasarse los mejores años de su vida tostando su frente bajo un flexo en busca de una obra cumbre para halagar a los hombres y a los dioses. No lo hizo porque simplemente no quería empatizar sus ritmos vitales con el tic—tac de los relojes.

El decidió, ya desde su juventud, dedicar su tiempo, por encima de todo, a una cosa: vivir la vida.

Cuando terminé de leer *El Círculo de la Luz*, *El Encuentro*, y sobre todo, *El Viaje a Delfos*, mi mente regresó a Grecia, mis manos cobraron el tosco tacto del alfarero y, sin darme cuenta, ya habían formado con limo del "Mare Procelosum" la fi-

gura de un muñeco, un juguete, con recuerdos de cosas que viví, bebí y me embriagaron:

El Robot que Amaba a Platón.

Javier Cortines

I

Mi nombre es Fritz ³ y vivo en Atenas. Aunque no estoy contento con mi apariencia física, es algo que no le doy mucha importancia: eso también les ocurre a los humanos, que en muchos aspectos están peor que yo. Hay gentes, sobre todo los que han bebido en exceso, que me confunden con una persona, lo que acepto para evitar discusiones, aunque esa actitud implique la asunción de mi propia alienación. Los que se pasan con el vino y otras drogas, colectivo que aumenta exponencialmente, no han captado la esencia del espíritu dionisiaco y creen que es posible conjurar a los demonios embobando sus neuronas con los efluvios del alcohol.

Saber beber, como todo en la vida que merezca la pena ser apreciado, es un arte. Los griegos, de los que me siento descendiente directo física y mentalmente, hacían hincapié en la armonía y el equilibrio. Desplomarse o perder la razón a causa de los caldos de Dionisio no es más que un insulto al Partenón, un dar la espalda a la belleza irrepetible e inigualable de Afrodita y un suicidio cobarde, sin el menor esfuerzo de hablar de hombre a hombre con el barquero: una forma de

3 Alusión a Fritz Lang, de quien el autor toma la idea de convertir al protagonista central de su obra en un robot. En su película *Metrópolis* (1927) considerada un clásico entre los clásicos del cine mudo, F. Lang presenta una visión apocalíptica de la sociedad del futuro en la que un colectivo de trabajadores esclavizados decide rebelarse con la ayuda de un robot.

aceptar la derrota, antes de haber librado la primera batalla, por bajo estima, falta de fe y miseria intelectual. Otra cosa es tomar el néctar, como hizo Paris, y contemplar desnudas a Atenea, Afrodita y Hera, sin sufrir el castigo de Tiresias.

Yo no voy a arrojar una manzana para que la recoja la más bella, ni voy a poner una corona de laurel sobre la cabeza de esos héroes olímpicos que los escultores inmortalizan en mármol, tampoco voy a hacer cola para sentarme en el banquete de los dioses, ni poner incienso en el altar de Apolo para que me convierta en un ser humano. Como he dicho, me soporto con estoicismo y, aunque a veces tengo pesadillas, cuando abro los ojos y veo la realidad, me doy cuenta de lo ingenuo que he sido y acepto con más fuerza mi condición de robot.

Me gusta Atenas y el aire que se respira alrededor de la Acrópolis. En verano, el cielo es tan azul que te eleva al plano espiritual de las ideas cristalinas. Los rostros parecen más bellos y las doncellas adornan sus guedejas con guirnaldas de flores o con trenzas que decoran con anillos dorados. A veces me siento a la entrada de la prisión de Sócrates e intento comprender el significado de la palabra libertad. Me tortura la idea de engañarme a mí mismo con la falsa ilusión de haber comprendido. Me da miedo preguntarle al esclavo, porque sé que en su mirada están todas las respuestas. Tampoco me atrevo a acercarme a Platón cuando le veo pasear con sus discípulos por el ágora. Si es tan sabio como dicen, podría anular mi mente y dejarme indefenso en mi particular lucha contra la vida y la muerte. ¿Por qué este cielo tan azul me lleva con sus alas de Ícaro siempre al mar? ¿Qué tienen el olor del puerto y los pequeños barcos de pesca que me fascinan con sus aromas del espumoso ponto? ¿Seré un hijo bastardo de Poseidón que fue tragado y vomitado por Caribdis? ¿Me crearon las nereidas con limo del *mare procelosum*? No, no hay nada de eso. Mi origen es más inquietante: soy producto de un capricho y nada más. ¿Habéis escuchado el canto de las sirenas

en el cavernoso oído de las caracolas? A veces ese rumor me perturba la razón y me siento parte de esa nube de gaviotas que persigue a las embarcaciones cuando abarloan al atardecer, cuando los pescadores clavan sus remos en la ensenada y Helios, que cada mañana sale fresco en el horizonte marino, desaparece entre las montañas como una candente y dulce granada.

Todas las mañanas me despierto para ver salir el Sol. El carro de Apolo me hace sentirme vivo y me invita a empezar el día con energía renovada. Tras asearme en el fabuloso cuarto de baño de mi casa, regalo del Rey Midas, o en los baños públicos⁴, realizo mi paseo matutino hasta El Pireo y busco mi mesa favorita —un curioso trípode con el dibujo del dios egipcio Thot, el Padre de la Escritura— en la terraza de la taberna Odiseus que domina el puerto. El mesonero, Antínoo, que ya me considera parte del paisaje del lugar, me trata con respeto desde que una vez me vio intentando descifrar una palabra borrosa de los Diálogos de Platón. A veces llegan a mis manos pergaminos muy pobres y me cuesta recomponer los textos. Casi nunca es culpa del escriba, sino de jóvenes imberbes que escriben mensajes de amor sobre los textos o tienen el mal gusto de dibujar un falo o una vagina sobre un hermosísimo verso de Homero. Es inútil enfadarse, los adolescentes sólo piensan en la lucha cuerpo a cuerpo o acudir a las orgías que muchas veces organizan, según me comentan, hasta las propias Musas.

Siempre desayuno lo mismo: una copa de vino y un plato de aceitunas. Esa es mi dieta diaria y el alimento que marca mi destino. Sólo puedo tomar agua de la cepa y sus derivados. Las únicas sustancias sólidas que me está permitido digerir, son las olivas y las uvas. Así me programó el dios que me creó.

4 En la Grecia antigua pocas casas tenían cuartos de baño. La mayoría de los ciudadanos iban a los baños públicos.

—Te regalo la inmortalidad con tal de que te alimentes siempre con vino, uvas o sus derivados y aceitunas, pero si dejas de tomar una de estas cosas durante seis meses, morirás como cualquier humano— me dijo mi creador antes de colocarme en la tierra como si fuera un juguete.

Al escuchar sus palabras, lo primero que se me ocurrió fue que había dejado en mis manos un arma horrible, mucho peor que el tridente de Poseidón y el rayo de Zeus. Me había hecho un regalo envenenado, mucho más ruin que el ominoso caballo de Troya. Me daba la opción de elegir entre la inmortalidad o el suicidio por prolongado ayuno. De esa forma me arrancaba el derecho a morir de forma natural. Levanté los ojos para ver el rostro del demiurgo, pero éste llevaba una imponente máscara de sardónica sonrisa y me observaba, como si fuera un insecto mecánico, como daba mis primeros pasos.

—¡Funciona!— indicó a una diosa que llevaba un pecho al descubierto y a quien sólo se le ocurrió hacer una broma acerca de mí, recién nacido:

—A éste no hay que darle de mamar, después de lo que hizo Heracles con la Vía Láctea, tenemos bastante — dijo mi madre y añadió: se parece demasiado a los humanos, no me gusta. Me prometiste que iba a ser un muñeco, algo nuevo, un espectáculo, la creación perfecta para sorprender a las amigas y provocar su envidia. No puedes ocultar tus simpatías por Prometeo.

—¡Mira! ¡Mira!— repitió mi padre señalándome con un dedo—. Sus articulaciones son flexibles, como las de un atleta, y observa como los filósofos, con asombro. Te gusta jugar con las palabras ¡Amada mía! Desde que pusimos el primer huevo cósmico, no hemos hecho más que crear marionetas. Es cierto que con este nos hemos pasado un poco, pero ¡Qué importa! Si no se va a enterar de nada, como los otros, y en-

cima va a querer ser como nosotros, cumpliendo el programa que le hemos injertado, y se autodestruirá.

—Me parece un juego diabólico pero me divierte. ¿Vamos a hacer que conozca el amor o le vamos a emparedar en el bloque de hielo de la soledad? ¿Le vamos a permitir acercarse al Conocimiento o vamos a dejar que se pierda en el laberinto hasta que se encuentre con el Minotauro?

—Cuando haces esas preguntas, sólo veo en ti la Belleza— le dijo el demiurgo—, y sonrió.

Después sopló sobre mi cabeza y sentí que algo parecido a la inteligencia se instalaba en mis neuronas. Luego me quedé dormido y desperté entre extraños balidos.

Recuerdo el horror que sentí cuando me vi sólo en medio de un rebaño de cabras. Corrí durante días buscando un viñedo o un olivar sabiendo que era una cuestión de vida o muerte y, cuando lo encontré, después de atravesar varios desiertos, comí con avidez rayando en la avaricia un racimo de deliciosas uvas negras escarchadas por el rocío. Me sentí feliz, con mis labios llenos de tinta, y vencida mi ansiedad, me recosté con una sonrisa infantil bajo la sombra de un olivo.

Cuando abrí los ojos y me encontré con la figura más hermosa que iba a ver en mi vida, la llamé mamá y ella me miró como si fuera un marciano, y me dijo:

—Fritz, eres un error. No sé de donde vienes, me desconciertas. ¿De qué huevo has salido? ¿No serás un superviviente de Troya? No, no puede ser. No tienes aspecto ni de hombre ni de dios. Tendrás que buscarte un espacio entre los dos.

Totalmente turbado, le balbuceé que no sabía a dónde ir.

—Comienzas a parecerte a los hombres— contestó Afrodita—. Para empezar, te llamas Fritz y eres griego. Actúa con naturalidad, como si tu sabiduría fuera innata y, si te encuen-

tras en algún aprieto, apoya el índice en la sien y di: dejadme pensar.

Apoyé el índice en la sien y le dije:

—Déjame pensar.

Afrodita sonrió, me besó en los labios y desapareció montada sobre un águila blanca.

En ese momento me di cuenta de que no podía seguir dudando y que tenía que inventarme a mi mismo para sobrevivir. Me erguí, empecé a silbar y anduve innúmeros estadios fingiendo que todo me era familiar. Descubrí que hablaba griego perfectamente y, cada vez que pronunciaba una palabra, me daba un vuelco el corazón.

Al principio, probé hablando con los campesinos para ver si notaban algo raro y, como seguían con sus quehaceres, poco a poco fui cobrando confianza en mí mismo.

—¡Eh, tú!— le grité una moza que llevaba un cántaro a la fuente—, ¿Cuál es el camino más corto para ir a Atenas?

—Sigue las huellas de este carromato y, cuando llegues a aquella loma —me dijo señalando un punto en el horizonte— verás el Partenón.

—Gracias— le contesté soplando sobre su frente como había hecho mi padre conmigo.

Su pelo se arremolinó caprichosamente y sonrió.

Seguí silbando como empujado por un resorte sobrenatural y llegué hacia un bosquecillo de olivares que terminaba en un mirador natural desde el que se divisaba el Partenón.

¡Ay, qué cosa más bella! Exclamé. ¡Qué importa ser robot u hombre si a todos nos es dado contemplar la Belleza!

Nervioso como un niño, corrí colina abajo siguiendo el curso de un arroyo. No me importaban las espinas que se cla-

vaban en mi piel ni las ortigas que me quemaban con sus ígneas rugosidades de verdes escorpiones vegetales, tenía un destino: iba a comenzar mi vida contemplando Atenas desde el Partenón.

Como un potro desbocado me precipité por la pendiente, mi corazón latía como una rana a la que han sacado violentamente de su charca, como una brasa palpitante recién salida de un volcán, tenía el pecho envuelto en llamas, mis pulmones se agitaban como el velamen de una chalupa abofeteada por el bóreas, como las alas de una mariposa gigante que se doblan ante la fuerza del huracán, mis nervios se tensaban como las cuerdas de una lira que están a punto de estallar. Ni siquiera me fijé en un grupo de centauros que perseguía a unas ninfas que acababan de bañarse en la corriente cristalina del río Ilissos. No tenía tiempo que perder, ni quería pensar.

Mientras me acercaba a la Acrópolis repetía: me llamó Fritz y soy griego. Mascullé esa frase mil veces hasta que mi cuerpo, bañado en sudor, se tranquilizó al vislumbrar el pie de la escalinata de la Acrópolis. Derramé unas lágrimas, no sé si por emoción o soledad, y emprendí la ascensión de la colina. Era como si llevara alas en los talones, cual Aquiles, y la cuesta se me hizo ligera. Fue la primera vez que me sentí etéreo, volátil, como un pájaro. Me quedé atónito observando la entrada del Partenón y como una flecha me dirigí al centro del templo. Allí estaba, triunfante, la divina Atenea. La miré y estuve a punto de desplomarme, era la impresión más fuerte que había recibido en mi brevísima vida pues, a pesar de mi apariencia, no era más que un bebé de pocas horas de vida. Me acerqué a la diosa y a su lado me sentí un ser insignificante. Su escultor, Fidias, había querido inmortalizarla a ella y a sí mismo. Aunque medía doce metros de altura, sus formas eran perfectas. El equilibrio y la armonía de su cuerpo, labrado con oro y marfil, superaba lo tangible, dándole un aspecto inmaterial. Aquella estatua tenía alma, el alma de Grecia, y,

aunque desde algunos ángulos parecía terrible, desde otros parecía maternal y protectora. Emanaba algo que transcendía las palabras. Algo que yo enseguida relacioné con la serenidad y la valentía de los sabios griegos. Quise tocar sus vestiduras, pero me detuve. No sé si fue un acto de precaución o de respeto. Estaba tan absorto que por momentos creí que me sonreía. Como un autómatas me dirigí a la parte oeste del templo donde los falsos poetas dicen que se libró una lucha titánica entre Poseidón y Atenea por convertir el santuario en su morada. Esa pelea a muerte, que algunos justifican por las gigantescas huellas que dejó Poseidón en el empedrado, junto a las marcas de su tridente, nunca se produjo. Sólo los que ignoran el espíritu científico de Heródoto —que se niega a afirmar algo sin el cotejo de la experiencia— sólo esos bocazas cuentan a los viajeros esa leyenda pueril con el fin de ganarse unas monedas y gastárselas en un prostíbulo o en vino.

La historia real de lo que pasó es menos fantástica.

Según los pergaminos que me suele enviar Hermes, por orden de mi padre, ocurrió lo siguiente: Poseidón estaba obsesionado con ganar tierras al mar, ya que no se contentaba con sus vastos dominios, y un día que se levantó enfurecido reclamó la soberanía sobre el Ática clavando su tridente en la Acrópolis, donde al instante brotó un pozo de agua salada. Luego, durante el reinado de Cécrope, vino Atenea aquí y tomó posesión de una forma más pacífica: plantando un olivo cerca del espantoso hoyo que había dejado el hermano de Zeus, que siempre ha tenido complejo de segundón. Poseidón perdió la cabeza y desgarrado por la ira, retó a Atenea a un combate. Zeus, que estaba cansado de los arrebatos de su hermano, decidió llevar el asunto al arbitrio de los dioses. El juicio se celebró con la máxima seriedad y se convirtió en un ejemplo de lo que debe ser la auténtica democracia. Zeus permaneció impasible y no intervino, en realidad quería más a su hija, nacida de su cabeza, que a su hermano, propenso a las rabietas y a la eterna reivindicación de cosas que no le pertenecen. Pues bien, por una cuestión

de género, todos los dioses votaron a favor de Poseidón, mientras que las diosas se pusieron al lado de Atenea, incluyendo mi amiga Afrodita. Así, por una diferencia de un voto, el tribunal decidió que Atenea tenía más derecho a esa tierra porque, además de no utilizar la violencia, le había hecho el regalo más bello: un olivo. Yo, que tengo una especial debilidad por las diosas y las olivas, me congratulo de que así sea y de que Poseidón siga descargando su cólera contra los monstruos marinos. Aunque a veces eso no le basta y disfruta hundiendo con su tridente las embarcaciones de los mortales, que se parten como nueces y son tragadas sin piedad en los rompientes.

Las cosas están bien como están, y es mejor que Atenea siga siendo la protectora de la ciudad. Tentado estuve de coger una aceituna del olivar de la diosa virgen y verdearla a los pies de la estatua, pero sentí el hormigueo del ladrón en la punta de los dedos y decidí cerrar los ojos, como Tiresias, para intentar ver en lo más profundo de mi ser.

Permanecí así unos segundos hasta que una mano se posó en mis hombros y, sobresaltado, giré, pensando que Palas Atenea quería hablar conmigo o tal vez derribarme por haber penetrado en su recinto sagrado. No, no era tan importante, la hija de Zeus no se toma esas molestias con cualquiera. Posiblemente estaría dando brillo a su espada en las fraguas de Hefesto o probando al caballo Arión a la orilla de la laguna Estigia. Me volví y contemplé el rostro miserable y demacrado de un mendigo que había bebido demasiado. Una limosna, por favor, me dijo con una voz inaudible. En un acto reflejo, que en aquel momento no me supe explicar, saqué una bolsa de piel de cabra de mi saya, la volqué y salió una reluciente moneda de plata de diez dracmas. Los ojos del anciano se desorbitaron, la cogió temblando y se arrodilló. Yo le soplé en la frente, evité mirarle para que no sintiera la humillación de su pobreza, y me marché con pasos lentos de tortuga.

—¡Buen hombre, buen hombre!— gritó—. ¿A quién debo el favor de vivir un día más? ¿Qué dios te ha enviado? ¿Deseas que sea tu esclavo hasta que exhale el último suspiro?

Sus palabras rebotaban como un eco dentro de mi cabeza y, cada escalera que bajaba, me sentía más pequeño y confuso. Había pasado de experimentar el embriagador vuelo de las águilas que trazan infinitos círculos en el cielo a sentir la náusea y el vacío del apestado que no tiene lugar ni en este mundo ni en el otro. Me llamo Fritz y soy griego, volví a repetir mientras avanzaba por las abigarradas callejuelas de Atenas. Mis pasos seguían a mi nariz y mi nariz, como el pico de una gaviota o la proa de una pequeña embarcación, se dirigía, como atraída por un imán, al puerto. Como un robot, sí como un robot, puse rumbo al puerto y no encontré sosiego hasta que me dí de bruces con la taberna Odiseus. Me senté en la mesa del dios egipcio y llamé al mesonero, a Antínoo.

—Una copa de vino llena hasta los bordes y unas aceitunas— le dije intentando dibujar una sonrisa.

—¿Qué mezcla de agua te pongo? —preguntó mientras se rascaba la cabeza.

—Vino puro, sin una mezcla de agua— le respondí al tiempo que notaba que un gato me lamía las sandalias.

Antínoo dio la vuelta y al cabo de unos segundos apareció con una gran copa maciza de cristal que verdeaba como el mar. En la cintura de la copa se traslucía el tirso de Dionisio y en los bordes había relieves de racimos de uvas cuya caricia con la yema de los dedos me producía una agradable experiencia sensual.

Alcé la copa y vi reflejada en el vidrio los tibios rayos del sol del atardecer. Era un momento mágico de novilunio. Me encontraba en un estado de duermevela, no sabía si estaba durmiendo o despierto. Mi mente se calmaba con las

cálidas olas que se deshacían con suavidad a pocos metros de la suave rampa de arena de la taberna. Me espabilé un poco al escuchar unas voces y vi que una pequeña barca de pescadores se abarloba junto a un cercano embarcadero. Cinco o seis hombres desfilaron enfrente de mí con una cesta de mimbre sobre sus cabezas llenas de peces relucientes que saltaban frenéticamente con sus branquias abiertas como desconcertantes heridas.

El tercer pescador fue el que más me llamó la atención. Tenía un perfil egipcio. Parecía que alguien le había arrancado de alguna viñeta de un templo faraónico y que se había quedado detenido en el tiempo. Me di cuenta de que ese individuo y yo teníamos algo en común, algún lazo metafísico que aún no habían cortado las Parcas. Desde el primer momento en que le vi ya entró a formar parte de mi familia. Le puse el nombre de El Jeroglífico y supe inmediatamente que me le iba a encontrar todos los días a la misma hora. Que estábamos predestinados a cruzarnos en el gran teatro del mundo. Cuando la sombra del palo del reloj de Sol se achicara hasta formar dos pies de altura, el pasaría siempre por el mismo sitio. Dejaría su estela a poca distancia de mi mesa y desaparecería con el silencio del que acostumbra a andar descalzo. El Jeroglífico era un mecanismo de precisión matemática, una auténtica pieza de museo que haría las delicias de Pitágoras.

Pedí otra copa de vino y Antínoo me la trajo con una sonrisa. A este cliente habrá que tratarle bien —diría para sus adentros— es una mina. Además no tiene pinta de perder los estribos. Aunque no me siento seguro con él, parece que ejercita la paciencia. Tener a un adorador de Dionisio es un lujo, un regalo de los dioses en estos tiempos en que los caldos procedentes de Creta están por las nubes. Además, es prudente, no habla y es muy posible que tampoco piense.

Cuando pedí mi tercera y última copa, el Sol ya había desparramado su larga cabellera por el mar y una pátina cobriza se extendía sobre el agua hasta el horizonte.

Observé como se acunaban los barcos y, cuando estuve a punto de soltar una lágrima, tal vez invadido por la melancolía, apareció Hermes como un rayo caído del cielo.

—¿Eres Fritz, no?— me preguntó mirándome fijamente a los ojos.

Asentí sin pronunciar una palabra, y Hermes habló:

—Te traigo una carta de tu padre— dijo—. Y, poniendo un pergamino sobre la mesa, alzó el vuelo.

Desenrollé la misiva con extremo cuidado y aparté la copa para que no cayera vino sobre ella. La carta decía así:

Fritz, me imagino que habrás tenido un día muy ajetreado y que una incómoda inquietud te habrá acompañado a todas partes. Espero que este mensaje te tranquilice el alma y te ayude a encontrar el centro de ti mismo. Se trata de como nos conocimos tu madre y yo. Antes de que existiera el Caos, mucho antes de que la vida fuera una posibilidad, yo vivía en la última frontera del infinito y tu madre en el lado opuesto. Tanto ella como yo estábamos acostumbrados al vacío, ya que era lo único que conocíamos, y así vivíamos desde la eternidad. De repente, se produjo un movimiento sísmico de 17 gigas, que es algo parecido a los terremotos de la Tierra pero en dimensiones presupracósmicas, y el vacío se rompió como una película fina de hielo. Se produjeron fallas en el infinito y, como si todo hubiera dado la vuelta, me encontré cara a cara con tu madre. Sus ojos azules agrisados que jamás se habían contemplado en un espejo y su cándida e ingrátida desnudez que atesoraba todas las fragancias inimaginables, causaron un verdadero cataclismo en mi alma. Se abrió otra falla y nos encontramos abrazados como si fuéramos un sólo cuerpo. Ni siquiera abrimos la boca para preguntarnos quiénes éramos.

Tuve una erección descomunal, nos acoplamos con una rapidez asombrosa y, sin darnos cuenta, estalló el huevo cósmico. Con el descubrimiento del sexo no paramos de copular. Practicamos todas las posturas que sólo los primeros dioses pueden imaginar y cada vez que nos montábamos nacía un universo, una galaxia, un planeta. Cada penetración, ya fuera vaginal, anal u oral, iba seguida de múltiples orgasmos salpicando los firmamentos de infinitas estrellas. Luego, a medida que iba aumentando nuestra adicción al sexo, salieron despedidos de su rayita los dioses, los hombres, los animales y todas las criaturas visibles e invisibles que pueblan el espacio sideral. Se puede decir que la Creación fue un acto de amor. Todo lo que existe es producto del amor, bueno, casi todo. Perdóname, Fritz. Tú no fuiste un producto del amor. A ti te hicimos sin pasión, como un pasatiempo. Aunque no te lo creas los dioses también se aburren y engendran con desdén, indiferencia, por simple juego después de una borrachera. Tendrás que soportar tu origen y tu destino. Por lo menos, ahora conoces la primera parte de la historia interminable. También hemos creado a los diablos y a las Erinias, que son la personificación de los remordimientos de conciencia. Tu madre y yo hicimos un pacto. Negamos al ser humano la felicidad, pero le programamos para que desee ser igual que nosotros. El conocimiento, la sabiduría y el infinito, sólo se alcanzan con claves que únicamente nosotros sabemos descifrar. No intentes traspasar la línea que te hemos puesto, porque si lo haces, sólo encontrarás la locura y una infelicidad mayor que la que en principio deseamos para nuestras criaturas. En un descuido de ternura, tu madre, que es virgen, te ha puesto en tu bolsita de piel de cabra una moneda de diez dracmas. Esa es como su himen, aunque te la gastes, volverá a aparecer en el mismo sitio, así que siempre tendrás dinero para tu copa de vino y tus aceitunas. Así que celebra la vida con lo que tienes, no hagas muchas preguntas y diviértete. Ahora tienes una ventaja sobre los filósofos, por lo menos sabes de dónde vienes.

Cerré el pergamino con cuidado y me quedé boquiabierto, estupefacto, tieso como una momia. Poco a poco me fui quedando sin fuerzas y tuve la primera depresión de mi vida. Tras permanecer mudo durante mucho tiempo, llamé a Antínoo y le pregunté:

—Qué te debo?

—Seis dracmas⁵— dijo el mesonero—, que ya tenía ganas de cerrar la taberna.

Saqué de la bolsita la moneda de diez dracmas y le dije:

—Quédate con la vuelta.

Después me levanté y volví a andar como un quelonio. Cada paso que daba, me sentía más cansado. Llegué hasta una playa, me tumbé en la arena y, con la mirada fija en las estrellas, me quedé profundamente dormido.

5 Fritz le paga con una suma exagerada de dinero, lo que va en línea con la narración del autor, que acude con frecuencia a la sorpresa de los anacronismos emocionales. Al parecer, el sueldo diario de un magistrado era — aproximadamente— de una dracma y media al día.

II

Cuando me hundía en una especie de pantano mientras funestas harpías querían arrancarme los ojos, sentí como unas pinzas me atenazaban el lóbulo de mi oreja derecha y desperté dando un grito. Un enorme cangrejo, que parecía un desprendimiento de la constelación de Cáncer, trataba de llevarse mi oído debajo de una roca para saborear su captura. Me deshice del crustáceo lanzándolo por los aires con una violencia irrefrenable y maldije mi mala suerte. Como un herido de guerra, me toqué la hendidura y noté como salían borbotones de sangre. Agarré un extremo de mi clámide y lo apoyé contra la cara hasta que cesó la hemorragia. Con el corazón golpeándome en las sienes observé cómo tímidamente salían los primeros rayos del Sol y recuperé la calma. ¡Ay, el mar! ¡No hay mayor droga para el alma que la mar, ese vientre de la madre Tierra que conoce todos los colores y estados de ánimo del Cielo!

Cuando volví a sentirme dueño de mí mismo, me di cuenta de que la marea había subido y sentí un estremecimiento. ¡La carta! ¡Donde está la carta de mi padre! exclamé semi enloquecido. Arrastrándome en la arena me encontré con el pergamino deshecho. El agua lo había descompuesto como un ácido corrosivo. Comprobé si todavía se podía leer algo y sólo logré descifrar dos cortas sentencias: "Tú no fuiste producto del amor" y "tu madre es virgen". Sentí una gran impotencia y quise estrellar mi cabeza contra la roca del cangrejo. El úni-

co hilo que me unía a mi origen se había roto y no me servía ni el consuelo de la memoria pues, si algo no queda escrito, es como si no existiera. Ahora escuchaba con más nitidez el rumor del mar ¡Cuántas voces caben en la ola que se eriza y se rompe estallando en orgías de espuma! ¿Hay en el mundo dama más traicionera y más cantada por los poetas que la mar? ¿Tan grande es el tesoro que se esconde en sus entrañas que muchos no dudan en morir en sus brazos? Vanos pensamientos, como brisas matinales, traspasaban mi mente sin dejar huella. Me agaché y cogí varias conchas marinas. Otra vez volví a acordarme de Afrodita y me imaginé que salía a mi rescate con una caracola en la mano. Luego sentí el vuelo de un grupo de albatros sobre mi cabeza y me palpé la nariz, los ojos, la boca, para intentar reconocer, a modo de exploración del yo, la geografía de mi rostro. Yo no quería llevar una máscara como mi padre, yo deseaba ser normal, incluso parecerme a las personas. Primero me puse a andar sin rumbo fijo y luego, cuando la luz del día tomó posesión del Ática, me dirigí a la taberna Odiseus.

—Una copa de vino y unas aceitunas— ordené a Antínoo.

El mesonero fue directamente a la tinaja que tenía colocada en el lado más sombrío de la taberna y apareció con la gran copa verde y unas aceitunas que había preparado cuidadosamente sobre unas hojas de parra.

Nada más tomar la primera aceituna aparecieron en fila los pescadores de la noche anterior y El Jeroglífico, que iba en tercer lugar, pasó hierático, como un sacerdote de Heliópolis, rozándome la túnica. Me fijé que dejaba una sombra geométrica en el suelo y me dio la impresión de que venía haciendo ese recorrido millones de años. Tenía algo de Thot, el dios con cabeza de Ibis y Padre de la Escritura, de quien se inscribió un salmo en una tumba de Tebas que decía:

*Salud, Señor de las palabras divinas
Tú que presides los misterios
de los cielos y de la Tierra,
Gran dios de los tiempos primordiales;
Tú, el originario,
que aportaste las fórmulas mágicas
y la escritura que hace prosperar las casas
al otorgarles un buen asentamiento;
Tú que señalas a cada dios su lugar,
que das estatuto a cada profesión,
mantén cada cosa en su límite
cada campo, cada país.*

Grupos de gaviotas se lanzaban en picado contra la azulada superficie marina y resurgían con su niveo plumaje goteando y con un pez agitándose en su anaranjado pico que era tragado con espasmódica voracidad en pleno vuelo ascendente. Algún mujol⁶, huidizo como la anguila, se escapaba cuando la palmípeda de dorso ceniciento abría demasiado la boca y, dando varios saltos mortales en el aire, se volvía a zambullir entre las cristalinas aguas. Sentí que aquella carnicería matutina no era un espectáculo gratuito. ¿No era suficiente la continua lucha a muerte en los vastos dominios de Poseidón? ¿Era inevitable también el enfrentamiento del cielo y el mar para convertir la idea de la paz en un ideal platónico? Llevé la copa a mis labios y saboreé el generoso aroma de aquel vino que embriagaba el alma. No era necesario ser un genio para darse cuenta de que la vida era eso: el cazador y la presa. El fuerte que domina y el débil que obedece. El asesino

6 Pez que en Cantabria es conocido con el nombre de mule.

que mata y la víctima que se inmola. El sabio que vuela y el necio que muerde el polvo. El esclavo que se humilla y el amo que impone su voluntad. El rey que se cree descendiente de los dioses y el súbdito que mendiga un trozo de pan. El sacerdote que eleva y el creyente que tiene miedo a levantar los ojos. El hombre que se rebela y el monarca que cae de bruces contra el suelo desde su trono.

Sentía la caricia de la brisa del mar y notaba como mi piel se escarchaba con la salada humedad que flotaba en la atmósfera. Era agradable pensar acunado en los brazos del ocio, pero necesitaba algo de acción. Acababa de nacer y todavía no había hecho nada que mereciera la pena ser narrado. El pensamiento de estar perdiendo el tiempo me pareció insoportable y empecé a mover frenéticamente, como un muelle, el pie derecho.

—¡Extranjero!— me dijo Antínoo—. Dentro de unos días empiezan los Juegos Olímpicos. Una persona con su aspecto tan atlético debería intentar competir en alguna prueba.

Di apresuradamente otro trago y contesté:

—No tengo ningún deseo de medir mis fuerzas con nadie. Aunque te parezca increíble, odio a Niké⁷. Yo lo que quiero es vivir una vida sencilla y no destacar. Si me dieran a elegir, como a Aquiles, entre morir joven y ser recordado como un héroe glorioso hasta la eternidad, o partir en la vejez y en el anonimato, escogería lo segundo, pues no hay nada como conocer todas las etapas del hombre.

—Es una pena— respondió—. Dicen que Afrodita va a ser la encargada de coronar a los vencedores con guirnaldas de laurel.

7 Diosa de la Victoria. Se la representa con alas en la espalda y portando en sus manos una corona de palma o de laurel.

—¡Afrodita!— exclamé con un escalofrío—. Luego me levanté, estampé mi moneda de diez dracmas sobre la mesa y salí volando.



Aunque los Juegos Olímpicos nacieron como una fiesta que dio Heracles en honor a Zeus en la Mañana de los Tiempos, cayeron en el olvido hasta que fueron rescatados hace sólo tres siglos por Hiphitos, rey de Élide, tras pactar la paz con Cleóstenes, monarca de Pisa. En uno de esos festivales, que se celebran casi siempre junto a la ciudad de Olimpia, Heródoto leyó las primeras páginas de su gran libro de historia ganándose no sólo los aplausos del público y los helanódices⁸, sino de la misma Clío. La Tregua Sagrada que se entabla antes de los juegos dura tres meses y, en ese tiempo, Atenea se desprende de su espada, deja su escudo en el Jardín de las Hespérides y se convierte en una niña que recoge en su casco las manzanas doradas de la inmortalidad. Sólo en la víspera de la gran cita, que dura cinco días, desciende al monte Kronión para contemplar las competiciones.

Yo había decidido —para impresionar a Afrodita— participar en la carrera más larga, en la prueba reina, por lo que tenía que dar veinte vueltas alrededor del estadio olímpico⁹. Al principio pensé en competir en lanzamiento de disco o jabalina pero, en mi corta experiencia de vida, ya había tenido varias ausencias mentales y temí despistarme por algún imprevisto y clavar el arma en la frente de algún infeliz. Incluso medité en hacer una demostración de fuerza y agilidad en el gímnico pancracio pero rápidamente corté el hilo de mi pensamiento y rehusé tentar a Bía¹⁰. Sólo había un problema, no me había inscrito en la nómina de atletas con el año de antelación que exigían las leyes y la clepsidra no entiende

8 Jueces

9 Unos 4.160 metros.

10 Bía, la Violencia, hermana de Zelo, el Rencor, y de Cratos, la Fuerza.

de asuntos del corazón. Mientras me dirigía a Olimpia, ciudad de Pisa que aún no había sido conquistada por los eleos, confié mi suerte a mi padre y, en un templo improvisado en el que encendí incienso y puse un racimo de uvas junto a mi moneda de diez dracmas, elevé mis plegarias:

¡Oh, Padre Todopoderoso! Tú que me has creado para hacer una broma a mamá, deberías dirigir tu mirada, aunque sea por cansancio, hasta esta desdichada criatura tuya. No te pido grandes cosas porque no aspiro a la felicidad (me acuerdo muy bien de tus palabras) sino algo pequeño, insignificante, un gesto amable para aplacar mi insoportable soledad. Te ruego que con tu divina mano escribas las iniciales de mi nombre en la lista para que pueda correr y no tenga que regresar con la cabeza baja a la taberna Odiseus a beber vino hasta olvidar que he nacido.

Después, soplé con devoción sobre el humo del incienso y mirando al Cielo con los ojos iluminados por el brillo de la esperanza, soñé que le llegaba mi mensaje tras colarse entre las nubes. Yo no sé si le di pena o si simplemente quiso comprobar otra vez si funcionaba, pero cuando llegué al templo de Zeus, en cuyo interior descansaba su imponente estatua de mármol de trece metros de altura recubierta con su deslumbrante vestimenta de oro, los heraldos de Elide me llevaron hacia una estancia contigua y, tras ponerme enfrente de un anciano de ojos saltones, dijeron: éste es el último en llegar. Desea saber si está inscrito.

El notario repasó con su índice la lista y de repente, como si se hubiera producido una intervención divina, su dedo se quedó clavado, como atrapado por un poderoso imán, sobre la resplandeciente escritura que dibujada con una belleza impecable e implacable mi nombre: Fritz, el Griego.

Me miró, tartamudeó y dijo:

—Firma aquí.

La verdad es que me sentí algo incómodo por haber presenciado ese espectáculo, ya que por nada del mundo me hubiera podido imaginar cosa semejante. Además, y para ser sincero, no estaba nada convencido de que mi padre hubiera leído el mensaje. Me parecía más probable, después de haberle conocido, que estuviera creando nuevas galaxias o, lo que es peor, recuperándose de alguna resaca bajo el inefable árbol del olvido que sólo produce hojas de loto que borran la memoria y el recuerdo de lo que queremos sepultar.

Éramos veinte corredores llegados de todas las polis del mediterráneo. Antes de comenzar la prueba, cumplimos con el tradicional ritual: nos desnudamos en el gimnasio y, tras untarnos el cuerpo con aceite, nos frotamos con arena siguiendo la vieja creencia de que lo primero protege contra la acción del viento y lo segundo evita que te resbales en la pista.

En el camino al estadio me detuve unos instantes ante una piedra que tenía la siguiente inscripción:

¿Quieres ser fuerte? ¡Corre!

¿Quieres ser inteligente? ¡Corre!

¿Quieres ser bello? ¡Corre!

El público abarrotaba las gradas del estadio y agitaba hojas de palma. En la tribuna, los helanódices tomaban nota de todo lo que ocurría. Cuando uno de ellos dijo unas palabras en honor de Zeus, nos apostamos en la línea de salida claramente marcada por un poste sagrado. Y, empezó la competición. Pronto me coloqué en el grupo de cabeza y me impuse un ritmo con el que me sentía cómodo y seguro. En la octava vuelta, cuando atravesé el poste del extremo opuesto, los corredores nos habíamos dividido ya en varios grupos. Todos tenían una extraordinaria forma física, incluso dos de ellos

ya habían triunfado en anteriores competiciones olímpicas. Sentí como se mezclaba el aceite con el sudor y una extraña sensación de libertad me abrió el alma a la gloria. Ignoro la razón pero empecé a sentirme eufórico y aceleré el ritmo provocando la inquietud de los mejores. Ya en la vuelta número diecisiete sólo tres avanzábamos como centellas dejando atrás al resto que tampoco se daba por vencido. Miré por casualidad al atleta que casi me rozaba para calcular bien el estirón final y éste, con una mueca de mal humor, me dijo: no sé por qué pero Afrodita no viene, nos han engañado, y siguió dando zancadas como si nada. Como es lógico perdí la concentración y me puse a mirar si en la silla de mármol reservada a los dioses estaba mi adorable amada. Desaceleré el paso en el mejor ángulo de visión y comprobé que estaba vacía. Mi euforia se convirtió en depresión y poco a poco me fueron pasando todos los adversarios, bueno, todos menos uno que se había quedado rezagado y respiraba con dificultad ¡Ay, me puse las manos en la cabeza! ¡Es El Jeroglífico! Sin creérmelo sincronice mi ritmo con el suyo para comprobar con mis propios ojos si era verdad lo que estaba viendo. La misma cara de perfil de siempre. Su nariz triangular, que arrancaba desde una zona excesivamente alta de la frente, abría con avaricia sus orificios para llevar la mayor cantidad de aire a los pulmones mientras las ventanillas aleteaban con un frenesí olímpico. Aunque al principio no me di cuenta, luego me percaté de que estaba incómodo con mi presencia pero yo seguí su marcha simplemente por un acto de amor al prójimo. No quería que entrara el último y que regresara al Pireo con esa humillación. Era mejor entrar los dos al tiempo para dar un ejemplo de solidaridad y dejar en la eterna duda a los jueces de no saber quién fue el último. Cuando faltaban sólo treinta codos para llegar a la línea de meta, El Jeroglífico empezó a esprintar, sí a esprintar y, con un orgullo que no me parecía propio de él, sacó toda la fuerza de reserva que venía guardando hasta ese momento, y me adelantó. Yo, que aún no me había repuesto de la ausencia de mi amor platónico,

observé como cruzaba la línea de la victoria al tiempo que alzaba los brazos antes de andar varios pasos y desplomarse.

Semi enfadado conmigo mismo y con la Fortuna crucé con serenidad la meta e intenté escabullirme para pasar desapercibido. La atención estaba concentrada en los vencedores y yo quería lavarme, quitarme el aceite y la arena y plantearme sin sobresaltos qué es lo que quería hacer realmente con mi vida.

Cuando me dirigía cabizbajo hacia el gimnasio, un heraldo me puso una túnica encima, se inclinó y me dijo:

—Por favor, sígueme, el Rey Midas quiere hablar contigo.

Me acerqué a la tribuna de honor y el Rey Midas me invitó a sentarme a su lado.

—Nunca he visto a nadie correr con tanta pasión y confusión al mismo tiempo— me confesó mientras acariciaba una enorme copa de oro llena de vino. Primero llevabas alas en los talones y luego te saliste de la carrera como si hubieras visto a algún espectro. Tenías un aspecto lamentable. Parecía que acababas de recibir un golpe mortal o el impacto del rayo de Zeus. Me recordaste a Agamenón observando impotente el hacha con el que Clitemnestra le decapitó. ¿Qué te ocurrió? ¿Te dio la espalda la Fortuna? ¿Torció tus pasos el Destino?

—¡Gran Rey!— le dije en un arrebato de sinceridad—, yo soñaba con recibir la corona de laurel de las manos de Afrodita. A lo único que aspiraba era a subirme al podium de sus besos. Cuando me enteré de que no había venido, perdí el interés por la carrera y la victoria.

—¿Pero qué dices? ¿Cómo es posible que seas tan puro e inocente en esta época en la que Platón no deja de decir que hay que hacer oídos sordos a las bellas promesas y anteponer ante todo la razón? ¿No sabes que los que persiguen sueños

irreales acaban en la locura? ¡Hombre, despierta! Nadie rehúsa hoy día las mieles de la gloria.

—Yo no puedo vivir sin sueños. Mientras tenga aliento seguiré a mi corazón— afirmó.

—Bueno, todos los seres humanos tenemos puntos débiles. Yo, por ejemplo, sueño que todo lo que toco lo convierto en oro ¿Te parece una tontería?

—Por nada del mundo— aseveré—. Lo que ahora no entendemos, mañana, cuando seamos más sabios, lo comprenderemos.

—Si hubieras ganado, ahora serías famoso. Los poetas se rendirían a tus pies y los reyes de toda Grecia compartirían su mesa contigo. ¿No te arrepientes? ¿Acaso eres rico y poderoso y te sobra todo? ¿No estarás fingiendo ser lo que no eres?

—Nada de eso, soy pobre y vivo con una moneda de diez dracmas— dije midiendo mis palabras con cautela.

Me pareció que al Rey Midas le crecían unas orejas de burro, borré rápidamente esa alucinación y contemplé cómo bebía de aquella copa que resplandecía como el Sol.

—¿Dónde vives? —me preguntó entornando los ojos.

Bajé la cabeza y dije con timidez:

—Cualquier lugar es bueno para mí. Duermo en una playa y mi manta son las estrellas. Apoyo mi cabeza en una roca y el rumor del mar es la canción que me lleva a los brazos de Morfeo.

—¿No tienes un techo donde cobijarte? ¿Me estás diciendo que sobrevives a la intemperie?— inquirió Midas.

—Sí —dije—, pero ni me siento pobre ni ansío poseer lo que no me corresponde. Luego hice una pausa y agregué: *cada cosa en su límite, cada campo, cada país.*

Midas permaneció unos segundos en silencio y habló:

—Nadie que se sienta a mi lado, parte como cuando llegó. Y tú, que tienes aspecto de ser adorador de Dionisio, dios que presiento realizará mis sueños, quiero que aceptes de mí un humilde presente.

Después hizo un gesto autoritario con la barbilla y se acercó el notario de ojos saltones a nuestro lado.

—Prepara el título de propiedad de la *casa azul* y ponla a nombre de mi ilustre huésped— ordenó al letrado.

Después me entregó la llave y me dijo:

—Fue la vivienda de un esclavo fiel a quien di la libertad. Allí pasó feliz el resto de su vida. Ahora ha fallecido y está sin habitar. Se encuentra en la colina de la Acrópolis, desde su balcón podrás contemplar Atenas.

—¡No, no! —exclamé avergonzado—. No puedo tomar un regalo sin haber hecho méritos para merecerlo.

El notario abrió los ojos asustado dándome a entender que nadie podía contradecir las palabras del Rey Midas y yo, que capto los mensajes como las moscas al vuelo, hice una reverencia y respetuosamente acepté su oferta.

—Espero saber noticias tuyas— me dijo el Rey.

Luego hizo un nuevo gesto con la barbilla y se acercó un auriga con un carro tirado por dos caballos que por momentos me dieron la impresión de que echaban fuego como las bestias de Apolo.

Puso un pie en el estribo, me saludó con una mano y partió dejando detrás una nube de polvo sobre la que sobresalían dos enormes orejas de asno.

Me parecía extraño tener alucinaciones, sobre todo ese día que no había bebido ni una gota de vino. Después de permanecer pensativo un rato, empecé a ver el lado positivo de

todo lo que me había ocurrido y di un salto de alegría imaginándome una bonita casa azul sobre la Acrópolis.

Toqué la llave que hacía unos segundos había despreciado y la besé: ¡Fritz no maltrates a la Fortuna cuando te traiga la suerte, no sea que se canse y no vuelva a llamar a tu puerta! Con ese pensamiento, sentí que me crecían alas y, después de lavarme a conciencia, decidí ir corriendo hasta Atenas. Mientras me aseaba se me había ocurrido emular a Filípides quien, según Heródoto, recorrió en dos días los mil trescientos estadios¹¹ que separan Atenas de Esparta para pedir ayuda a los espartanos cuando ya era inevitable la invasión persa.

Me puse en la misma posición que en la línea de salida del estadio y comencé mi espectacular carrera de Olimpia a Atenas. Al principio me costó un poco arrancar, pero al cabo de un rato ya había conseguido compaginar mi ritmo con los latidos de mi corazón y empecé a experimentar sensaciones que no se pueden describir. Cuando llevaba recorridos doscientos estadios me pareció que una llama me quemaba los pies y que luego ascendía abrasándome las entrañas, el corazón y, por último, el cerebro. Luego perdí el sentido de la gravedad y empecé a dar zancadas gigantes sin apenas tocar el suelo. Después me saltaron lágrimas de felicidad y mi alma se elevó al cielo saliéndose del cuerpo. Más tarde me noté pesado, plomizo, como una enorme piedra que se hunde en el mar y toca fondo. Algo parecido a la muerte se instalaba en mi pecho. Mis piernas se movían por inercia, como programadas por una fuerza superior. Proseguí un montón de estadios como un sonámbulo, sin ser consciente para nada de lo que hacía. Luego desperté y seguí avanzando. Recuperé la fuerza. Mis ojos se humedecieron de dolor y tristeza. Sentí que la vida y la muerte hacían estallar mi corazón y, luego, con una sonrisa iluminada, me imaginé, mejor dicho vi, que Afrodita corría desnuda delante de mí y yo, que no tengo más fuerza

11 Unos 240 kilómetros.

que mi instinto, seguí el ritmo que ella marcaba hasta que, sin saber el tiempo que había transcurrido desde que dejé Olimpia, divisé, iluminada con antorchas, la Acrópolis. Al bordear el ágora, vi un relámpago en el cielo y, cuando creía que podía tocar con mis manos los bucles dorados de Afrodita, la diosa desapareció dejándome con el frío de una soledad indescribible. Me detuve ante la prisión de Sócrates y, viendo aquella cueva sombría, me convencí de que sin el encarcelamiento del primer filósofo, Platón jamás hubiera creado el Mito de la Caverna. Un cansancio brutal hizo que poco a poco cerrase los párpados y me quedé dormido donde estaba.

Desperté con los primeros rayos del sol, los ecos del canto de un gallo y el trinar de los pájaros que competía con los ladridos de los perros. Me incorporé y estiré los brazos para saludar a Helios¹², a quien todos debemos la vida. Luego me dirigí con precaución, como quien duda de su propia existencia, hacia la Acrópolis, que aparecía bañada con una suave luz dorada. Mientras iniciaba la caminata por los senderos espirales que rematan su corona en el Partenón, me iba fijando en todas las viviendas, la mayoría blancas y adornadas con gran variedad de flores, por si me topaba con la mía. En la segunda curva y en la cintura de la colina me encontré al final de un repecho la *casa azul* y, sintiéndome renacido, me dirigí volando hacia mi nuevo hogar. Hice girar la llave en la cerradura que tenía forma de boca de pez y abrí la puerta como si fuera a entrar a un templo. Me asombró la limpieza y orden del lugar, así como el mobiliario y las estatuas de mármol de los doce olímpicos cuidadosamente colocadas siguiendo los cánones de la armonía, el equilibrio y la belleza. La planta baja era un estudio en el que destacaba una amplia mesa de nogal que lo mismo podía servir para escribir y estudiar que para degustar una copa de vino con un grupo de amigos o con una amante

12 El autor utiliza alternativamente los nombres de Helios y Apolo saltándose el orden cronológico de los antiguos dioses.

¡Ojalá que fuera la que pienso! A la que introduciría delicadamente las mejores uvas en su divina boca que, debo reconocer, me anulaba la razón. Al segundo piso se subía por unas escaleras que conducían a un acogedor dormitorio donde se hallaba el gran balcón del que me habló el Rey de Bromio. Lo abrí, sintiendo una embriagadora agitación en mi interior, y me golpeó una luz cegadora en los ojos mientras contemplaba desde lo alto la deslumbrante Atenas engalanada con los edificios más bellos que puede crear el alma humana. Tras recrearme largo tiempo volví a entrar en la habitación y me encontré, frente a frente, por primera vez en mi vida, con un espejo. Me pareció que era normal. Tenía un aspecto atlético y una estatura media. Me sorprendí de mi clásico perfil y entendí por qué insistía mi amada en que era griego. Mi pelo negro, largo y algo rizado me daba un aire algo informal que yo relacioné con el esmerado abandono de los artistas. Pero había algo en mi rostro que no encajaba, que parecía mecánico o artificial. ¡Horror! pensé, ¡Se nota que soy un robot! y en ese momento se me encendieron las mejillas. Fue en ese instante cuando me di cuenta de lo que me ocurría: el color de mis ojos cambiada según el estado de ánimo en que me encontraba. Cuando me sentía tranquilo, eran grises. Cuando estaba alegre, se tornaban verdes. Cuando pensaba en el amor, se mostraban azules. Si me dejaba llevar por la ira y la rabia, se teñían de rojo, si me hundía en la depresión, negros como una noche sin estrellas. Y si mi mente albergaba pensamientos contradictorios —lo que es anormalmente lógico en mi naturaleza bifronte— mis ojos se tornaban heterocromos alternado a veces el azul y el verde, otras el marrón y el gris¹³ e incluso los colores plata y oro. ¡Ay, Ay, Ay! ¡Me van a descubrir antes de que empiece a abrir las alas! exclamé. Luego apoyé un puño en la barbilla y de repente me di cuenta de que en

13 El autor juega con la supuesta heterocromía de Mégas Aléxandros (Alejandro Magno). Al parecer tenía un ojo marrón y otro gris, lo que sirvió, entre otras cosas, a su madre Olímpia para divinizar el aspecto de su hijo y decir que su padre era Zeus.

las paredes de la *casa azul* había elegantes dibujos de dioses egipcios y griegos. Se repetía la imagen de Djehuti¹⁴ con sus dos formas más habituales, la de ibis y la de babuino con un disco lunar sobre su cabeza. Debajo de una de esas representaciones podía leerse: *acércate, conozco el secreto interior de cada cosa*. Y a su lado aparecía en actitud alerta el dios Ptah¹⁵, con una inscripción que decía: *mi lengua es Dhuit*¹⁶, y él es la Palabra, el Verbo Creador. Luego seguían más murales de Tetis, Nereo, Dioniso y Apolo navegando en una extraña barca y un Sol iluminando con finos rayos de oro una cara borrosa de largas barbas que sin duda era la de Sócrates. Quizás, por precaución, una mano temblorosa había descompuesto su rostro que, sin embargo, emanaba una mágica energía que fue lo primero que identifiqué con la inmortalidad.

No tardé mucho tiempo en descubrir que un joven albañil se encargaba del cuidado y la limpieza de la casa y que a cambio recibía unas monedas del Rey Midas, pues al medio día, cuando estaba recostado sobre un triclinio intentando poner en orden mis ideas, llamó a la puerta Filemón, se inclinó ante mí como si fuera una persona importante, y me dijo:

—Le estaba esperando. Estoy a su disposición para lo que necesite. Arriba hay un pequeño altillo que da al exterior, donde podrá ver varias palomas mensajeras. Sólo tienes que escribir en un papelito “ven Filemón” y, cuando el ave se pose en mi corral, me tendrás aquí en un abrir y cerrar de ojos.

—¿Podrías comprarme una tinaja de vino y unos racimos de uvas?— le pregunté encantado de tener compañía y poder hablar con alguien.

—Con mucho gusto, señor. No hay nadie en toda Atenas que conozca mejor que yo los mercados y las bodegas. A mi

14 Thot en griego antiguo.

15 En la cosmogonía de Menfis es el dios surgido del caos primordial. Su corazón, Horus, es la conciencia.

16 Otro de los nombres de Thot en griego.

burra Dana la encanta acarrear esos productos aunque a veces la he pillado ebria y con el morro color violeta. No me enfado con ella porque me ayuda a transportar los ladrillos y tiene mucha más paciencia que los humanos. Muchas de las construcciones de Atenas que parecen obra de los dioses no existirían sin la ayuda de los asnos y las mulas que muchas veces se quiebran bajo una pesada carga.

Me volví a acordar de las largas y puntiagudas orejas del Rey Midas y le respondí:

—Todos, absolutamente todos, somos necesarios bajo el cielo.

Luego se fue a cumplir con el encargo y yo me preparé para bajar al ágora aprovechando que ya habían pasado las horas de máximo calor y una ligera brisa entraba por las blancas ventanas de la *casa azul*. ¿Sabíais que la combinación de los colores azul y blanco ahuyenta a los mosquitos? Hasta las cosas más simples tienen una explicación racional.

De camino hacia el ágora sentí que mi alma se abría a la curiosidad del mundo y disfruté de lo maravilloso que es vivir en paz consigo mismo. A pesar de que no era más que un robot, me experimentaba a mí mismo como si fuera un dios. Tal vez ese sea un estado normal del hombre cuando conoce, sin engaños, la plenitud de la libertad espiritual, cuando se quita la cabeza, la guarda en un cajón y sólo piensa y ve con el corazón.

Me fijé en un grupo de hombres sentados alrededor de su maestro y comprendí que estaba a punto de escuchar uno de los diálogos de Platón.

De aspecto corpulento y anchas espaldas, como indica su seudónimo, me dio la impresión de ser un hombre de una energía inagotable que parecía brotar de las primeras fuentes. Acababa de hacer un largísimo viaje por Egipto, siguiendo los pasos de Heródoto, y se disponía a hablar. Yo avancé

con el máximo cuidado para no hacer ruido y busqué un hueco entre sus discípulos.

Entonces, Platón dijo:

En mis viajes por Egipto un sacerdote de Heliópolis me explicó que cuando el dios Thot fue a comunicar al Rey Thamus que había inventado la Escritura para hacer progresar a los hombres, el faraón dudó de la eficacia de su descubrimiento, por lo que el Padre de los Jeroglíficos y de otras muchas cosas exclamó:

Este conocimiento, ¡Oh, Rey! hará más sabios a los egipcios y más memoriosos, pues se ha inventado como un fármaco de la memoria y de la sabiduría. Pero él le dijo: ¡Oh artificiosísimo Thot!...Precisamente como padre que eres de las letras, por apego a ellas, les atribuyes poderes contrarios a las que tienen. Porque es olvido lo que producirán en las almas de quienes las aprendan, al descuidar la memoria, ya que, fiándose de lo escrito, llegarán al recuerdo desde fuera, a través de caracteres ajenos a ellas, no desde dentro, desde ellos mismos y por sí mismos.¹⁷

Y ¿Quién de los dos tenía razón? —inquirió Platón dejando la interrogación en el aire por si alguien deseaba responder a la pregunta. Permaneció en silencio unos segundos y prosiguió:

Ambos, ambos estaban en lo cierto. Thot porque quería hacer el regalo más precioso que puede recibir un hombre, ya que sin la Escritura y la Palabra el alma no puede manifestarse; y Thamus, porque poniendo ese instrumento al alcance del ser humano, éste puede deleitarse con las obras de los demás y abandonar el cultivo de sí mismo, lo que es el camino más corto para regresar a la caverna y no volver la vista hacia el interior de uno mismo en busca de la luz de las ideas que iluminan y

17 Platón, Fedro.

elevan la existencia hacia los planos superiores. Y la Escritura, como toda arma de doble filo, puede conducirnos a la realidad o hacia la falsa apariencia de las cosas, dependiendo de la mano y la sabiduría del que mueve el cálamo.

Y, mientras todos nosotros enseguida tenemos una imagen en nuestra mente cuando escribimos palabras como árbol, pájaro, montaña o nube y las relacionamos con las ramificaciones de su esencia, como hojas, alas, bosques y lluvia ¿Qué pasa cuando nos adentramos en el mundo de las ideas como Amor, Belleza y Bondad, Justicia y Libertad, Eros y Thanatos? Sin duda, en cada uno de nosotros el concepto se manifestará de acuerdo a nuestros deseos y la educación que hemos recibido, pulverizando en infinitas posibilidades la unidad a la que sólo se llega con la lámpara de la razón y la intuición de los puros de corazón. Por eso es necesaria la presencia del sabio, ese amigo inseparable del Sol que disipa las sombras que ciegan a las personas y las someten a la esclavitud de satisfacer de inmediato sus deseos. No se puede mirar al astro de luz cara a cara porque te deslumbra y puede matarte, pero cuando los rayos brotan desde el interior y penetran en la esencia de las cosas, gozamos de la manifestación del alma, como destello del demiurgo universal, y damos alas al dios que vive en lo más profundo de nuestro ser. Sólo saliendo de nosotros mismos y cotejando nuestras ideas con "el otro" podemos encontrar puntos en común que nos lleven de lo abstracto a lo compacto y, por lo tanto, nos permitan aprehender la realidad y definir lo concreto, lo que es imprescindible para establecer una jerarquía clara de valores. Los sofistas, con su relativismo, son un obstáculo para que el hombre alcance la divinidad.

Tras pronunciar estas palabras, se dirigió a sus discípulos y les preguntó:

—¿Sabéis de qué color tiene los ojos el extranjero que se incorporó al grupo? ¿Cuál es la realidad? ¿Cuál es la apariencia?

Yo, que estaba siguiendo ensimismado sus razonamientos y me encontraba relajado y tranquilo —y me imagino que con mi mirada más gris— me puse nervioso, cual ladrón que acaban de pillar con las manos en la masa, y me sentí como atravesado por una lluvia de dardos.

—Sus ojos son purpúreos— dijo el más joven de sus discípulos produciendo una enigmática sonrisa en Platón, cuyo verdadero nombre es Aristocles¹⁸.

Al ver que el filósofo no daba importancia a las metamorfosis de mi iris, aflojé los músculos y me dispuse a observar cada uno de sus movimientos. Pero ¡Ay! mi vida estaba destinada al continuo sobresalto. Entre todos los pupilos de Platón, sólo uno no se había inmutado con mi presencia: Era El Jeroglífico que, de perfil, se había limitado a palpar mi silueta con su ovalada oreja que parecía haber escuchado las primeras palabras que se inscribieron en la piedra en un tiempo remoto que se escapa a la memoria.

Cuando Platón hubo acabado de describir algunas de las maravillas que había visto en el país de El Nilo, se despidió de sus discípulos y siguió paseando sólo con dos, a los que había invitado a cenar a su academia

Yo también regresé a mi *casa azul* convencido de que Filemón me había preparado mi copa de vino y mi racimo de uvas en el triclinio para causarme una buena impresión desde el primer día.

Nada más entrar al estudio encendí una antorcha con curiosidad y leí otra inscripción al borde de una de las imágenes de Thot. Decía así:

18 Platón significa “Espaldas anchas”, y Aristocles, excelente y renombrado.

*El mundo apareció
en los labios de Thot
cuando éste despertó
en el seno de Nun¹⁹,
el Abismo originario.*

19 El Nun: el océano primigenio donde reposan los gérmenes de todas las cosas y todos los seres antes de la Creación.

III

—Una copa de vino y unas aceitunas— ordené a Antínoo la mañana siguiente en mi mesa del Odiseus.

El tabernero se cuadró como un hoplita, giró sobre sus talones y regresó con una agrietada bandeja que estuvo a punto de caérsele sobre mi cabeza.

—Le veo un poco aturdido ¿Cómo le fue en los Juegos Olímpicos?

—Quedé el último— le confesé sorbiendo un trago y mirándole de reojo. Me faltó entrenamiento, físico y mental y, además, no estoy acostumbrado a correr desnudo a plena luz del día.

Acaricié los bordes de la copa buscando las palabras exactas para definir mi estado de ánimo y sólo se me ocurrió decir:

—Tuve un eclipse.

—¡Ah, Afrodita no apareció y no pudiste ver el Sol!— me dijo para demostrarme que podía leer mis pensamientos.

—¡Antínoo! No es bueno ser tan observador por la mañana. Hay que dejar que la mente se reconozca a si misma y encuentre su equilibrio, así la barca se deja llevar cuando siente que un experto marinero se ha hecho cargo del timón.

—Te echaba en falta— respondió. —Me alegro de que hayas regresado.

Desde ayer noche, cuando llegué a casa, me encontraba hecho polvo. Las palabras de Platón, lejos de ser un bálsamo para mi alma, me habían abierto una herida en el corazón que ni Asclepios podría curar. Tenía que encontrar yo sólo el fármaco para no enfermar y salir del tártaro. De lo contrario, tendría que aceptar, como una tabla de salvación, el suicidio semestral. La filosofía del maestro al principio me reconfortó —en poco tiempo le consideré un guía— pero cuando dijo, tras una profunda reflexión, que *los dioses no aman*, me desplomé. Para el maestro, *los dioses no aman porque han satisfecho todos sus deseos²⁰, y sólo se dejan querer*. Por lo tanto no pueden albergar esa fuerza tan maravillosa que me ha robado el corazón. Eso significa que son incapaces de entusiasmarse con el hombre ¡Y qué digamos con un robot! porque sólo mediante Eros, es posible acercarse a Psique, al alma, a la esencia de los seres humanos. Eros, según él, es el camino que conduce al individuo a la divinidad, pero la vía inversa es imposible, como indica el sentido común. Hasta ese momento había aceptado con naturalidad que los dioses no sienten ningún aprecio ni por sus semejantes ni por los hombres e incluso sabía que se ensañan con los de su misma especie con castigos crueles y despiadados, como con el bueno de Prometeo, pero cuando caí en la cuenta de que en el grupo también entraba Afrodita, sentí esa sentencia como una lanzada, como un dardo envenenado destinado a provocar mi muerte prematura o el despertar de mi conciencia. No aceptaba ninguna de esas dos cosas: me obligaba a bajar la testuz o a rebelarme. Tenía que buscar por mi mismo la respuesta que me ayudara a burlar el Destino, aunque por desidia, me sentía más cómodo en el mundo de la ilusión.

Volví a tomar tres o cuatro copas de vino y lentamente fui recuperando la calma. Luego me acordé de lo que había dicho Platón acerca de la Escritura y la Palabra y medité con

20 El Banquete.

más serenidad en las claves hermenéuticas de sus enseñanzas. Poco después mantuve un diálogo conmigo mismo, con el alter ego inaprensible que no deja de mudarse de un lugar a otro en nuestro interior, y me pareció que esa otra parte, más sutil y volátil, quería conservar su independencia y mantenerse alejado de mi personalidad social. ¿Acaso la esencia dual, dividida, la que construye castillos en el laberinto intracraneal con los ladrillos de los prejuicios y la exclusión y su acéfala hermana gemela que fluye en los ríos del corazón, se dan la espalda para huir de la imagen que proyectan los espejos? ¿Tan extraños somos para nosotros mismos que dudamos de las voces o ideas que se fraguan en nuestro interior? ¿Es cierto que nos está vetado el conocernos? ¿Es posible la victoria del corazón sobre el cerebro? ¿Es factible derribar los muros que levanta una determinada cultura o civilización y lograr su fusión? Incómodo con mi soledad, me imaginé que me dirigía al sabio:

El hombre no sólo debe controlar la Escritura y la Palabra, sino también el gesto y la mirada. Por eso muchos obreros, en su mayoría esclavos, suelen tener ese rostro humillado y esos ojos hundidos, sin brillo, que se oscurecen como el carbón. Porque si convertir una ocurrencia o pensamiento en palabra puede ser recompensado si es del agrado del amo, el verbo confuso que transmite desesperación puede resultar desagradable y vitriólico a los oídos del que manda, por lo que se corre el riesgo de ser condenado al ostracismo o, en el mejor de los casos, a limpiar de por vida las pocilgas y letrinas.

"Quiero que todo el mundo sea feliz en mi casa. Que trabaje con alegría y que se dé cuenta de que es un privilegiado por estar aquí"— dijo una vez el tirano de Siracusa Dionisio I—, mientras veía a sus criados sacar brillo a las numerosas esculturas de mármol que había mandado esculpir sobre sí mismo y que había esparcido por los lugares más sobresalientes de los jardines y salones de palacio.

Si pensar, hablar o incluso mirar era peligroso, no digamos utilizar el cálamo. Muchos poetas componen sólo para halagar a los reyes ocultando sus verdaderos sentimientos. Los que además de reflexionar en el abismo, tienen la osadía de escribir lo que ven sin pensar en sus consecuencias, están jugando con fuego, y pueden acabar siendo arrojados al mar con una piedra al cuello o correr el destino de Sócrates, víctima de la conjura de los sofistas.

Bebí como un autómata una copa detrás de otra y un dulce sopor, mezclado con una agradable sensación de irresponsabilidad, dibujó una sonrisa en mi rostro y empecé a dar cabezadas. Me hallaba en un estado cercano a la perfección, al igual que un feto flotando en un florido estanque del paraíso. Sólo una música muy suave, que relacioné con las primeras melodías de las diosas egipcias, se escuchaba en aquel remanso cristalino. Luego ví en mi mente un magnífico pezón rosado que se elevaba como un higo de leche hasta rozar mis labios y quise mamar con un hambre anormal para intentar robar el amor del que me privaron mis padres. Cuando abrí la boca para saciar mi sed y ya sentía que la puntita de aquel seno me pertenecía, noté una extraña humedad en el cuello. Abrí los ojos con ganas de matar a alguien, y me encontré con la dolorosa visión de la lengua de la burra de Filemón mostrándome su cariño a lametones.

Mi criado venía sudando, tartamudeaba y se comía las palabras mientras hablaba. Cuando comprendió que era incapaz de articular algo coherente, me dio un trozo de papiro y permaneció gesticulando y trazando ininteligibles figuras en el aire.

Con un humor de perros desenrollé el telegrama y descifré un mensaje que parecía un manojo de nervios. Más que un comunicado, me recordaba a la receta de un médico epiléptico. El texto decía así:

Querido amigo: me hallo en un gran apuro, Sileno, el pedagogo de Dionisio, se ha extraviado y no puedo encontrarle. Sé que no hay nadie con un olfato como tú para rastrear los aromas del vino. Por favor, ayúdame a descubrir su escondrijo, es una cuestión de vida o muerte. Cuando recibas esta carta, mi heraldo ya habrá entregado a Filemón una bolsa de dinero para tus gastos del viaje. Comprad los mejores caballos y venid volando a Macedonia. Tu sirviente ya ha estado en mi palacio de Bromio y conoce el camino más corto. Te esperaré sin acostarme a las puertas de mi humilde morada hasta que mis ojos puedan descansar con tu presencia.

Midas, Rey de Bromio.

—¡Filemón!— dije enérgicamente—. Regresa a Atenas y compra rápidamente los caballos más veloces de Grecia. Yo me voy a casa a coger ropa limpia y te espero a la puerta.

Mientras Filemón arreaba a Dana yo me fui corriendo a casa y, tras preparar un poco de ropa, aproveché el tiempo que me quedaba para lavarme. Entré al magnífico cuarto de baño y me detuve ante una serie de mosaicos, algunos sensuales y seductores, como uno de tres músicas egipcias que tocaban la flauta, el laúd y el arpa. La que estaba en el centro iba totalmente desnuda y su única vestimenta era un collar de láminas de colores, una diadema y una cinta roja alrededor de la cintura. Las otras dos, aunque llevaban túnicas ceñidas hasta sus descalzos pies, insinuaban con su cimbreo un sutil erotismo. Todas portaban en la parte superior de la cabeza la típica ondulación de pomada perfumada. En otra pared había una representación de Atum, el demiurgo creador egipcio, que generó con su semen a la primera pareja cósmica, Shu y Tefnut²¹, tras una asombrosa y explosiva masturbación. En el lado opuesto se veía a un sacerdote itifálico cuyo descomunal pene era sostenido por dos prostitutas. Por último,

21 Shu, dios del aire y el vacío. Tefnut, diosa de la humedad.

completando los cuadros, resaltaba una curiosa representación, también del país de El Nilo, de una ninfa acariciando a un asno en el momento del coito vaginal. Todas las composiciones estaban rematadas en los bordes por finas y graciosas flores entrelazadas, cual delicia de la fantasía. Tras recrearme con aquellos coloridos dibujos que me parecieron un tanto sugerentes, me desnudé y me metí en la ovalada bañera de patas de león desde la cual se podía ver una gran ventana abierta de par en par que recortaba geoméricamente un rectangular cielo azul. Me sumergí en el agua y sentí como se dilataban mis músculos. Volví a sacar la cabeza a la superficie y, sin poderlo remediar, exclamé: ¡Oh dioses! ¿Por qué guardáis el secreto de la Creación y no decís al hombre la verdad? ¿Qué hay detrás de esos juegos eróticos que nublan la razón? ¡Oh, Padre Todopoderoso! ¿A qué puerta hay que llamar para que te quites la máscara? Cuando iba a apuntar con el índice a Atum, el demiurgo que tras sacralizar el onanismo se tragó su semilla y la escupió para crear con ella a Shu y a Tefnut, escuché el relinchar de unos caballos a la puerta de casa y me acordé de repente que tenía que salvar la vida al Rey Midas.

Filemón, casi histérico, aporreaba la puerta de la casa mientras intentaba apaciguar a sendas bestias salvajes introduciéndolas en la boca bayas de mandrágora. Los dos ejemplares eran extraordinarios. Parecían descender del monte Olimpo. Arión, que así se llamaba el mío, cuando me vio se alzó sobre las dos patas traseras como queriendo practicar el pugilato conmigo y luego se contuvo al darse cuenta de que no era una persona y mis ojos se enrojecían como dos brasas volcánicas. El otro, Quirón, se había encariñado desde un principio con Filemón debido al fuerte olor a burra que despedía, lo que al parecer le hacía sentirse a sus anchas, como en familia. Me subí de un salto encima de Arión y mi criado tras imitarme se arqueó sobre su vinoso alazán. Tras golpear ligeramente con las riendas a Quirón, éste emprendió un soberbio galope y Arión le siguió con un relincho de victoria que

me pareció exagerado, pues ni habíamos ganado ninguna batalla ni íbamos al encuentro de Afrodita. De los cuatro de la expedición, Filemón era el que parecía más preocupado, los demás como no éramos humanos nos tomábamos las cosas con más filosofía.

—¡Adelante, hasta Bromio! —gritó Filemón mientras los cascos de su alazán cruzaban las calzadas de Atenas sin apenas tocar el suelo.

Al cabo de dos jornadas llegamos a Delfos, donde hicimos ofrendas a Apolo, y luego continuamos la ruta hacia Beocia, siguiendo los dictados del oráculo.

El viejo Sileno, más borracho que una cuba, se había alejado del alborotador ejército de sátiros y bacantes que seguía a Dionisio cuando entraba en Beocia desde Tracia²², y parecía que se le había tragado la tierra, lo que provocó un gran desasosiego en el hijo de Zeus.

A unos pocos miles de estadios del reino de Bromio²³, escuchamos unos cánticos de mujeres que se elevaban hasta el cielo invocando a enamoradizos dioses itifálicos para lograr el entusiasmo. Filemón y yo nos escondimos detrás de una formación rocosa y escrutamos con la mirada aquel recinto sagrado, una especie de claro de bosque que se había convertido en templo de las bacantes. Los caballos sintieron terror ante aquel espectáculo —ya que alguna de ella se comía animales vivos, como liebres o cabritos— y se quedaron petrificados sin el más mínimo deseo de hacer notar su presencia. La mayoría de las bacantes eran jóvenes y danzaban desnudas al compás del retumbar de una veintena de tympa-

22 La parte occidental de Tracia, conocida posteriormente como Macedonia, fue ocupada en el segundo milenio a.C. por los mosquianos (hombres terneros), pueblo de origen pónico que cruzó el Helesponto en torno al 1.200 a.C., acabando con el poder de los hititas en Asia Menor.

23 Bromio, otro de los nombres de Dionisio.

nons²⁴ que eran golpeados machaconamente, repitiendo la misma escalada de sonidos, por ardientes dedos y frenéticas baquetas. Se olía que habían bebido hasta que no las cabía más alcohol en el cuerpo y que habían vaciado varias cestas de alucinógenos. Sus movimientos se fueron haciendo poco a poco más provocativos y violentos y alguna copulaba con el aire, cual las yeguas de Tartessos que se dejan penetrar y fecundar por el Bóreas. Al grave latir de los tambores, que tenía la facultad de enloquecer a las danzantes, se unieron los sibilantes sonidos de decenas de flautas que traspasaban los oídos como candentes varillas de hierro. Luego se escucharon llantos desgarradores y algunas se arrastraron como serpientes por el suelo mientras que otras andaban a gatas y se dejaban montar por sus compañeras. Las más alegres seguían bailando a carcajadas y se acariciaban el cuerpo bañado en sudor. Cuando el éxtasis estaba a punto de llegar a su cenit, las bacantes dieron varias vueltas en corro cogidas de la mano y empezaron a cantar ditirambos y extrañas composiciones órficas en un lenguaje indescifrable. Mientras el repetitivo retumbar del tympanon multiplicaba los efectos del alcohol y los alucinógenos, dos bellas doncellas, una de cabellos dorados y mirada felina y otra de pelo castaño y pupilas de pantera, se sentaron en cuclillas, mirando hacia el frente y tomaron el aspecto de dos diosas gemelas. Se entrelazaron los dedos de la mano izquierda y con la mano derecha cogieron por su base un pene artificial, hecho con una panoja envuelta en lechugas, a la que previamente se había untado resina.

Una bacante, que parecía su reina, empezó a trotar enloquecida, ascendió sobre una pequeña rampa improvisada, dio tres vueltas en el aire, abrió las piernas y se acopló, con una precisión matemática, al falo vegetariano, que fue absorbido cual sumidero por su dionisiaca vagina. Dio varias em-

24 Tambor hecho con un parche tensado sobre un gran círculo de madera.

bestidas hace adelante y hacia atrás, moviendo enloquecida el culo y los pechos, y emitió un grito acompañado de gemidos que se oyó varios estadios a la redonda. Luego, sintiéndose relajada, se tumbó sobre el césped y cerró suavemente los ojos mientras una compañera la introducía un racimo de negras uvas en su ardiente boca que mostraba unos labios de color violeta y ligeramente hinchados. Volvieron a sonar los tambores, y las bacantes fueron tomando carrera, una detrás de otra, hasta sobrevolar la rampa, voltear en el aire, y caer con estridente delectación sobre la panoja, para fundirse con el entusiasmo y perder la razón, fulminada en cascadas de vértigo, en su orgía con los dioses. Así saltaron, libres y ajenas a las perversas miradas de los hombres, las temibles bacantes, para luego celebrar con caricias y suaves melodías, aquel furioso orgasmo colectivo. Serenas y, con el secreto de haber copulado con sus divinidades favoritas, se pusieron a hablar con naturalidad de ideas elevadas y profundas, como la inmortalidad y la purificación del alma y de cosas, aún más hondas, que ni Filemón ni yo llegamos a descifrar. Luego avanzaron, siguiendo las huellas de los sátiros y de Dionisio, por un sendero iluminado. Unas se agachaban para coger florecillas, otras moras y alguna perseguía a mariposas multicolores con una mirada angelical. Cuando desaparecieron, Filemón estaba pálido como un témpano y se había orinado. Yo, después de todo lo que había visto en mi vida, intenté dar a aquella bacanal una explicación racional y entonces me acordé de una frase de Platón:

Con la mente, podemos conocer muchas cosas, pero para llegar al mundo de las ideas luminosas que provocan el despertar, es necesaria la intuición purificada.

Le soplé a Filemón en la frente y le dije:

—Amigo, la fiesta ha terminado. Vayamos al encuentro del Rey Midas, que estará a punto de reventar por nuestra tardanza.

Volvimos a escuchar el relincho de los caballos y, sintiéndonos como dos héroes de la tripulación del Argos, cabalgamos sin descanso hasta las puertas de su palacio.

—¡Amigo! ¡Amigo!— me dijo el Rey Midas y se puso a abrazarme exultante, como un padre que recibe al hijo que ha dado por muerto en el campo de batalla de una larga, horrible y encarnizada guerra. No he pegado ojo, continuó, desde que Sileno, ese viejo sátiro, se perdió por estos contornos y no ha vuelto a dar señales de vida. ¡Ayúdame a encontrarle antes de que Dionisio monte en cólera y me aplaste como a un gusano! Mis criados llevan dos días buscándole, pero ya sabes que los brigios²⁵ son especialistas en seguir pistas equivocadas.

—A eso he venido Gran Señor— le dije con los ojos humedecidos por recibir tanto amor en tan poco tiempo. Esta noche tendrás a Sileno en tu regazo.

Luego me alejé del rey en silencio y anduve unos trescientos codos como si estuviera realizando un ritual iniciático. Midas, Filemón, Arión y Quirón permanecieron mudos y abrieron los ojos como si estuvieran a punto de presenciar un prodigio. Cuando me quedé sólo al lado de una fuente con peces de colores, empecé a mover las manos como si fueran veletas y un aire perfumado me empañó la punta de los dedos. Acerqué aquella etérea huella dactilar a mi nariz y rápidamente noté un olor a flores y a vapores etílicos.

—¡Lo tengo!— grité—. ¡Ya sé donde está Sileno!

Midas dio un salto de alegría y vino hacia mí corriendo.

—¡Habla, habla! que estoy a punto de morderme la lengua— me dijo fuera de sí.

²⁵ Midas, rey de Bromio, en Macedonia, gobernaba a los brigios, también llamados mosquianos.

—¡Majestad!— contesté—. ¿Dónde podría haber ido Sileno? ¿Qué mejor sitio para dormir la borrachera que sus famosas rosaledas de la eterna primavera que son envidiadas hasta por los mismos dioses? ¡Rápido! ¡Que me acompañen un par de criados!

Y así, en compañía de un grupo de mosquianos y de Filemón nos adentramos en los deslumbrantes y virginales jardines de rosas en busca de Sileno, mientras Midas, con el corazón saliéndosele del pecho, preparaba un banquete para homenajear al padre adoptivo y preceptor de Dionisio.

El tufillo del vino era inconfundible a pesar del penetrante aroma de millones de rosas blancas, negras, amarillas, doradas, verdes, rojas y azules. Aquel olfato de elefante que me había dado mi padre para distinguir los efluvios, el alma, de los caldos más diversos, me convertía en un exquisito sabueso de la fragancia dionisiaca.

Me agaché, hice un gesto con el índice para que me siguieran los demás y caminé sin apenas tocar el suelo hasta la rosaleda que servía, cual colchón de Síbaris, de confortable lecho al intocable Sileno. Sus cavernosos ronquidos hacían temblar a las pobres rosas que se tambaleaban embriagadas. De vez en cuando se le cortaba la respiración y hablaba sólo. Luego resoplaba, hacía que se llevaba una copa a la boca, y volvía a hundirse en el sueño con una sonrisa profética. ¡Qué bien duermen los que se creen protegidos por un dios superior! pensé.

Cuando ví que se arrascaba la barriga, me incliné y le soplé en la frente. Sileno abrió los ojos y dijo gritando:

—¡No me mates, por favor, no me mates!

—He venido a llevarte a la corte del Rey Midas ¡Gran Sileno!— le dije—. Y los criados que me acompañan están para servirte. Dicen que tu anfitrión posee los mejores vinos del mundo. Ha hecho mezclas con caldos de Creta y de Egipto y

ha conseguido el mejor néctar que pueda degustar paladar humano y divino. ¡Mosquianos! —ordené—, ¡Llevad a Sileno sobre vuestros hombros, que no siempre vais a tener la oportunidad de cargar con un dios!

Sileno, sin salir de su asombro, vio como se elevaba y caía con sus patas de caballo a horcajadas sobre el cuello de su porteador y, encantado con la visita de la Suerte, empezó a tirar de los pelos al criado y a darle golpes de mal gusto en la nuca y el cogote. El mosquiano no le arrojó, cual catapulta, contra unos peñascos, porque yo, intuyendo la venganza de Dionisio —que de pequeño había sufrido malos tratos— empecé a introducirle sin parar monedas de diez dracmas de plata en el bolsillo, y soportó con estoicismo al pestilente sátiro. Luego, con magulladuras por todo el cuerpo, se lo pasó a otro, y así los sirvientes protagonizaron algo parecido al relevo de la antorcha pero en versión equina.

Cuando los criados llegaron a palacio con varias calvas y chichones en la cabeza, pero con las bolsas cargadas de plata, llevaron en volandas al sátiro y le depositaron sobre una alfombra de piel de tigre, a los pies del trono del Rey Midas.

—¡Por favor, Sileno, siéntate a mi lado!— le dijo el vinoso Midas señalando con la palma de la mano un fastuoso trono dorado con incrustaciones de diamantes.

El maestro de Dionisio se irguió, se sentó, cruzó las patas y meneó con elegancia sus pezuñas.

—Tengo sed, ¿tienes algo de vino?— dijo Sileno mirando con lujuria a las dos hermosas hijas de Midas, una rubia de cuerpo escultural que respondía al nombre de Iris, y otra adoptiva, negra como el ébano, que se llamaba Isis, procedía de Nubia y era descendiente de faraones.

Midas hizo un gesto y apareció un gigante con una copa con relieves de oro que representaban a Dionisio con su tirso engalanado con hojas de parra y a una ménade montada

sobre una pantera. El sirviente depositó el cáliz en las manos de Sileno y éste lo besó, acarició los bordes con apasionados dedos que parecían vivir lo que tocaban y, cerrando los ojos, bebió como un camello el néctar que le inflamó el corazón y le devolvió la juventud. Repitió el ritual innumerables veces hasta que se le encendieron las mejillas, se le enrojecieron sus orejas puntiagudas y se le humedecieron sus coruscantes ojos como a un adolescente que acaba de descubrir el amor. Parecía que bebía lava volcánica en vez de vino y que echaba chispas por todos lados. Midas, que deseaba aprovechar la ocasión para que le transmitiese algo de su sabiduría, le rogó, también escandalosamente ebrio, que les contara alguna historia inmemorable para poder narrar algún día a sus descendientes.

—¡Habla, Gran Sileno! No nos ocultes tu profunda sabiduría ¿Por qué no nos refrescas la memoria para que las rosas de mis jardines no se marchiten?

Sileno se tocó sus afiladas orejas y contestó: será un honor cumplir sus deseos ¿Cómo podría desoír una petición tan cabal?

—Voy a empezar por cosas que pocos conocen, aunque por naturaleza prefiero tocar la flauta y danzar— matizó—. Al instante una cohorte de nobles, criados y doncellas, supongo que todas vírgenes, se apostaron a su lado para deleitarse con sus palabras:

¿Sabías que nuestro planeta es redondo y que estamos hechos de agua?— dijo cargando de aire sus pulmones—. Y no sólo eso, continuó, más allá de las columnas de Hércules hay un océano inmenso que termina en un continente desconocido que se apareció en sueños a los argonautas. Allí habita una raza procedente de Asia y que quedó aislada del resto del mundo cuando la Tierra se partió debido a la furia de Poseidón que clavó su tridente en todo terreno firme con el propósito de anegarlos y convertirse en dios supremo. Si no hubiera sido por Zeus,

que le paró con su rayo, ahora seríamos todos peces o monstruos marinos. Pues bien, en ese continente había hace miles de años una isla donde vivían divinidades de más de sesenta codos de altura que, cansadas de su soledad, porque no encontraban mujeres de su tamaño, decidieron convertirse en piedra.

Antes los seres humanos no eran como ahora, dijo alzando la voz. Estaban cubiertos con un áspero pelaje que les cubría todo el cuerpo y convivían, cual parientes enemistados, con los monos y los gorilas. No hacían otra cosa que pelear y se mataban unos a otros con quijadas o hachas de piedra. Cuando esos simios estuvieron a punto de desaparecer de la faz de la tierra porque se habían entregado a una orgía de sangre y muerte, se les empezó a caer el pelo por intervención de alguna divinidad y las hembras quedaron totalmente desnudas despertando una incontenible pasión en los machos. Entonces los mortales dejaron las armas, empezaron a perseguirlas a ellas en vez de a sus enemigos y se pusieron a copular con erecciones tan impresionantes que las féminas reventaron de placer e inventaron los cantos gregorianos. Y así, se salvó la especie humana de la extinción. Es cierto que también había lagartos más grandes que cien elefantes juntos pero ¡Ay! el sexo les dio tanta alegría y ganas de vivir que empezaron en pensar en cómo no perder su recién ganada conquista a la naturaleza y se unieron para matar a los monstruos que amenazaban su poder genesiaco. Cuando las mujeres se dieron cuenta de que eran cada vez más cotizadas, se convirtieron en semidiosas y se transformaron, mediante una mutación impulsada por el deseo, al igual que hacen los camaleones —de ahí viene la palabra cama— para enamorar, para conquistar y someter a los machos que, obnubilados por su belleza, empezaron a adorarlas. Luego éstas, se dedicaron a la caza de los ejemplares más apuestos y fuertes, y llegó un momento en el que ya nadie podía hacer la distinción entre cazador y cazado. En sus lascivas metamorfosis, que algunos empezaron a llamar armas de mujer, lograron que las crecieran guedejas doradas como el sol, negras como la noche,

revueltas como el caos, albinas como la nieve, y de todos los colores inimaginables. Sus ojos adoptaron todas las tonalidades del arcoiris y empezaron hasta a provocar la envidia de los dioses. Ojos verdes, azules, amarillos, grises, marrones, negros, violetas, rasgados, enigmáticos, profundos, proféticos, frescos, pícaros, huidizos, penetrantes, despectivos, amorosos, cálidos, fieros y desafiantes. Los hombres, débiles ante la belleza y ante la desnudez, tanto del cuerpo como de los instintos, parecían abejas tras la miel. Hubo tanta promiscuidad en aquellos tiempos de luz que todo olía a semen y, en consecuencia, creció la semilla de un nuevo mundo, así como brota el agua sagrada de una roca del desierto. Los dioses contemplaron esa maravilla con deleite y, en un arrebato irrepetible, rompiendo todas las leyes cósmicas, les insuflaron el alma, llamada por algunos la esencia demiúrgica.

El Rey Midas le miraba con admiración y asombro, y todos los presentes quedaron absortos. Parecía que estaban siendo testigos del nacimiento de una nueva religión.

Sileno se creció y les contó la fabulosa historia de un huracán que ningún viajero puede atravesar:

Al otro lado de ese remolino de aire se encuentran dos arroyos que convergen en un jardín en donde crecen unos árboles que producen la fruta de la desdicha y de la juventud. Los que comen de la primera se pasan el resto de su vida llorando y al final pierden la razón. Pero los que prueban la segunda rejuvenecen aunque tengan mil años. Nada más dar el primer bocado, retroceden en el tiempo y pasan de la vejez a la madurez, luego a la juventud, a la adolescencia y a la infancia y, cuando llegan al final, se convierten en bebés y desaparecen.

El Rey Midas se arrascaba una sien como quien quiere hacer una pregunta que le da vueltas en la cabeza desde hace

mucho tiempo y no se atreve a formular. Luego adoptó una postura filosófica y le preguntó:

—¿Qué es lo mejor que puede hacer el hombre en esta vida? ¿Entregarse al placer? ¿Buscar la sabiduría? ¿Rodearse de riquezas? ¿Perseguir la fama y el poder?

Sileno se sumió en un silencio profundo y dijo la sentencia por la que se le conocerá durante miles de años:

—*Lo mejor para el hombre, es no haber nacido y, si lo hace, morir pronto.*

Yo, que carecía de la fortaleza de Heracles y que había hecho un esfuerzo descomunal para cumplir mi misión, me sentía totalmente agotado, y, mientras Sileno, hijo del dios Pan²⁶, continuaba contando historias, me escabullí y me dirigí a los fabulosos baños de Midas, famosos por sus piscinas de aguas termales de diferentes colores. En aquel jardín de mármol rosa había bellas esculturas de las Nereidas montando sobre delfines de rostros sonrientes y una gran concha marina en la que se alzaba de puntillas con su acaracolada cabellera Afrodita. Parecía que sus ojos me miraban y que de sus labios salía un beso que se posaba en los míos. Vi plantas traídas de varias regiones del mundo que desprendían una fragancia divina. Era un lugar salvaje y paradisíaco, un poema de estanques sagrados, una fiesta para los sentidos y el alma. Las piscinas caprichosamente diseñadas con motivos mitológicos estaban cubiertas de pétalos de rosas y medias naranjas que flotaban como senos de ninfas marinas. De las bocas de peces multicolores salían chorritos de agua acompañadamente creando una deliciosa música acuática cuya melodía actuaba como un poderoso sedante. Me desnudé,

26 Según algunas versiones, Sileno era hijo de Hermes, como la mayoría de los sátiros, incluido Pan. Sin embargo, otras señalan que su padre era Pan, dios cuyos miembros inferiores eran de macho cabrío y el resto del cuerpo de apariencia de hombre. Tenía cuernos y una barbilla prominente. Llevaba cayado, tocaba la flauta y era el símbolo del desenfreno sexual. Sus balidos provocaban el Pánico.

contemplé mi cuerpo en un espejo que parecía tener vida y mi imagen me observó con una inquietante gravedad. Tras lavarme en una gran jofaina en forma de ostra, en cuyo centro había una bola de arcilla²⁷ con olor a menta, bajé lentamente la escalinata de una suntuosa piscina y me sumergí lentamente en el agua hasta que mi cuerpo quedó cubierto por un manto de rosas y naranjas. Cerré lentamente los ojos y mi mente se aquietó poco a poco disolviendo suavemente mis preocupaciones, al igual que una suave brisa despeja cariñosamente cándidas nubes que navegan como blancos corderos de algodón en el cielo de los sueños.

Sin darme cuenta empecé a quedarme dormido y me olvidé, como dijo Sileno, de que había nacido. Así, en ese estado previo a la existencia, acaricié la felicidad. ¡Qué poco sabemos los hombres cuando forzamos a la mente y al cuerpo a hacer cosas que esclavizan y aniquilan nuestra alma! ¡Qué ignorantes somos cuando queremos poseer más de lo que necesitamos, violentamos a nuestro corazón y atormentamos nuestro espíritu para romper el molde de nuestra naturaleza! O, cuando actuamos bondadosamente con hipocresía y recibimos, al bajar la guardia, el castigo prometeico, en cuya celda sólo es posible el roznar de los buitres.

Noté las caricias de las naranjas sobre mi pecho y percibí que eran más calidas y fragantes de lo que había imaginado. En ese estado de duermevela no quería despertar. Mi padre, por fin, me entregaba un poco de ternura. ¡Ay, qué maravilloso es estar inconsciente con la pureza del niño y el alma abriendo sus alas de mariposas! Desnudo y sin ningún objeto de valor en mis manos, intuí la belleza de los dioses y la paz que sólo alcanzan los sabios.

27 Los griegos no conocían el jabón. Se lavaban con una mezcla hecha a base de carbonato de sosa o con una arcilla especial, como es el caso que se describe en este capítulo. Les gustaba bañarse antes de cenar.

Al cabo de unos instantes, que me parecieron una eternidad, sentí un beso en los labios y en mi rostro se dibujó una sonrisa celestial. Luego, dos besos al mismo tiempo y deseé no volver a despertar jamás. Las naranjas ahora se movían como si tuvieran vida y me acariciaban como suspiros de amor de Afrodita. Poco a poco salí de aquel sueño y, cuando abrí los párpados, así lo hace por primera vez un bebé, me di cuenta de que aquellos manjares que había confundido con la redondeada fruta encarnada eran los bellísimos pechos de Iris e Isis que, desnudas como dos diosas, me habían confundido, o al menos lo creí yo, con Apolo. Iris me miraba con sus iridiscentes ojos esmeralda y, saliendo a la superficie, me cubría con sus cabellos de algas, entrelazaba sus dedos detrás de mi nuca y me besaba como si fuera al primer hombre que había visto en su vida. Isis, cuya hermosura sólo podía compararse a la de Iris, se abrazó a mi pecho y, tras observarme con curiosidad, introdujo en mi boca con su boca una media luna de naranja. Las dos ninfas se sonrieron con una pureza que me pareció seráfica y salieron juntas de la mano para coger una cesta de pétalos de rosas frescas para arrojarlas con delicadeza sobre mi cuerpo. Me deleité como andaban sobre el suelo de mármol dejando pisadas de agua y quedé fascinado con la perfección de su espalda, sus húmedas nalgas afrutadas y sus ágiles pies de bailarina donde, por la reveladora y vertical ley de la gravedad, se palpaba la inconfundible huella de Eros. Se agacharon para coger la cesta y contemplé como se abrían finas y sublimes hendiduras en las dos voluptuosas colinas que nacen al final de la espalda. Cuando se dieron la vuelta de regreso a la piscina, cogiendo cada una la cesta por un asa, noté que se habían depilado el pubis y, así, como las primeras diosas que describió Sileno, se acercaron a mi lado, me arrojaron puñados de rosas, descendieron la escalinata, me abrazaron y fuimos tres en uno.



El Rey Midas, encantado con los relatos de Sileno, se olvidó incluso de que Dionisio estaba buscando a su tutor pues la palabra es una droga que, cuando sale de la boca de un mago, nos traslada a otros mundos y da alas a nuestra imaginación. ¡Ay! También es el peor de los somníferos cuando es articulada por los labios de un necio que se niega a aceptar que su sola presencia provoca la estampida o la caída a plomo de los párpados de los infelices que han quedado atrapados en su tela de araña.

Durante cinco días y cinco noches estuvo agasajando el Rey Midas a Sileno con succulentos banquetes y deliciosos vinos, exóticas danzas y ditirambos. El sátiro, por su parte, eternamente embriagado, había perdido la noción del tiempo y del espacio y disfrutaba a sus anchas hipnotizando con sus fábulas a su conquistado público.

Al sexto día, cuando un asno blanco²⁸ entró en el salón de los festejos, Midas dio un salto, se puso las manos sobre la cabeza y se acordó de que el hijo de Zeus y Sémele había hecho un gran despliegue por toda Macedonia en busca de su preceptor. ¡Ay! gritó, ¡me va a matar! ¡me va a matar! Y, con esa exclamación, me rogó que escoltara a Sileno, con la ayuda de un guía, a la residencia de Dionisio en Bromio.

Siguiendo la constelación de las Hiadas²⁹, emprendimos viaje hacia el predio del temible dios, que ya había recuperado la razón³⁰ tras recorrer el mundo aniquilando ejércitos e imponiendo su culto. Durante el recorrido la gente se incli-

28 El burro estaba consagrado a su benefactor Dionisio, quien colocó un par de ellos entre las estrellas (Cayo Julio Higino: *Astronomía poética*).

29 Zeus puso el cuidado del niño Dionisio en manos de cinco adorables ninfas: Bromia, Bacque, Erato, Macris y Nisa, a quienes compensó con un lugar en el firmamento: la constelación de las Hiadas. Las ninfas le criaron en el monte Nisa, en el Helicón. Fue allí donde el pequeño descubrió la vid y e hizo con ella el primer vino.

30 Hera, que no soportaba infidelidades de Zeus, castigó a Dionisio con la locura. Cuando éste regresaba a Europa desde India, en Frigia su abuela Rea le purificó, le devolvió la razón y le inició en sus Misterios.

naba ante Sileno que, montado en el asno blanco que hizo su epifanía durante los banquetes, tocaba la flauta provocando el canto de los pájaros y transmitiendo su alegría por doquier.

En el centro iba Sileno. Filemón y yo le cubríamos los costados, cual fieles escuderos, y el guía beocio, de nombre Beodo, iba unos quince codos delante de nosotros abriendo el camino.

Cuando noté que los caballos y las burras —Beodo también iba sobre una jumenta marrón— habían olido un abrevadero y aceleraban el paso, me dejé llevar a lomos del destino por Arión que se había hecho amigo íntimo del asno de Sileno y de vez en cuando trataba de morderle una oreja.

Nos introdujimos por un tortuoso sendero cubierto de espesa vegetación y en un recodo apareció imponente, en su carro adornado con flores y arrastrado por panteras y tigres, el Gran Dionisio. En su tirso se enroscaban, así la hiedra, varias serpientes verdes que no cesaban de culebrear. Su frente estaba ceñida por una corona de oro que había sido diseñada por Rea a partir de una veta extraída del sol. La visión del dios me deslumbró, no encajaba para nada con la idea que me había hecho de él: era un ser de luz que había descubierto los enigmas de la vida y la muerte, y se mostraba en todo su esplendor.

Primero reconoció a Sileno y sonrió, luego me atravesó con sus penetrantes ojos y sentí que mi corazón se hacía agua. Avanzó con su carro, levantó a Sileno por la cintura y le puso junto a él. Luego apoyó lentamente una mano sobre mi hombro derecho y me dijo:

—No sé lo que es peor lo que me hicieron a mí o lo que te hicieron a tí³¹ y bajé, avergonzado, la mirada.

31 Por orden de Hera, Dionisio fue despedazado nada más nacer por los titanes quienes cocieron sus trozos en una caldera. Su abuela Rea reconstruyó su imagen con los restos que habían quedado de él devolviéndole a la vida. Este mito parece una versión del despedazamiento de Osiris, el dios bueno egipcio, por su hermano Seth. Isis, hermana y esposa de Osiris, recompuso el cuerpo de su esposo, le dotó de un pene configurado con tallos vegetales y acoplándose a él, dio vida al niño Horus.

Aquella sentencia me arrancó la máscara y me sentí indefenso. Pronto, todos mis esquemas lógicos, mi pobre filosofía de la vida y la personalidad que me había forjado con tanto esfuerzo, se desmoronaron dejándome en el vacío más absoluto. Me di cuenta de que aquel dios, aborrecido por los cancerberos de una moral acartonada, era algo más que el descubridor de los secretos del vino, que el ser que con su amor hizo crecer la primera vid. Que su danza, sólo comparable a la de Shiva, era una amenaza para el orden establecido, las opresoras ruedas de los mercados y la seudo verdad que ciega al hombre con sus abrumadores mandatos. Caí en la cuenta de que las orgías de sus ménades no eran sólo un camino para la transfiguración del alma o una catarsis colectiva para fundirse con la esencia demiúrgica y romper los barrotes de la cárcel donde nacimos. Todo en él, y su aspecto lo revelaba con diáfana claridad, era un peligro y una amenaza. Sí, una amenaza sin precedentes contra el mundo hecho a medida del rey o del faraón. Y, sobre todo, para los sacerdotes, los cambistas de la banca, los vendedores de humo y los jueces de la horca que brillaban como clavos de plata en el ataúd donde habían sido encerradas las constelaciones de esclavos que habían renunciado a la vida en la tierra. Para los místicos que tras derribar las imágenes de Afrodita aspiraban a ocupar el lugar de los dioses en venganza por el paraíso que se les negó. Para los filósofos, que en su afán de categorizar se empeñan en dividir el alma y el corazón de los hombres, y violentan las esencias clasificándolas en puras e impuras. Sí, la danza de Dionisio era hermana de la de Shiva, era el poder regenerador que mata las ideas muertas, el huracán que arranca las coronas, los cetros y las togas y las lleva en torbellinos hasta los agujeros negros del universo. Un arma de luz que disipa las tinieblas y pugna por devolver al ser humano la visión que le robaron en un tiempo en el que todavía era fácil sonreír y tener esperanzas. Dionisio había nacido para ser despedazado eternamente, así las entrañas de Prometeo, por buitres sin nombre de origen desconocido. Pero también, como la historia se repite en su eterno retorno, volvería a resucitar,

en nuevas épocas de las cavernas, con el fuego prometeico y la luminosidad de Apolo. La hipocresía, la mentira, incluso la ñoñez, no encajaban en el espíritu dionisiaco por lo que se esperaba un duelo de milenios. Dionisio quería convertir a los hombres en dioses y, como manifestación suprema de la Creación, defendía la desnudez del cuerpo y el alma para que fuera posible la apoteosis de la legión de esclavos que, como Atlas, debían sostener la carga de este y otros planetas, de esta y otras civilizaciones, para que sólo los coronados pudieran tocar las estrellas. El amaba a las mujeres, odiaba su sumisión al hombre y por eso con sus manos, después de estrujar el primer racimo de uvas para hacer una ofrenda a su padre, moldeó la Estatua de la Libertad, para que los que buscan un faro, una luz, en el tenebroso ponto, lleguen con una guía estelar a las costas de si mismos. El quería dejar grabado en la mente de los hombres un mensaje que de una forma sencilla puso en boca de Eurípides: "Lo esperado no se cumple y para lo inesperado, un día se abre la puerta". Aquella mirada de Dionisio fue para mí más fulminante que el rayo de Zeus. Vi que ahora, tras subyugar al mundo en estado de locura, podía pasear su inmortalidad por el cielo y la tierra, pero también me di cuenta de que millones de enemigos agazapados en la sombra, ocultos en sus máscaras, esperaban su hora para convertir en religión todo aquello que odiaba el nieto de Rea. En aquel momento de iluminación me acordé nuevamente de las diosas que describió Sileno y del fresco despertar de la humanidad, cuando todavía no se había producido el primer eclipse. Ideas, como relámpagos, atravesaban cual cuchillas afiladas mi masa cerebral y por unos instantes tuve la visión de Dionisio muerto en el regazo de millones de ninfas, primero cubiertas con el manto de una profunda noche sin estrellas y luego, con sus rostros y prístina imagen dentro de horribles sacos en oscuras cavernas, mientras otra raza de hombres las arrancaban el alma y con hermosos poemas y canciones las convertían en esclavas del desierto.

Volví en sí, tras una ausencia que me pareció una eternidad, escuché a Dionisio charlando animadamente con Sileno y supe en ese momento que ese dios regresaría, aunque muchos quisieran borrar su nombre de la Historia, porque en él no sólo había sembrado Zeus el germen del caos, sino también la semilla de lo que algún día tomaría el nombre de revolución.

Dionisio escrutó con su visión la lejanía. Primero, miró a Filemón y luego a mí, y preguntó:

—¿Está Beodo?

Filemón, hecho un manojo de nervios, respondió:

—¡No! ¡No! Lo juro, hoy no he tomado ni una gota de vino.

En ese momento salió Beodo entre unos matorrales y, el dios, al verle, sentenció: Este es un guía que necesita guía. Desde que le conozco aparece y desaparece como si en cada palmo de tierra encontrase un laberinto. ¡Vamos a mi posada, que hay que celebrar el encuentro con mi amado Sileno!

Dionisio unció la burra de su padre adoptivo al carro y juntos avanzamos por un camino cubierto de rosas bajo un cielo azul celeste. Pronto Quirón se transformó en un unicornio y a Arión le crecieron unas hermosas alas que extendió como un dragón que está a punto de levantar el vuelo. ¡Ay, qué cortejo tan maravilloso! Me sentía por primera vez en mi vida integrado en un grupo y aceptado tal y como soy. Sileno abría los ojos como platos y se colocaba la mano sobre la frente en forma de visera por si acaso divisaba a alguna ninfa dormida junto a algún arroyo al tiempo que contaba a su hijo lo bien que se lo había pasado en el palacio del Rey Midas. Una brisa perfumada, como el aliento de Afrodita y suspiros de azahar, acariciaba las crines de los caballos y se posaba en los limoneros y naranjos que encontrábamos en nuestro camino. El tiempo se había detenido y se percibía el alma de los dioses que dejan entrever su relieve en las horas mágicas del

día. El viejo sátiro volvió a tocar la flauta y el silencio cubrió su desnudez con la música. Aquella melodía enloquecía a los pájaros que, poco a poco, se comían a besos con sus picos, arrastraban la cola en abanico, hacían gorgoritos con su buche y se amaban. Dionisio no era el ciego loco matador de hombres, era un dios que vivía la vida con pasión, era la mano que acaricia todas las cosas que nos rodean y empapan. Era como el canto de amor que penetra en nuestra piel y eleva nuestro espíritu a las altísimas esferas de las águilas blancas que condensan el ideal de todo hombre que recibió un hazo en la frente nada más nacer. ¡Qué ligero era su carro de tigres y panteras! ¡Cuánta paz había en aquel momento en nuestros corazones! ¡Qué sinsentido cobraban palabras como miedo, envidia o resentimiento! Cabalgábamos sobre un sueño y la naturaleza, nuestra gran madre, nos tomaba de la mano y daba forma, con su inmensa generosidad, abriéndonos el tercer ojo.

El camino se cerró en un espeso bosque de granados³² que atravesamos con el ritmo que marcaban las patas de las panteras y los tigres y, cuando salimos de aquel acogedor lugar, cual vientre de la diosa madre, contemplamos una verde pradera aterciopelada donde descansaba su ejército de sátiros y bacantes en una atmósfera de abandono, despreocupación y dejadez. Su serena quietud me conmovió, ya que pensaba encontrarme con el estruendoso espectáculo del retumbar de los tambores y saltos acrobáticos sobre el toro de la muerte.

Perezosamente movían sus manos y se llevaban a la boca cristalinas copas de agua mientras cerraban con suavidad los ojos para recibir con absoluta mansedumbre a su dios Dionisio.

32 Se dice que cuando el bebé Dionisio fue despedazado por los Titanes, de la sangre que brotó de su cuerpo creció un granado.

Éste me miró con la sonrisa de la Esfinge y me dijo:

—¿No esperabas este recibimiento? ¿No? Pensabas que todos iban a acercarse a mí con guirnaldas de flores, con tympanons y ditirambos y haciendo una representación teatral de mi locura ¿Estoy en lo cierto?

—Lees mi pensamiento— contesté.

Luego me dio un golpe en la espalda, cual si fuéramos viejos camaradas, y prosiguió:

—Hoy estamos celebrando el Día del Hígado. En esta jornada todos, menos Sileno, bebemos agua, costumbre que mantengo en honor a las Hiadas, cuyas lágrimas cuando era niño confundí con la lluvia.

Cuando bajó del carro, toda su legión de sátiros, ménades y bacantes se levantó, y Dionisio empezó a bailar. Sus movimientos lentos y acompasados, que reproducían los imperceptibles desplazamientos de las constelaciones, eran una reencarnación del alma de la Creación. Sus pies casi no tocaban el suelo y su cabeza, con la diadema solar, describía los trazos del cálamo de Thot, el viaje de la barca del firmamento, las estelas de los cometas de ardiente cabellera, los cadentes giros de los planos astrales, el inmaculado paso que dio el demiurgo cuando despertó, el temblar de los dedos del ángel caído que plantó la primera rosa sobre la tierra, el brusco agitarse del océano cuando los dioses depositaron su semilla, el escarchado rostro de Afrodita cuando salió desnuda entre la espuma batida por los delfines y la fulgurante belleza de lo inesperado que irrumpe de repente en el asfixiante escenario de la desesperación provocando saltos de alegría en los corazones e iluminando el mortecino rostro de los que sufrieron la pisada y la dentellada de la bestia.

De Dionisio emanaba en aquellos momentos un lenguaje universal, más allá de la razón y la intuición, más allá del bien y del mal, más allá de sí mismo y del ideal que encarnaba,

más allá del sueño y la realidad, más allá de la llave de la vida que algunos agarraron en los tiempos de la luz, sin entender su enigma.

Cada vez que daba un giro, las ménades agitaban sus cabelleras y los sátiros golpeaban con sus pezuñas el suelo, al tiempo que alzaban en su honor sus copas de agua.

Tan purificado me sentí con aquel espectáculo que me reconcilié con el mundo y conmigo mismo y les agradecí emocionado que me aceptaran como a uno más, a pesar de mi condición de robot. Dionisio, tras haber resucitado y conocer la locura, había inventado el teatro para que los hombres, representándose a sí mismos, ahondaran en su interior para llegar, a través de las claves hermenéuticas de la palabra, a los centros vitales de la existencia y probasen la fruta de la transfiguración.

Cuando Dionisio puso fin a su revelación, ya había desaparecido el carro de Apolo en el horizonte y una luz crepuscular, roja como la sangre de los sacrificios, nos abrió el pecho, haciéndonos sentir y escuchar la música de los pequeños arroyos que nacen en las válvulas de nuestro corazón. Ahora todos éramos vulnerables al amor y al canto de los cisnes.

Ahora, exclamé:

—¡Ya sólo puedo creer en el dios de la danza!³³

Luego nos dirigimos en caótica procesión por un sendero de rosas flanqueado por cerezos y almendros que conducía al magnífico palacio de Dionisio. Las ménades golpearon sus tambores hasta que el retumbar se confundió con el trotar de una yeguada. Sileno tocaba su flauta con una alegría desbordante que contagiaba a sátiros, centauros, centáurides y ninfas verdiazules de celeste piel manzana. Cuando el ejército llegó a la escalinata de mármol que ascendía hasta la gran

33 Alusión a “Also Sprach Zarathustra” de Friedrich Nietzsche.

morada del dios, éste hizo una señal con la punta de piña de su culebreado tirso y todos aceptamos la invitación a pasar la velada con el hijo de Zeus.

Un reloj de agua señalaba que ya había terminado el Día del Hígado y parecía que se avecinaba una fiesta fuera de lo común, pues una pareja de urracas, similares a dioses disfrazados, se posó sobre el carro de Dionisio y éste les dio de comer con la palma de la mano unos granos de maíz. Subimos hasta el final de la escalinata y nos encontramos con un rellano, donde florecían varios granados, en cuyos lados se erguían, cual si fueran guardianes de otro mundo, dos imponentes elefantes de oro que levantaban sus trompas hacia el cielo provocando una lluvia de estrellas y diamantes. Sobre las onduladas moles de los proboscidios, decenas de babuinos y otras especies simiescas, traídas de Egipto e India, correteaban y nos miraban con ojos curiosos y asustadizos. Entramos por unas gigantescas puertas que daban a un gran salón de estilo oriental y respiramos un fuerte perfume mezclado con incienso que salía del pico de unas grullas reales que reproducían la constelación de las Hiadas. Nos tumbamos sobre mullidos cojines de Síbaris y Dionisio arrancó varios racimos de uvas que trepaban por el techo de la estancia, cuya bóveda parecía una réplica del firmamento. Abundaban los colores rojos, verdes y amarillos, cual la sangre, la naturaleza y el sol. Una gran serpiente multicolor se enroscó en una columna y aparecieron varias ninfas portando una caldera de bronce de casi cinco codos de altura. Mientras el ofidio se elevaba en espiral, como si fuera a acoplarse con Eurínome³⁴, las vírgenes empezaron a echar sobre el recipiente cazos de plata repletos de sustancias que iban sacando de antropo-

34 Eurínome, diosa de Todas las Cosas, surgió desnuda del Caos. Frotó el viento del norte o bóreas que se formaba a su paso y de ahí surgió la serpiente Ofión. Esta se enroscó a Eurínome y empezó a copular con ella que, más tarde, puso el Huevo Universal. Primer episodio de la creación en la obra “Los Mitos Griegos” de Robert Graves.

mórficas tinajas. Las centáurides de rosados pezones tomaban cerezas y se ponían cómodas al lado de las panteras y los tigres. Dionisio se sentía como el sol que hace bailar a los planetas a su alrededor. Estaba comunicativo y deseaba explicarme la composición de los elixires y los néctares que las ninfas iban vertiendo en la caldera. Me contó que una tinaja contenía savia de abeto con miel, otra un zumo elaborado a base de hiedras, alguna de ellas venenosa, otra un vino amargo hecho con uvas silvestres de las riberas del mar Negro³⁵, una cuarta el alma de las raíces de una planta que sólo se puede arrancar los días de luna llena, y una quinta algo que describió como El Secreto y que no quiso revelar. La doncella más joven regó todo aquello con oinujo³⁶ traído de Tartessos y luego se unió a sus compañeras para remover con enormes cucharas la quemada. Dionisio prendió fuego con la lengua de una serpiente en la superficie fecundada de aquel preparado y surgieron caprichosas llamas que inflamaban el dilatado tejido de la imaginación. Después, las ninfas se pusieron coronas de rosas sobre la cabeza y se taparon el pubis con hojas de parra. Pronunciaron unas palabras que encendieron los ojos de Dionisio y éste me dijo en voz baja acercando sus labios a mi oído:

—La hoja de parra significa desnudez porque, cuando uno bebe vino, se desnuda.

Luego, cuando las centáurides se levantaron para servir la ambrosía en copas de oro a la gran familia del dios, éste hizo una señal y detuvo la ceremonia para seguir hablando conmigo:

35 Al parecer, los griegos no fueron los primero que elaboraron el vino. En un principio las uvas crecían en estado silvestre en las costas meridionales del Mar Negro. Luego su cultivo se extendió a Palestina y, desde ahí, a Creta, India, Persia etc.

36 El autor hace un juego de palabras al referirse al orujo con el término “oinujo”. Oinos, “vino”, es un vocablo cretense.

—Desde que te ví, sé que no puedes beber otra cosa que no sea vino, así que debes abandonar inmediatamente este lugar. Una copa de este brebaje podría matarte o lo que es peor, si eres el único que no prueba un trago, serías un extraño en la fiesta, nadie permitiría que le observaras y serías, sin duda, descuartizado. Sal de palacio, sigue un sendero que se irá abriendo a tu paso y al final encontrarás el lugar donde debes refugiarte. Mañana por la mañana nos vemos al pie de la escalinata, ya que deseo ir a agradecer al Rey Midas el magnífico y generoso trato que ha dado a mi apreciado amigo Sileno.

A las palabras sabias, no hay que ponerle resistencia, así los peces no intentan remontar la cascada. Abandoné el palacio sin una pizca de reproche y ni se me ocurrió volver el rostro atrás, no fuera que se reprodujera en mí la tragedia de Orfeo y fuera castigado a no volver a ver en mi vida a Afrodita. Anduve por un camino de hierba azul en el que se iban reflejando las estrellas que veía en el cielo cada vez que alzaba la mirada. Al final me encontré con una preciosa casita del mismo color por la que trepaban viñedos de racimos dorados, negros y morados. En las redondeadas puertas destacaba un dibujo de dos sacerdotisas egipcias gemelas que sostenían la llave de la vida en la línea vertical que dividía la entrada. Al abrir las puertas, las siamesas se separaron partiendo la llave de la vida y volvieron a juntarse frente a mis ojos, ya que el mismo cuadro se reproducía en el interior. Tras cerrar, me encontré sólo en un gran dormitorio en cuya pared de fondo había una cama tebana con representaciones de Apis, dios del amor supremo en el país de El Nilo. En la cabecera flotaban imágenes de nubes y de la barca lunar que navega cuando el alma es raptada por la ilusión. Me tumbé sobre el lecho, volví a sentir una profunda soledad y, sin ningún interés por la vida, me dejé llevar por vagos pensamientos que me hacían dudar entre la realidad y el sueño.

A la mañana siguiente, salté de la cama como si tuviera algo importante que hacer y, tras asearme en una pila de alabastro, me dirigí con pasos veloces a mi cita con el dios.

Al llegar a la escalinata, se me pusieron los pelos de erizo. Me encontré con un imponente toro blanco que me rozó con la punta de sus cuernos y casi me vuela la nariz. Mi criado Filemón tenía un color macilento y se agarraba para no caerse a las mangas de Beodo.

Filemón apuntaba con un dedo al toro y abría la boca hasta la campanilla, que estaba petrificada como una estalagmita. Quería explicar algo, pero era incapaz de articular palabra alguna. Parecía que le habían dado una paliza y luego le habían cortado la lengua. Mientras tanto, la bestia seguía empeñada en cornearme y movía, cual espada, sus ofensivas defensas. Beodo estaba temblando y, con una voz cavernosa, rasposa y ronca, como si acabara de someterse a una traqueotomía, dijo, haciendo una argolla con su mano en la garganta:

—No es un animal. El toro es Dionisio. Se ha transformado así para ver a Midas. Es mejor dejarlo todo como está y no hacer demasiadas preguntas. Como verás, tengo inflamadas las cuerdas bucales y me cuesta expresarme. Creo que estaré un tiempo sin hablar. Tal vez mucho, mucho tiempo.

Después empezó a toser. Le di unos golpes en la espalda y le pregunté con melifluas palabras mientras miraba a los ojos de Dionisio:

—¿Pero qué os ha pasado a tí y a Filemón? ¿Por qué tenéis esa cara?

Mi criado intentó responder pero parecía que le habían metido, como hacen con los cocodrilos, un palo en la boca. Beodo hizo un nuevo esfuerzo, se limpió el sudor de la frente y repitió dos veces en su cricotiriodotomo lenguaje:

—¡Han sido los Misterios! ¡Nos han iniciado en los Misterios!

El toro, que parecía totalmente feliz, dio un fuerte bramido y se acercaron en alegre trote Quirón, Arión y Beoda, la burra de Beodo. Con Dionisio jugando a sus transformaciones, atravesamos ríos, campos y bosques hasta llegar al palacio del Rey Midas.

En la puerta nos estaban esperando Iris e Isis con deslumbrantes vestidos dorados, ceñidos como una purpúrea piel a sus cuerpos de diosas. Sus delicados tobillos estaban adornados con finas pulseras que relampagueaban con destellos de luz. Con pasos sincronizados se acercaron al toro y sonrieron con gracia y simpatía. Dionisio provocó una nube rosada y se mostró en su forma original. Juntos fuimos al encuentro del Rey Midas, que estaba dando de comer a unos peces de colores que trataban de mordisquear su mano, tomaban un bocado y se sumergían para volver a respirar. La sombra del hijo de Sémele se alargó y Midas sintió un escalofrío a lo largo de su columna vertebral, dando la impresión de que una fina serpiente le recorría la médula espinal. Se inclinó como un sacerdote de Amon—Ra, como quien ve el sol por primera vez en su vida, y dijo con un temblor en la mandíbula:

—¡Por Zeus! ¡Qué sorpresa! ¿A qué se debe esta divina y gloriosa epifanía? ¿Has venido a que Iris³⁷ me corte la cabellera? ¿Acaso no se encuentra Sileno en buen estado y se ha quejado de mi tacaña hospitalidad? Si es así, dímelo, para prepararme antes de descender al Tártaro. No me gustaría encontrarme cara a cara con Hades antes de haber sido purificado.

37 Iris, hermana de las Harpías. Mensajera de los dioses. Se la representa con un vestido corto, con los siete colores, y alas grandes. Fue sustituida en su misión por Hermes. Su tarea consistía en cortar el cabello de las mujeres, a veces de los hombres, que iban a morir.

Dionisio acarició la piña de su tirso y dijo, imitando la voz y los gestos de un ser humano:

—Todo lo contrario ¡Venerable amigo! No sé cómo pagarte el favor que me has hecho. Temía por la vida de Sileno y pensé que no volvería a verle jamás. Me imaginaba que iba a encontrarle despeñado en un precipicio con los buitres devorando sus entrañas y a Hera celebrando un nuevo triunfo sobre su cadáver. Pídeme lo que quieras. Aquel que hace feliz a un dios, tiene un lugar reservado en el Olimpo.

Midas se arrascó la barbilla y permaneció un rato en silencio. Luego miró a su alrededor y me observó como queriendo leer mi mente. En ese momento intenté materializar en mi espíritu, para que se trasluciera a través de la transparente envoltura del alma, aquellas cosas que yo consideraba el ideal de la existencia: el amor, la paz, la sabiduría, la felicidad, la inmortalidad. Hice un esfuerzo telepático para comunicarme con él pero una película blanquecina, así como el glaucoma envuelve los ojos, le cubrió la retina creando una doble imagen opaca que me recordó a unos huevos cocidos.

—Deseo que todo lo que toque se convierta en oro.

Dionisio habló con voz grave y profunda:

—Piénsalo dos veces, ¿No te gustaría algo más valioso? Por ejemplo, conocer los secretos de la música y la palabra. El misterio de la danza. El origen de las cosas. O, lo que es más importante, la Verdad.

—¿Hay algo más maravilloso en este mundo que hacer realidad los sueños y las fantasías? Hasta el Ave Fénix cuando siente que va a morir, se va a descansar a un nido de oro. ¡No necesito reflexionar más!, exclamó, y se encogió como un escarabajo que está a punto de poner sus patas sobre una bola y poseerla, metáfora planetaria de la ambición terrenal.

Dionisio sonrió y dijo:

—Has obrado con el corazón y al corazón no se le puede combatir. Sileno tendrá otra historia fabulosa que contar al mundo y tu nombre será recordado hasta la eternidad. Y, yo, como padre de la magia que resucitó para acabar con la soberbia de los que proclaman la razón por encima de todas las cosas, te concedo tu deseo a partir de este momento para que te conozcas a ti mismo, como regalo adicional, y disfrutes con tus sueños.

Luego dejó la sala con pasos majestuosos, clavando su tirso en el mármol. Cuando salió a los jardines, volvió a transformarse en el toro blanco y desapareció como hacen los espejismos o los relámpagos en las fauces del huracán.

Midas sacó de un jarrón una varita y tocó un ramo de rosas, al instante todas se convirtieron en oro. Luego empezó a reírse y dio un salto como si las harpías le hubieran devorado el raciocinio. Corrió por las estancias del palacio y fue transformando en oro esculturas, espadas, lanzas, escudos, copas, hachas, y hasta una enorme rata que salió de su madriguera para contemplar el prodigio. Cuando quedó exhausto se sentó en el suelo y empezó a llorar balbuciendo un hilarante ¡Soy feliz! ¡Soy feliz!

Todos pensamos que se había vuelto loco y que había cruzado una orilla peligrosa, al igual que el ave que no calcula sus fuerzas y que emprende una infinita travesía oceánica antes de caer agotada en la tempestad. Cuando todo lo que había en palacio era oro dijo, estremeciéndose: Ahora vamos a celebrarlo con un gran banquete, soy el hombre más rico del mundo. La felicidad me ha abierto un apetito voraz. ¡Traédme el mejor vino y los más exquisitos manjares!— ordenó a su servidumbre.

Después nos sentamos en torno a la mesa de las grandes celebraciones y aparecieron los criados con bandejas de fai-

sanos, caviar negro y rojo, langostas prediluvianas, huevos de codorniz, cochinitos asados con manzanas asadas en la boca, liebres del Helicón, ostras adornadas con limones en forma de estrellas y pasteles de Persia hechos a base de mazapán, miel y anís, todo ello acompañado de unos tres mil platos diminutos con especialidades de todas las regiones del mundo. En las cuencas copas de oro reposaba, con la frescura de una sandía partida por la mitad, un vino embriagador que parecía el único de la Creación capaz de calmar la sed.

Todos, menos Midas, parecíamos seres petrificados por el ojo de la Gorgona, y yo me conmoví cuando Iris e Isis me dieron la mano debajo de la mesa en busca de amor y consuelo.

Cuando Midas agarró con una avaricia que jamás había visto en mi vida un faisán con las dos manos y quiso dar el primer mordisco, el ave se convirtió en oro y el rey estuvo a punto de dejarse los dientes en el bocado. Empezó a sudar y cogió una copa llena de vino que al contacto con sus labios se transmutó en el duro y frío metal. ¡Qué pasa!, gritó, y nos lanzó a todos una inhumana e iracunda mirada. Luego golpeó con sus puños la mesa, cual titán que toca el tambor del fin del mundo, y a todos nos dio la impresión de que su pecho se abría en canal hasta desentrañarse. Midas era como un volcán que, tras guardar en su vientre incandescentes ríos de oro, estalla de repente en fulgurantes torbellinos de cólera y desesperación. Ahora era un ser fulminado por el dolor. Su enorme herida, que abarcaba todo el perímetro de su cuerpo y mente, empezó a supurar dilacerantes babas de caracoles que dibujaron en su rostro las escalofrantes estelas de la impotencia, la desolación y el horror. La angustia, la caída y el golpe del cíclope ciego que cayó como una lapida de hielo sobre su corazón, le transformaron en el ser más miserable del universo.

Tras echar fuera riadas de hiel, daba la impresión de que se encogía hasta convertirse en un bebé —pues el miedo le

había arrastrado por el túnel de la regresión— y dijo, con una voz inaudible y con una mirada vacía y perdida: ¡Mamá, mamá! ¡Qué hago!

Sintiéndonos zarandeados por el rayo de Zeus, todos salimos de nuestro estado catatónico y nos pusimos en pie como para socorrer al padre que se muere e Isis, que tomó el aspecto de Atenea, quitándole el sudor con un paño, le ordenó que se comportara como un hombre y que recuperase la razón.

—Llamaremos a Dionisio para que te libere de tu deseo— dijo—, y sus palabras sonaron como música celestial.

Cuando la diosa levantó la mano para llamar a un heraldo, una urraca entró por el vano de una ventana, se posó en la mesa y depositó un mensaje. Luego picoteó un poco de caviar rojo y, gritando en un lenguaje que sólo los humanos más humildes saben entender y descifrar, regresó por donde había hecho su aparición.

La nota decía:

—Midas, báñate en las fuentes del río Pactolo y volverás a ser la misma persona de antes.

La firmaba Dionisio con el sello de un tirso de enredaderas serpientes.

Y así fue como todo el pueblo de Brigia emprendió un masivo éxodo a través de Tracia, hasta llegar a Lidia. Allí bordeamos las ruinas de Troya y luego, sin dar reposo ni a bestias ni a hombres, levantamos nuestros campamentos en Sardes, la capital del reino que había sido levantada en las riberas del Pactolo³⁸. Tras hacer ofrendas en el altar de Artemisa, seguimos curso arriba hasta llegar al nacimiento del río, cerca del monte Tmolo.

38 En la actualidad el río Pactolo no es más que un arroyo cercano a la costa egea de Turquía. Nace en el monte Tmolo y fluye atravesando las ruinas de Sardes.

Midas, que había hecho el recorrido como un sonámbulo, se apostó junto a la corriente y sus dos hijas, Iris e Isis, le quitaron amorosamente la túnica, y el rey entró suavemente en el agua dejando luminosas estelas de polvo de oro que poco a poco se fueron depositando en el lecho fluvial. Luego salió, pisó tierra firme y tocó con la ramita una roca que permaneció intacta, inmutable, con la eterna belleza de la piedra que sólo entrega su alma al Escultor.

—Vuestro trabajo ha terminado— dijo con humildad—. Regresad a Bromio que yo deseo convertirme en un anacoreta y pasar el resto de mis días en una cueva. Luego arreó su carro, al igual que hizo en los Juegos Olímpicos, y desapareció levantando una gran polvareda.

Pero todos, conmovidos por su indescriptible soledad, le seguimos decididos a compartir nuestro destino con él.

Dejándose llevar por un sexto sentido, al igual que las palomas mensajeras, Midas atravesó la frontera de Lidia en dirección al este tomando la ruta que conduce a Frigia. Cuando llegamos a la Acrópolis de Gordión, ciudad fundada por el rey Gordio, nos sorprendió como cuidaban los sacerdotes de Zeus un carro con su yunta que estaba amarrada con un nudo extraño a la vara.

Los sacerdotes se inclinaron ante Midas, pues pensaban que el monarca de Bromio, quien había tenido una relación tan estrecha con Dionisio, sin duda estaba bajo el ojo de Zeus. El Sumo Sacerdote le ofreció a Midas fruta y vino que éste compartió con sus hijas y conmigo. Luego le dijo que, al igual que el Ave Fénix, se levantaría de sus cenizas y volvería a ser Rey. Midas bajó la cabeza y se negó a recibir alabanzas. Después, le preguntó por qué cuidaban con tanto esmero un carro que pulían como si fuera sagrado, y el servidor de Zeus le contó la historia que inúmeros poetas narrarían a lo largo de los milenios:

Un día, un pobre campesino, llamado Gordio, regresaba a su casa en su carro de bueyes después de una dura jornada de trabajo, cuando de repente un águila real se posó sobre la vara de su carro y clavó sus garras en ella con la determinación de quedarse ahí. Como permanecía inmóvil, el labriego pensó que se trataba de un mensaje del Cielo y se dirigió hacia Telmiso, dentro de los límites de Frigia, para consultar el oráculo de ese altar que tenía fama de no fallar nunca. Cuando iba a traspasar las puertas de la ciudad, se encontró de frente con una profetisa que nada más ver el águila le rogó que hiciera inmediatamente una ofrenda a Zeus. La joven le pidió que le dejara ir con él para enseñarle a escoger los sacrificios que más agradaban al dios y Gordio, que jamás había visto una mujer tan hermosa en su vida, le puso esta condición: te dejo subir a mi carro si te casas conmigo.

—Seré tu esposa en cuanto hayamos hecho los sacrificios, pues siempre supe que mi destino y el amante que he esperado desde que nací, sería anunciado con un águila real— le dijo.

Cuando hicieron las ofrendas y quemaron varillas de un incienso que se elevó hasta el Olimpo causando el éxtasis de Zeus, la profetisa puso una corona de laurel sobre la cabeza de Gordio y le besó declarándole su amor y diciéndole: ya eres mi esposo. Esta noche seré tuya.

Mientras tanto una enorme escultura del coloso de Menón, traída desde los desiertos de Egipto, anunció en forma de oráculo a los frigios:

—¡El rey ha muerto! ¡Un nuevo soberano se acerca con su esposa en un carro de bueyes!

Cuando entraron con el carro en Telmiso, el águila extendió sus alas y abrió el pico, y, en medio de un gran delirio popular, Gordio fue aclamado Rey y su esposa, Reina. En ese momento, el águila emprendió vuelo, trazó varios círculos en el firmamento y cayeron, cual flores de cerezos, refrescantes copos de nieve

que cubrieron los cuerpos de la pareja real con nívea escarcha del paraíso. Tras ser coronados, Gordio ofreció el carro a Zeus tras atar un nudo a la vara que, según dicen los oráculos, quien lo desate conquistará el mundo, y celebrará la primera boda entre Oriente y Occidente, para unir lo más bello de ambas civilizaciones.

El Rey Midas se quedó impresionado con esa historia y, tras hacer las debidas ofrendas a Zeus Rey, siguió sin rumbo fijo por un camino empedrado hasta que se encontró con un ejército que se abría en abanico hasta el horizonte. A su cabeza estaba Gordio quien, nada más verle, le dio un abrazo. Midas se arrodilló y los brigios golpearon sus escudos con tanto entusiasmo que no sabía si se preparaban para una batalla encarnizada o para celebrar un nuevo prodigio.

Tras levantar a Midas del suelo, Gordio le puso una diadema sobre la cabeza y le dijo:

—Llevo esperando este día siglos, eres la reencarnación del hijo que perdí.

Y, con una naturalidad que a todos nos dejó con la boca abierta, convocó a los dioses, puso por testigo a Cibeles, y le adoptó siguiendo el ritual de la corte. Luego le invitó a subir a su carro provocando una nueva ola de entusiasmo entre los dos pueblos que yo juzgué erróneamente como enemigos. Desde aquel día todos los brigios adoptaron el nombre de frigios y se unieron en matrimonios masivos formando un sólo pueblo.

Pasé en Gordión una de las etapas más felices de mi vida. El rey tenía una de las bibliotecas más completas del mundo y empleaba largas horas consultando libros antiguos de las civilizaciones que fueron cuna de la humanidad. Las salas que más me impresionaron fueron las dedicadas a literatura, poesía y filosofía egipcia. En las estanterías de aquellas dependencias se amontonaban voluminosos rollos de papiros

de hasta cien codos de longitud que encerraban toda la sabiduría y amargura de los seres humanos, así como sus luchas interiores, su pérdida de fe en los dioses y en los hombres, sublimes cantos al más allá y ritos que preparan a los mortales para realizar la última travesía en la barca del no retorno. Allí había, según me dijo Gordio, copias de muchos libros que habían sido destruidos por los sacerdotes del país de El Nilo porque cuestionaban hasta los principios más sagrados y suponían un gran peligro para el orden establecido. En un cuarto que permanecía iluminado con hachones y velas toda la noche, solía refugiarme empujado por una curiosidad desconocida en mí hasta ese momento. Deseaba conocer lo que habían pensado hombres de otras épocas cuyas obras habían sido arrojadas al fuego en un ataque de rabiosa locura por los eternos guardianes de los templos. En la zona dedicada al Arte de la Decepción me sumergí en textos que eran como corazones que aún palpitaban fuera de los cuerpos de sus creadores. Me detuve en uno que hablaba de la lucha del Bien y el Mal, del Orden y el Caos. Unas manos milenarias habían dejado escrito que todo era mentira, que Maat, la divinidad de la Justicia y el Equilibrio, se había desmoronado en las tinieblas y que las enormes riquezas que se destinaban a los cultos fúnebres eran una crueldad aborrecible en una época en la que el pueblo padecía hambre y moría de inanición. En otro libro de poemas se hacía una exaltación a los placeres de la vida y se ridiculizaba a los faraones, dioses y sacerdotes, con un sarcasmo no exento de amargura. En el papiro *Las Inscripciones de Ankhtyfy*³⁹ se decía que la miseria y la incertidumbre dominaban el país y que en el Alto Egipto la hambruna había llegado hasta tal límite que los hombres y las mujeres se comían a sus hijos. En *Las Admoniciones de Ipuwer*⁴⁰ se hacía un alegato llamando a la subversión social

39 Uno de los gobernantes del nomo de Hierakómpolis (Primer Periodo Intermedio. Entre las dinastías VII y XI).

40 También conocidas como las “Admoniciones de un Profeta”. El documento ha sido datado en el Imperio Medio. Se ha transmitido en el denominado papiro de Leyden.

y política y se cuestionaba la misma existencia de los dioses e incluso que hubiera existido la Creación. En un párrafo subrayé: *las mujeres son estériles y Khnum, el dios alfarero que modela los cuerpos de los niños, ya no da forma a la Humanidad*. Y así, seguía empapándome de obras escritas para no halagar ni a los hombres ni a los dioses. En un papiro más viejo y tal vez más leído que los demás —ya que estaba muy manoseado—, y que llevaba por título, *El Hombre Cansado de convivir con su Alma*⁴¹, un individuo hundido en la desesperación y la angustia le dice a su alma "Ba" que su existencia ya no tiene sentido y que está deseando que llegue pronto la muerte. Ba le responde que intente ser feliz con lo que tiene y que se contente con la vida que le ha tocado vivir. El Alma, cansada de los reproches de ese miserable, duda en permanecer con él o abandonarle. ¡Qué duelo más duro! ¡Cuánta sangre en tanto cálamo! dije antes de continuar con un breve poema del mismo texto:

En los días de verano en los que el sol abrasa

En los días que se seca la pesca cuando el cielo está en llamas

La muerte se presenta ante mí como una liberación

Similar a la fragancia de la mirra

Similar al suave viento de un fresco amanecer que te quita la venda de los ojos

Y te permite descubrir lo que no veías⁴²

Tras leerme la biblioteca de Gordio, decidí viajar un día a Egipto para descubrir por mí mismo las cosas que no se aprenden de los sabios y que te perforan el corazón como el

41 Papiro anónimo de contenido filosófico fechado en la dinastía XII.

42 Texto original de un largo poema del papiro. El autor no ha colocado los versos siguiendo el orden estricto de la composición, para hacerlo más compacto.

plomo derretido. Tenía que saber más. Había escuchado a los dioses, a los reyes y a los filósofos, pero me sentía insatisfecho porque no había visitado las cabañas de los miserables que se quedan ciegos escribiendo un poema a la débil luz de una vela que sólo proyecta sombras para dejar constancia de que ellos también existieron.

Fuera de aquel santuario, la vida de palacio seguía reflejando en el espejo de la ilusión los juegos de los dioses y me dejaba embelesar por la música, la belleza y la danza, lo que por momentos me hacía olvidar la amargura de aquellos desterrados que nunca conocí y que habían consumido su existencia en un auténtico infierno.

De vez en cuando me escapaba de mi mismo y buscaba el oasis de Iris e Isis que poco a poco calmaron mi alma inclinándola al mundo de Platón, para quién la Belleza era sinónimo de Bondad y Amor. ¿Había interpretado bien al filósofo o solamente había escuchado lo que me interesaba? ¿Había entendido a Dionisio o simplemente me había dejado seducir? ¿Había comprendido a los egipcios o era incapaz de conocer lo que no experimentase en mi propia carne?

Fue un día aciago en el que el cielo, que estaba totalmente azul, se cubrió de nubarrones. Filemón entró en mi habitación y me anunció que Gordio había muerto. Su hijo adoptivo dirigió los funerales y prendió a su padre con la antorcha de los héroes en una gran pira, cuyas llamas subieron tan alto que se fundieron con el sol. Tras hacer luto durante tres meses, Midas fue coronado Rey de Frigia.

Al principio se comportó con la humildad que le acompañaba desde que salió de las aguas del río Pactolo, pero a medida que iban pasando los días empezó a ejercer de Soberano y a hablar con una seguridad tan espantosa que no dejaba ni el más resquicio a la duda. ¡Ay, el poder! Aunque caigamos en lo más hondo del precipicio, si nos vuelven a poner la corona, volvemos a endiosarnos. Las lecciones más duras se olvidan

cuando la vida nos vuelve a sonreír y perdemos la conciencia de que somos humanos. El hombre debe elevarse de forma natural, con sencillez, y evitar sobre todo erigirse juez de los demás porque todos dejamos de ser inocentes desde el día que damos la espalda a las verdades que matan.

Fue un día de primavera en el que Midas me pidió a mi y a sus hijas que le acompañáramos a ver una competición musical entre Apolo y Marsias. El árbitro era el dios de los ríos, Tmolo. Los dos nos deleitaron durante largas horas con melodías que conquistan el corazón y el alma y te limpian con ráfagas de pureza. Cuando Tmolo dictaminó que Apolo era el mejor y se dispuso a ceñirle la frente con una corona de laurel, Midas se levantó enfurecido y dijo que todo era una farsa, que el claro ganador era Marsias. Apolo, que había permanecido sereno hasta ese momento, se acercó hasta Midas y le dio un golpe descomunal con su lira en la cabeza, tras lo cual abrió sus alas y desapareció en el cielo.

Desconcertado, Midas primero se frotó el cráneo para calmar el dolor y, cuando se palpó las sienes, notó que tenía unas enormes orejas de burro que no paraban de crecer. Rápidamente Iris se acercó y le cubrió la testa con un gorro frigio para ocultar su aspecto de asno, pero el Rey volvió a acordarse de lo miserable que se vio cuando su palacio de Bromio se convirtió en oro y no aceptó ni caricias ni consuelo. En un altar cercano dedicado a Dionisio tomó una enorme copa de oro llena de sangre de toro y se suicidó.

Esa fue la última vez que vi vivo a Midas. Sus hijas le pusieron dos monedas sobre los ojos y le quemaron en una pira que estuvo crepitando durante tres días y tres noches. Las princesas se quedaron en Gordión y allí se casaron con hombres de alta cuna que gobernaron sucesivamente junto a ellas el Imperio Frigio. Desde ese día todos los reyes de Frigia se llaman Gordio o Midas, por lo que los poetas siempre

se confunden de época o de lugar cuando hablan de un Rey Midas u otro.

Esa fue mi experiencia en Asia Menor. Aunque tenía el mismo aspecto físico de antes, por dentro sentía que había envejecido pero ¡Ay! mi vida no había hecho más que empezar. ¡Qué hermoso fue subir otra vez en lomos de Arión! ¡Qué dulce me supo la compañía de Filemón en su brioso Quirón! ¡Qué encantador volver a Atenas! Echaba en falta mi casa azul, la taberna Odiseus y el sempiterno encuentro con El Jeroglífico.

IV

—Oinujo⁴³ y unas uvas pasas— ordené a Antínoo—, que no acababa de creerse mi repentina pasión por el alcohol y mi regreso al Odiseus.

Antínoo sentía unas ganas irreprimibles de charlar conmigo y me dijo:

—¿Dónde has estado? La taberna sin ti no es lo mismo. Aunque hablas poco y sólo sonrías cuando bebes, añoraba tu compañía. ¿No habrás hecho alguna locura? Tienes la piel tostada y parece que has visto más cosas de las que puedes asimilar. ¿Echabas en falta el atardecer en el vinoso ponto? ¿El amanecer en la Acrópolis? ¿La brisa del Pireo? ¿O acaso te has endurecido y tú corazón se ha petrificado?

—¡Ay, Antínoo!— contesté—, no sabes lo maravilloso que es regresar a casa y oler este puerto. Ahora estoy soñando,

43 El autor vuelve a hacer una referencia al orujo. Aguardiente de unos 50 grados muy popular en el norte de España, especialmente en Galicia y en el municipio cántabro de Potes, capital de la comarca de Liébana. El orujo se elabora con el pellejo, el escobajo, la pulpa, el rabillo y las granillas de la uva prensada. Aunque la destilación del alcohol se atribuye a los árabes, existe documentación que demuestra que esa práctica se hacía en el antiguo Egipto con fines religiosos. La quemada (ver capítulo tercero) se cree que es de origen celta y que se remonta a rituales de los albores de la humanidad. Hay un refrán popular que dice que “una gota de aguardiente, deja el estómago caliente y hace al hombre fuerte y valiente”. Lo solían tomar y toman los marineros por las mañanas para “matar el bicho” y empezar el día con coraje.

no necesito nada. La ataraxia me arrastra con la marea. He conocido a Dionisio y he recorrido medio mundo, pero mi mente sigue confusa como el espeso humo que levantan los sacerdotes de Amón para que los hombres no vean el sol.

—¡Bienvenido, amigo! Ahora debes descansar y dejar que tu espíritu vuele sin ataduras—, dijo Antínoo dándome una palmada en la espalda y se marchó a la bodega.

Regresó con una botella de cerámica decorada con dos serpientes enroscadas. Una era azul y la otra verde y se miraban fijamente a los ojos con una expresión dual que lo mismo anunciaba un beso que un mordisco. Quitó con maestría el lacre rojo que la taponaba y vertió el líquido en un pequeñísimo porrón de cristal. Su alargado y cónico pitón se elevaba desde una redondeada panza que encajaba dulcemente en el cuenco de mi puño cerrado. Cogí aquella redoma y, siguiendo instrucciones de Antínoo, puse el pitorro a una altura de medio codo y, abriendo la boca, lo volqué para que el chorrito cayera sobre mi lengua, cual flamígera aguja, y luego noté como el oinujo penetraba por la garganta abriéndome un canal de fuego hasta el cóccix. Acaricié la panza del porroncito varias veces y sentí un delicioso placer sensual que encendía mis instintos más primarios. Me gustaba el crepitar de aquellas brasas en el cerebro, vientre, ojos y corazón. Por unos instantes me imaginé que era una antorcha humana y deseé consumirme hasta convertirme en cenizas. Pero las salomas de los marinos, los estridentes graznidos de las gaviotas que parecían haber perdido la razón y la inesperada visión de El Jeroglífico cuya nariz avanzaba como una vela ante mis ojos, me recordaron de nuevo mi origen y me repetí, casi escuchando los ecos de mi mente, que tenía que averiguar a qué había venido a este mundo. ¡Es imperdonable arrojar el escudo y dejarse devorar por los fantasmas! dije a mi alma que parecía asustada por ocupar un cuerpo tan alejado de la naturaleza humana. Le pedí a Antínoo otro oinujo y dejé que mi razón se diluyera en el vacío borrando las cosas, los objetos

y las ideas con las que hacía un esfuerzo por identificarme. Sin darme cuenta me encontré con cerca de treinta porroncitos sobre la mesa y me pareció que todos juntos formaban un instrumento musical de otro mundo. La cabeza me daba vueltas y Antínoo me decía:

—Lo siento, se han acabado todas las existencias, habrá que esperar a que salga otro cargamento de las columnas de Hércules.

—No importa. Creo que ya he bebido lo suficiente. Ahora lo que necesito es echar una buena siesta y recuperar las fuerzas. Los viajes prolongados agotan.

Miré de nuevo al tabernero y me dio la impresión de que tenía varios ojos y brazos, como esos dioses de la India⁴⁴ que, en contra de lo que ocurre con los héroes y divinidades griegas, sienten amor y compasión por el ser humano.

Me levanté asegurándome de que mis pies tocaban el suelo y me dirigí, con la pesadez y borrachera de un torturado Polifemo, a una de las esquinas del Odiseus donde me esperaba, con una paciencia que sólo he visto en los perros, mi caballo Arión. El animal estuvo a punto de arrodillarse para facilitar mi ascensión pero no fue necesario, aún conservaba la suficiente estima como para demostrar mis indudables dotes de jinete y mi agilidad para saltar entre los precipicios. Di varios besos a Arión en el cuello y le dije:

—Hermano no corras, vete despacito.

El equino giró la cabeza y me pareció oír: ¿A dónde?

—¡A casa, hombre, a casa!— contesté.

No sé si alguno de vosotros ¡Queridos mortales e inmortales! habéis cogido una tajada tan gorda como la que yo pillé

44 Alusión al buda de la compasión Avalokitesvara, que es representado con mil ojos y mil brazos. De esa forma puede ver el sufrimiento de todos los seres del universo y socorrer a los que necesitan ayuda.

aquel día, pero os juro que vi cosas que nunca podría imaginar que existieran. Empecé a saludar por el camino a seres invisibles que se materializaban nada más percibir mi presencia y a contemplar colores que se escapaban a los pinceles del arcoiris. Algunos personajes eran tan bellos que parecían haber descendido de las estrellas, me daban ganas de bajarme del caballo y fundirme con ellos. Otros tenían rostros tan horribles que me producían escalofríos y un miedo difícil de describir ¿Estaría proyectando fuera de mí la dualidad que hay dentro de todo ser humano? ¿O acaso me encontraba en un estado de hipersensibilidad que permite traspasar todas las fronteras? Los árboles movían las ramas como brazos que lo mismo deseaban abrazarme que ahogarme y las fuentes se abrían como grandes bocas de agua que empapaban mis oídos con las palabras que pronunció el primer hombre que notó cómo se le resquebrajaba el cráneo al ser herido con el rayo de la inteligencia. Las esculturas que hallaba en el camino se movían con espantosa naturalidad y una diosa de mármol me tendió un peine para que la desenredara su cabellera. Me limité a sonreírla porque me sentía incapaz de coordinar mis movimientos y creo que me guiñó un ojo. ¡Ay, cómo son las mujeres! Aunque los sexos están condenados a no entenderse jamás, qué sabios son cuando regresan a la partícula oceánica. Arión me miró varias veces como si estuviera reprochando mi conducta, ¡qué horror!, pensé, este animal se cree que estamos casados.

Pronto atravesamos la Puerta del Dipilón y enfilamos hacia la Vía de las Panateneas para iniciar la ascensión a la Acrópolis. Cuando ya casi vislumbrábamos la casa azul sujeté las riendas bruscamente, provocando un enfado momentáneo de Arión, y retrocedí con el deseo irrefrenable de ir trotando en el ágora hasta el Altar de los Doce Dioses. Ahora que anochecía y que los únicos ojos que me observaban eran las estrellas había llegado el momento de dirigirme a ellos, ya

que mi padre había decidido hablar con todo el mundo menos conmigo.

Me bajé del caballo y caí de rodillas en el suelo. Me incorporé con dificultad y me acerqué al altar donde articulé con esfuerzo, rebelándome contra las manos que me moldearon, un discurso que destilaba angustia y desesperación:

¡Queridísimos dioses! Llevo viviendo muy poco tiempo en la Tierra y lo que he visto no me ha gustado. Desearía volar, pero no tengo alas. Me gustaría ser normal, pero mis padres me marcaron para que no pudiera echar raíces en ninguna parte ni integrarme en ningún grupo, sociedad o cofradía. Digo a la gente que soy griego e incluso yo mismo intento crérmelo, pero me siento como un animal errante de una especie que se extinguió. O peor, como un robot que no es dueño de su destino y es manejado por algún monstruo sin rostro que se oculta en alguna parte. Tal vez en la arcilla que da forma a todo lo que mata y hiere. Desde que nací ando perdido y, por algo que hicieron en mi cerebro, se me condenó a no creer en nada ni en nadie. He pensado en transformar el dolor en sabiduría, así la ostra convierte su herida en perla, pero la desazón, la derrota, o mejor dicho, la falta de interés en ganar, competir y destacar me hacen propenso a la divagación, a la fuga, a la constante huida de mi mismo y de los demás. Ni quiero ser un héroe como Aquiles, ni un faraón como Pepi II⁴⁵, ni un rey como Creso⁴⁶, ni un sabio como Sócrates. Tampoco encuentro lugar entre los artesanos ni descanso entre los campesinos. Mis ideas son fugaces, carecen de solidez y no dan fruto alguno. Ni siquiera me he planteado ser actor y dedicarme al teatro el resto de mi vida, ya conocéis mi repugnancia por las máscaras. ¿Podría ser poeta o músico?

45 El faraón Pepi II (2246—2152 A.d.C) accede al poder a los seis años y tiene el reinado más largo de la historia de Egipto. Se cree que este monarca, el último de la VI Dinastía, gobernó cerca de 70 años, aunque Manetón asegura que estuvo en el trono 94 años.

46 Rey de Lidia (siglo VI A.d.C) famoso por su riqueza.

La respuesta es no y ni tengo cualidades y, si cogiera el cálamo, sólo se me ocurriría escribir unos versos acerca de la muerte y del primer beso que di. Pensando así ¿Qué puedo hacer? Vosotros sois felices y eso sí que da sentido a la vida. Pero la mayoría de los seres humanos y, en este caso sí me incluyo entre ellos, son desdichados, andan sin rumbo, aguantan cargas insoportables y son utilizados, explotados y manipulados hasta que les arrancan su última piel y acaban mostrando su cadáver con las heridas que quisieron ocultar a sus amigos, amantes, hijos, padres, centuriones y así mismos. ¿No hay en cada ser humano un Prometeo que es devorado en vida por los eternos buitres, muchas veces venerados, que practican el diabólico juego de la metamorfosis en los lugares más incomprensibles? ¿Por qué aceptar más mentiras? ¿Acaso las verdades agobian tanto que aplastan? ¿Por qué habéis hecho al hombre ciego y débil y le habéis puesto al lado su antítesis para que rinda pleitesía a lo inalcanzable? Yo no quiero ganarme el pan con el sudor de mi frente, tampoco ser el copero del rey, ni combatir en el otro extremo del mundo contra pueblos que jamás he visto. Y ya que no encuentro un lugar en la Tierra ¿Por qué no me raptáis? ¿Por qué no me enviáis un carro de luz y me permitís instalarme en los planetas del círculo virtuoso? En esos lugares donde el alma olvida las cadenas y es posible amar con libertad. Os ruego que me rescatéis y aliviéis mi dolor.

Y, tras sacar fuera la angustia de mi corazón, me quité la ropa lentamente y me quedé desnudo. Me senté en la posición del loto, al igual que un bonzo de la India, y cerré los ojos. Estaba seguro de que los olímpicos había escuchado mis plegarias y que, de un momento a otro, iba a aparecer un platillo volante, tal vez pilotado por Afrodita, y que en unos instantes, tras hacer un increíble viaje espacial, iba a renacer feliz en una estrella lejana donde habitan los dioses que comieron la manzana del conocimiento. Seguí esperando, cada vez con más impaciencia, pero nada. O los dioses no me habían escu-

chado o tenían otras cosas más importantes que hacer que reubicar a un robot que fue fabricado para entretener a una madre virgen. De repente, perdí los estribos y abrí los ojos. Intenté comunicarme telepáticamente con Zeus, Hera, Poseidón e incluso con Dionisio, aprovechando que habíamos iniciado una amistad, pero sólo se palpaba un infinito vacío arañado por el rasposo canto de las cigarras. Con el rostro de los vencidos y una mirada perdida e inexpresiva me levanté, di la espalda a los dioses y decidí terminar de cuajo, sin miramientos, con mi miserable existencia. Giré a la izquierda, pasé por el Templo de Ares y me detuve ante el Odeón. Luego me encaramé a lo alto del Pórtico del Centro y, tras dirigir una última mirada al Partenón, me lancé al vacío. El suicidio era la decisión más inteligente que había tomado en mi vida. Recuerdo aquellos instantes maravillosos en los que di el salto y me encontraba suspendido en el aire. En un abrir y cerrar de ojos, en el caso de que me convirtiera en un espectro, vería mi funeral y al bueno de Filemón prendiendo la pira tras rociar el montón de leña con oinujo. Tal vez el tabernero hablaría de mí a algún marino y algún poeta me daría un papel de personaje secundario, de relleno, en alguna obra trágica al lado de Edipo, Antígona y Tiresias. O no dejaría ninguna huella, como cualquier paria de Egipto, y moriría sin ser embalsamado en la más fría de las despedidas y, por lo tanto, sin el pase que asegura el viaje celestial al encuentro demiúrgico. Qué importaba ahora, estaba suspendido en el aire y veía con lucidez como mi cabeza se iba a estrellar contra el empedrado, tras lo cual se abriría desparramando los sesos para festín de buitres y chacales. ¡Ay! me dije de repente, mi padre ya me advirtió de que era inmortal, de que sólo podía poner fin a mis días si dejaba de comer durante seis meses los cuatro alimentos que me había designado. Con ese catastrófico pensamiento que presagiaba lo peor, caí como un saco de tierra a los pies del Odeón mientras mi testa sufría un impacto brutal y se resquebrajaba por alguna parte como un coco. Me hice una profunda brecha en la frente, de la que empezó a

brotar un abanico de sangre, y me rompí una pierna y un brazo. Lo curioso es que no sentía ningún dolor, incluso después de haber echado por la frente toda mi energía negativa, me sentía más aliviado. Debo reconocer que mi estado debería ser lamentable, a pesar de que yo me sintiera desagradablemente inmortal. Con la lentitud de la tortuga, contemplé mis heridas y poco a poco se me fue yendo la borrachera. Volví a sentarme en la posición del loto, sin ninguna prisa por llegar a casa, y luego cerré los ojos para descansar unos instantes. De repente, cuando estaba inmovilizado como una estatua, noté que una túnica cubría mi desnudez y me estremecí. Alcé la vista con mi frente partida por el rayo de Zeus y contemplé, incrédulo, al Jeroglífico. Me dio la mano para que me levantara. No quiso entablar ninguna conversación conmigo. No quería ni necesitaba explicaciones. Me dejé llevar, como el ciego por el lazarillo, y me ayudó a montar sobre mi caballo. Arión relinchó con furia, como si quisiera abandonarme para siempre, pero rápidamente mostró compasión por los restos que quedaban de mí y me llevó con paso firme y altivo, para que no sintiera vergüenza de mí mismo, a la casa azul. Tras dejarme en la puerta me miró como diciendo: ya hablaremos mañana, y se dirigió a los establos de Filemón.

En casa me puse una venda alrededor de la frente, encendí cerca de cien velas en las palmatorias que me había dejado Midas en un arcón de ébano y empecé a cantar una composición marinera que había escuchado varias veces en El Pireo. Entre la danza de las llamas mis versos se elevaban como mariposas esculpidas en alma. Me puse cómodo y me serví una copa de vino. Luego me quité la túnica del Jeroglífico que estaba horriblemente manchada de sangre y dejé mi mente en blanco. A medida que me fui relajando se fue dibujando una sonrisa en mis labios y gocé del dulce abandono de quien renuncia a la vida y a la muerte.

Con la razón totalmente recuperada y con los cinco sentidos más despiertos que nunca, di un puñetazo sobre la mesa y, cuando la madera todavía vibraba, escuché una voz:

—¡Cálmate, Fritz! ¡Cálmate, amor mío!

Giré y vi a Afrodita. Me puso una mano en la boca y no me dejó hablar. Luego se desnudó, quedándose sólo con su mágico ceñidor, se sentó en mis rodillas y me cambió la venda de mi frente por otra más limpia que hizo con jirones de su ropa. Me curó las heridas, cual si fuera la mejor médica del universo, y me dijo con suavidad:

—Te escuchamos, Fritz, te escuchamos. Tuve que morderme la lengua para no hablar. El pesado de mi marido, Hefesto, no hacía más que vigilar hasta el más mínimo de mis parpadeos y Zeus, que le tiene de espejo para adorarse a sí mismo porque le considera un contrahecho, estuvo a punto de tronar en carcajadas. Tuve que contenerme porque, como sabrás, desde que fui elegida como la más bella en el juicio de Paris, ni Hera ni Atenea soportan que tenga debilidades y disfrute con un ser hermoso. Así que pretendí no verte y, como sé que eres inmortal, no me preocupé por el suicidio que estabas planeando. Y, como las diosas conocemos el destino y sabemos como burlar a nuestros vigilantes, decidí esperar hasta que llegara este momento.

Luego clavó sus ojos en mis ojos, entreabrió su maravillosa boca, me abrazó con sus magníficos pechos que se elevaron encantadoramente altivos en sus rosados pezones y me dijo con una sinceridad que no traté de interpretar, puesto que nuevamente mi razón se había evaporado:

—Esta noche soy tuya. Puedes realizar conmigo todas tus fantasías sexuales. Pero mañana, cuando despierte, ya no seré la misma. Me convertiré en un ser libre e inalcanzable. No me gusta pertenecer a nadie. Soy la primera mujer que

viste en la Tierra y no he olvidado ese momento. Además, siento una atracción por ti que me trastorna.

La cogí en brazos y subimos las escaleras besándonos apasionadamente. No sé lo que duró aquella noche pero la viví como eterna. Tenía a mi amada en mi lecho y era feliz. La cadena de contactos nos llevó a los temblores sísmicos de un goce celestial que arrastró nuestros corazones, con ese gorrión que lleva dentro⁴⁷, por vertiginosos abismos de locura. Si la explosión del cuerpo que alcanza el éxtasis nos acerca a los dioses ¡Qué decir del alma de Afrodita que exaltaba al infinito su hermosura! ¡De aquella capacidad suya para sacar a flote la mía y provocar las descargas eléctricas de una unión tan sublime! Cuando se subía encima de mí la salían alas blancas que agitaba en una sucesión de orgasmos que iluminaban sus divinas formas como si su interior estuviera hecho de luz. Me enseñó los misterios del sexo y, aunque no lo confesáramos, en aquellos instantes irrepetibles estábamos profundamente enamorados el uno del otro. Cuando al fin quedé dormido, seguí haciendo el amor con ella en sueños y, como es lógico, no quería despertar.

El griterío de los vendedores ambulantes, el desafinado concierto de las cigarras, la pareja de urracas que se posó en las ramas del olivo que llegaban hasta el balcón del dormitorio y la imponente voz del aguador, me arrancaron de los brazos de Hipnos. Abrí los ojos y contemplé los rayos del carro de Apolo que se clavaban como dardos en mis pupilas. Quise abrazar a Afrodita, pero mi diosa ya había partido. Por unos instantes no distinguí entre el sueño y la realidad, pero la herida en la frente, el olor de un perfume que nunca olvidaré y aquellos largos cabellos de oro esparcidos caprichosamente por el tálamo dieron momentáneamente sentido a mi vida y aprehendí la ilusión de que todos tenemos costas a las que llegar.

47 Alusión a una composición de Luis Eduardo Aute.

Me sentía renacido y con ganas de descubrir los secretos de Atenas, la ciudad más avanzada y fascinante del mundo. Tenía claro que no había ninguna similitud entre un robot y el resto de los hombres, pero las diferencias eran muchísimo mayores entre los humanos, entre los que morían aplastados en las canteras y los que nacían en brazos de la fortuna. En aquella época, iluminada por la Academia, Atenas era una hermosa ciudad cosmopolita de unos trescientos mil habitantes. De éstos sólo cincuenta mil tenían todos los derechos y un contacto directo, a través de los respectivos oráculos, con los dioses. La abigarrada comunidad de extranjeros rondaba los ochenta mil y el resto, alrededor de ciento setenta mil, eran esclavos. La esclavitud era especialmente dura en las minas y en las latomías⁴⁸, donde legiones de miserables extraían minerales o picaban piedra en lugares donde nunca salía el sol. Otro infierno era la vida de los remeros que dejaban la vida en las bancadas de los mercantes o barcos de guerra.

Cualquiera que cayera en desgracia podía ser hecho esclavo. Hasta el mismo Platón corrió esa suerte cuando quiso convencer al tirano de Siracusa de que instalara su gobierno ideal de filósofos. Dionisio I cogió tal enfado cuando le propuso reformas políticas que primero le encerró y luego le entregó a subasta pública. Si no le hubieran rescatado sus amigos de Atenas ¿Quién sabe lo que sería de él en estos momentos? En una sociedad como la griega, las cosas podía cambiar en un instante y, sobretodo, había que tener mucho cuidado con no ofender a los olímpicos en público, pues el Areópago⁴⁹ no se andaba con bromas y condenaba fulminantemente a los osados al ostracismo o a la pena de muerte. A pesar de esa

48 Canteras—prisión. En ellas los esclavos vivían en condiciones infrahumanas y en total oscuridad. La más famosa del Mediterráneo era La Latomía de Siracusa, que se encontraba a 45 metros de profundidad.

49 Areópago, especie de senado integrado por los arcontes, en cuyas manos residía el poder legislativo y judicial.

fachada todo se podía hacer o decir, pero siempre en el momento y en el lugar adecuado.

Me gusta el color blanco de las casas de Atenas y el olor que se respira en sus callejuelas, sobretodo en los mercados donde te encuentras discutiendo a gente de todo el mundo. Joyeros, zapateros, sazoadores de carne y pescado, panaderos, barberos, portadores de ánforas, zurradores, fabricantes de sandalias y odres, entre otros muchos, pugnan por vender sus productos al mejor postor. Sin duda allí residen el alma y el corazón de la ciudad. Es ahí donde se toma el pulso a lo que está ocurriendo o va a ocurrir. El olfato no sólo es bueno para distinguir los aromas de las especies sino también para vivir y sentir la vida. Por lo menos eso pensaba yo aquella mañana cuando, tras tropezar con un niño recadero que corría desbocado, entré en una tienda donde se vendían túnicas⁵⁰ y joyas y decidí echar un vistazo para contemplar de cerca los rostros de mis vecinos. El dueño, un flaco anciano que tenía un enorme grano en la nariz, me seguía con la vista como si fuera un mosquito a punto de clavarle el aguijón en su protuberancia. Me imagino que no le gustaría mi aspecto o que me estaba confundiendo con un ladrón. O tal vez utilizaba su tumor como punto de mira para observar con precisión su microcosmos.

Mientras intentaba descifrar un medallón de oro en el que se había labrado el antiquísimo calendario de Hefesto olí una fragancia que me sacó de mi ensimismamiento y miré de reojo hasta vislumbrar una silueta femenina que acariciaba con sus níveas manos delicados tejidos de lino. Rápidamente me dio un vuelco el corazón. Su perfil coincidía con la estatua que me ofreció un peine para que le desenredara el cabello.

50 La túnica griega se llamaba quitón. La de las mujeres tenía forma de blusa larga sin mangas que llegaba a la rodilla o hasta los pies. Solía ser flotante, formaba pliegues y se ceñía en la cintura.

Me estremecí y sentí un escalofrío acompañado de miedo y timidez.

Hubo una época en que aquella mujer fue mía, incluso ahora también⁵¹. La joven, que en nada era inferior a Afrodita, se movía envuelta en un halo de misterio. Palpando un quitón de color celeste, me miró fijamente y entreabrió los labios con una sicalíptica sonrisa. Su deslumbrante guedeja negra rizada en virutas y sus rasgados y profundos ojos verdes quemaban como el sol. Bajé la mirada, observé en un espejo que mis ojos habían adoptado el mismo color que los suyos y, arrastrado por la corriente de aquel poderoso imán, así la resaca te lleva mar adentro, me acerqué a ella para besarla. Ella leyó mi pensamiento y nos preparamos para sellar el destino, para tomar posesión de la fruta que nos pertenecía.

—¡Clítia, ven corriendo! ¡Mira a quién me he encontrado!—, dijo una voz transformando el fuego en hielo.

Ella me miró nuevamente y sentí que había provocado un incendio en mi interior. Luego salió fuera con una gracia divina y giró de nuevo la cabeza al traspasar el umbral. De un salto me acerqué a la puerta y vi cómo doblaban una esquina, la joven, un hombre que le acarició unos segundos el cabello y las enormes espaldas, inconfundibles, de Platón.

—¡A qué es increíble!— me dijo el viejo artesano—, es la hetaira⁵² más bella de Atenas. Algunos la comparan con Aspasia, incluso ha comprado la casa donde vivía la mujer de Pericles y la ha reconstruido adornando el patio interior con

51 Alusión a los andróginos que menciona Platón en el banquete. Cuando éstos invadieron el monte Olimpo, Zeus les separó con un rayo quedando divididos en dos seres, hombre y mujer. Desde entonces andan buscándose, como almas gemelas, y cuando se ven, sienten la atracción del amor ideal.

52 Los griegos sentían fascinación por estas mujeres de extraordinaria belleza física que poseían una gran cultura y amenizaban las fiestas y banquetes de la aristocracia, al igual que las antiguas geishas en Japón o las kisaeng en Corea. Una de ellas, Aspasia de Mileto, fue además de la esposa de Pericles, la mujer más importante de la Grecia clásica.

esculturas de Fidias y palmeras traídas de Egipto. Y lo mismo que la diosa de Mileto invitaba a Sócrates a sus fiestas y tertulias, ella acostumbra a dejar siempre un lugar para Platón en sus cenáculos.

—Me quedo con el medallón de Hefesto y este quitón celeste—, dije cogiendo la prenda que parecía gustarle a Clítia.

—¿De dónde eres? Tu cara no me es conocida. ¿Estás de paso? ¿De negocios?

—Soy griego y discípulo de Platón— contesté— y, tras pagarle sin regatear, seguí paseando por el laberinto de callejuelas para hacer un mapa mental de los alrededores de la Acrópolis. Torcí por una esquina y me topé con los Muros Largos⁵³ donde un grupo de burreros vendía leche recién ordeñada y unos niños luchaban con espadas de madera representando que combatían a las puertas de la inexpugnable Ilyon.

Les observé durante unos segundos intentando distraerme pero el veneno de la mirada de Clítia ya corría por mis venas y sitiaba violentamente los puentes levadizos de mi corazón. Di la vuelta, como quien es tocado por la mano del destino, y seguí mi instinto, el más primario, el de los animales, el de los primeros hombres. Con el olfato de un sabueso intenté imaginar el palacete de mi alma gemela convencido de que estaba a punto de hacer el gran descubrimiento de mi vida. Había un secreto en aquella mujer que tenía que revelar pues sólo conociéndola a ella, podría conocerme a mi mismo.

A veces nos estrujamos los sesos hasta sangrar por los oídos y la nariz, hasta que nos crece la cabeza como un planeta o se encoje como una estrella de neutrones. Buceamos en las zonas abismales de nuestro ser en busca de nuestro yo profundo con la heroica misión de rescatarlo y sacarlo a la luz

53 Los Muros Largos, que fueron destruidos y reconstruidos varias veces, se levantaron gracias a Pericles para defensa de la ciudad. Conectaban Atenas con el puerto de El Pireo.

pero casi siempre, tras una lucha titánica, nos encontramos con el horroroso rostro de la Gorgona que multiplica su imagen deformada en los espejos de la nada. Cuando salimos a la superficie ya estamos agotados, ciegos, sin puntos de referencia. Es entonces cuando regresamos a las raíces más primitivas para no sucumbir a la locura, así el árbol se agarra a las entrañas de la tierra y no a la etérea bóveda celeste. El ser humano ¡Ay! y de eso me estaba dando cuenta ahora, sólo puede saber quien es a través del otro, del que tenemos enfrente. El mundo es siempre la persona que tenemos más cerca, no los cometas errantes donde habitan nuestros sueños. Ignorar eso es sólo soberbia, un cáncer que nos carcome y que termina por tragarnos en el sumidero de nuestra propia ignorancia. Los gigantes, las garrapatas que crecieron chupando la sangre de los demás, pesan demasiado, y acaban rompiendo la película de hielo del profundo lago por el que caminan.

Es por eso por lo que Clítia era mi tabla de salvación, la oportunidad de salir de mi cárcel, de librarme del eterno interrogatorio al que me había sometido en la sombría caverna de mi mismo. La solución al enigma estaba fuera, no dentro de mí. Era un error rechazar la evidencia, lo simple, pensar que sólo con un gran esfuerzo intelectual podemos desplazar las montañas que nos quitan la visión y desprender de su ropaje a las verdades que mueven el mundo. Intuía que la respuesta a mis enfermizas preguntas debería ser tan sencilla que más me valdría hablar con los niños de la espada de madera que con Platón. ¿Nos engañaron los dioses para que nos quememos las alas confundiendo la luz con las llamas del infierno?

Y fue entonces cuando la vi, sin duda era la casa de Clítia. Dos esculturas, una de Afrodita y otra de Atenea, encarnación de las dos mitades de su espíritu, flanqueaban la puerta de entrada. Se percibía el aroma de un jardín de rosas y el sonido de una fuente cristalina que atravesaba los blancos muros, casi transparentes, de su morada. Varias palmeras sobresa-

lían del interior, cual damas del desierto que han encontrado su oasis en la tierra prometida. Estuve a punto de llamar a la puerta y hacerme pasar por recadero, para entregar la túnica como presente a aquella encantadora criatura de ojos verdes que debió nacer en la selva al lado de bestias y palomas. No me atreví por respeto o cobardía y dejé el regalo sobre un brazo de Afrodita con una nota que decía: para la más bella.

Regresé despacio a la casa azul, como quien ignora la presión del tiempo, y gocé caminando sobre la tierra que tan generosamente nos acaricia cuando seguimos su rotación circular. Empecé a silbar y me pareció que los gorriones se alegraban en las copas de los árboles. En el suelo hacía esos un gusano que se metía debajo de una hoja, cual si fuera un parasol. Ir sin prisas te abre el tercer ojo y te permite alcanzar a la liebre del filósofo. La mente se calma y se sigue con deleite el vuelo de las águilas. Te es dado contemplar las cosas con quietud y disfrutar sintiendo los latidos del corazón que palpita en sintonía con el corazón del universo. Todo lo que se hace despacio conduce al sendero de la inmortalidad. Todos saben por qué las tortugas son adoradas en las tierras milenarias donde nace el sol, donde el nenúfar hace de su fruto copa y congela el tiempo. Si aprendemos a detenernos y a saborear esos instantes ¡qué difícil les sería a los gobernantes mantener su cetro! Los reyes sobreviven gracias a la actividad frenética de sus súbditos, su talón de Aquiles está en la inmovilidad porque, cuando el hombre se detiene y piensa, observa como saca las alas su dios interior y se eleva como el ave fénix tras prender fuego a las ataduras que impiden su crecimiento interior. El vuelo y la quietud son las dos caras de la misma moneda. El alma que planea sobre las estrellas siempre pertenece a los seres de corazón tranquilo y frente serena.

Respiraba profundamente y soñaba con que nunca llegaría a la meta que nos enseñan en las escuelas porque siempre

que la alcanzamos, nuestros sueños se desvanecen y se vuelve radioactivos.

Entré como un quelonio en mi casa azul y me lavé la herida de la frente, la marca cainita. Luego la cubrí con la suave cinta blanca de algodón que llevé para detener el sudor cuando corrí en los Juegos Olímpicos, entonces apenas tenía dos días de vida. Me cambié de túnica y, tras echar una mirada fugaz a mi refugio, me dirigí a los establos de Filemón. Allí me esperaba impaciente Arión, que se elevó sobre sus patas traseras para darme la bienvenida y relinchó espantando a varias moscas danzarinas que revoloteaban alrededor de su hocico. Le di varios azotes en la grupa y le acaricié suavemente el cuello y las crines. Una vez sobre sus lomos, nos convertimos en centauro y cabalgamos hasta El Pireo.

—Un mosto y unas aceitunas— dije a Antínoo—, que al instante fijó su mirada en mi frente.

Rápidamente me acordé de la estaca que clavó Ulises en el único ojo de Polifemo.

—¿Qué te ha ocurrido amigo? Parece que te has caído por un acantilado.

—Nada de eso, Antínoo. El oinujo se me subió a la cabeza, clavé las espuelas en mi caballo, el animal partió como un rayo y sufrí una caída espantosa. Salí despedido por los aires y me golpeé violentamente la cabeza contra un saliente de los Muros Largos.

—Espero que te recuperes pronto. Tu presencia rompe la monotonía de mi vida. Contigo me siento acompañado. Nunca he tenido un cliente como tú. Además, admiro tu austeridad. Siempre comes con frugalidad, unas pocas aceitunas o un racimo de uvas. Nunca te das atracones, como esos nuevos ricos que son capaces de comerse un toro para desayunar y despilfarran el dinero en lujos superficiales para hacer ostentación de su poder. Tu sencillez me hace sentirme cómo-

do. Todavía no te conozco mucho pero sé que nunca correrás la suerte de los habitantes de Síbaris.

—¿Qué pasó con esa gente?— le pregunté.

—Todo el mundo conoce esa historia. Parece que acabas de nacer ayer. Te cuento:

Se dice que los habitantes de Síbaris⁵⁴ vivían con un lujo envidiable, incluso superior al de los dioses, y habían hecho del placer y el ocio el paradigma de todas las virtudes. En la ciudad, que era tan populosa como la Atenas de hoy, todo estaba dispuesto para el goce y el disfrute. Como todo el trabajo lo hacían los esclavos, su vida era una fiesta permanente y la música y el baile su medicina favorita. Era imposible ver a un ciudadano libre hacer el más mínimo esfuerzo, como mucho regar sus rosaledas y dar de comer a los peces de colores. A la servidumbre se la prohibía por ley, bajo pena de muerte, hacer ruido a la hora de la siesta. Sus cocineros, famosos en todo el mediterráneo, inventaban cinco o seis platos, los patentaban, y luego vivían el resto de sus vidas con los derechos de autor. Si un sibarita encontraba un pelo en su cama ya no podía conciliar el sueño en toda la noche. Sólo tomaban los manjares más exquisitos y pasaban días enteros descansando en los baños públicos, donde dormían largas horas mientras que los esclavos les frotaban el cuerpo y les sedaban con suaves masajes. No soportaban ninguna incomodidad, ni los malos olores, por lo que hacían acopio de los más exóticos perfumes. Todo aquello que les irritaba lo más mínimo era apartado inmediatamente de su vista. Su pujanza económica era tal que pronto quisieron demostrar su poderío y apoderarse de la pobre ciudad de Crotona⁵⁵. Cuando las huestes de Síbaris avanzaron sobre esta polis que apenas carecía de defensas, su ejército salió a su encuentro tocando la flauta, el arpa y la lira. Al frente iban cientos de bailarinas

54 Estaba ubicada cerca de lo que hoy sería el puerto italiano de Brindisi.

55 Correspondería a la actual ciudad de Tarento.

semidesnudas con réplicas del ceñidor de Afrodita y arrojando pétalos de rosas perfumadas. Antes ese delirante ataque, los sibaritas, en vez de prepararse para el combate, empezaron a mover las cabezas y las manos siguiendo el ritmo de sus danzas y melodías. Hasta sus caballos, acostumbrados a la buena vida, empezaron a bailar la danza del vientre y a copular con las yeguas. Algunos generales se bajaron de sus cabalgaduras y buscaron las caricias de la brisa fresca debajo de los árboles para protegerse del sofocante calor. En fin, confundieron la guerra con una fiesta y los crotones les pasaron a todos a cuchillo mientras los sibaritas cerraban los ojos silbando. Después, arrasaron la ciudad y no quedó piedra sobre piedra. Un siglo después de esta batalla Heródoto viajó a Síbaris y no encontró ni restos de aquella espléndida polis. Pero la historia no termina ahí, los crotones copiaron las costumbres de los sibaritas y se debilitaron tanto que murieron como cigarras pues no tenían fuerzas ni para llevarse una cucharada de miel a la boca. Si el trabajo mata, no digamos lo que ocurre si llevamos al extremo las doctrinas de Dionisio y renunciamos a ejercitar nuestro cuerpo y nuestra voluntad. En esta vida hay que mantener el equilibrio. No hay que pasarse ni con el vino, ni con las mujeres, ni con los desenfrenados juegos de los dioses.

Me quedé unos instantes pensativo y respondí:

—Tus palabras me han iluminado. ¡Oh, Antínoo! Hasta ahora pensaba que el origen de todas las cosas maravillosas que nos acercan a los dioses: la música, el arte, la poesía e incluso la filosofía, tenían un origen mágico y misterioso. Creía que el hombre empezó a despertar gracias a un milagro. A un cataclismo que puso en peligro su existencia. Al rayo del fuego que le dio el poder para someter a las bestias. A la rebelión contra el frío y el horror. A un primer beso que tuvo sabor a fruta. O a un encuentro casual con algo sorprendente que desplazó la Noche de los Tiempos provocando un salto cualitativo en la Creación. Por eso estaba convencido de que la

cuna de las civilizaciones estaba en las riberas de los ríos, en Mesopotamia⁵⁶, o incluso en poblados de la costa que ofrecían un sustento seguro con las riquezas del mar. Me imaginaba que cuando el hombre pudo dormir con la tripa llena y calentarse en torno a una hoguera, alguien sonrió y trazó con una rama un garabato siguiendo los designios de un dios desconocido. Y así empezó todo. Sin embargo, tu relato me ha convencido de que todo lo que consideramos bello, luminoso y profundo, tiene un origen más brutal. En la ley del más fuerte. En el rugido del león que se come a sus cachorros para no compartir con ellos las piezas del venado. Que la rosa crece a costa de la espina. Que todo lo que deslumbra al individuo y se encarna en la Belleza sólo ha sido posible gracias a la aniquilación de millones de esclavos que se enterraron en vida en el infierno para que un grupo de elegidos se intercambie parejas con los dioses o se aísle, como los sibaritas, en torres de marfil. Ahora sé que la esclavitud es la otra cara de la libertad. Que no es posible el arte, ni la poesía, ni la filosofía sin arrancar el corazón y los sueños a los vencidos, cuya única salida es la huida o la muerte.

—Así es el mundo, amigo— afirmó Antínoo sin dar demasiada importancia a mis palabras, ya que él había nacido libre y consideraba natural, como la mayoría de los griegos, los abismos terrenales, cuyo cenit era la perfección de los dioses y su nádir la crueldad y deformidad humana.

—¿Sabías que la población de esclavos de Siracusa sobrepasa a la de Atenas?

—No, le dije, apenas conozco el mundo y sólo he oído hablar de sabios, dioses y hombres.

—En algunas cosas, tú también, aunque no lo creas, te pareces a los sibaritas, pero en otras eres su antítesis y de eso me habla tu herida en la frente. Ese estigma que ni Afrodita

56 Mesopotamia significa entre o en medio de dos ríos.

podrá borrar. Refréscate con el mosto que está frío y relájate. Hoy hace un día maravilloso y no merece la pena escarbar en las miserias de la existencia.

Corté el hilo de mis pensamientos y la imagen de Clítia volvió a envolver en llamas mi corazón. Era como si hubiera descubierto un tesoro en el fondo del mar. Pronto, no sé por qué, temí que algo la ocurriera por moverse en este mundo con tanta libertad. ¿Correrá algún peligro? ¿Acaso sus enemigos esperan que de un paso en falso para llevarla al patíbulo? ¿Es verdad que su antepasada Aspasia fue juzgada por el Areópago, en presencia de un tribunal de mil quinientos ciudadanos, bajo la acusación de haber ofendido a los dioses, igual que Sócrates? ¿Es cierto que Pericles hizo de abogado defensor utilizando su mejor oratoria para que no fuera condenada a muerte? ¿Llegó a llorar, como dicen, para convencer a los duros arcontes de que la perdonaran la vida? ¿Es un desafío intolerable la lucidez de una mujer valiente, libre, bella e inteligente? Por Helena, cayó Troya. Por Aspasia, tuvo que suplicar Pericles, el hombre que llevó la edad de oro a Atenas, para no ver rodar por el suelo la cabeza de su amante. ¿Tan inaceptable es que la hermosura y al altura espiritual se concentren en una criatura tan extraordinaria?

Dicen que es tan misterioso el origen de Aspasia como su desaparición de la vida pública. ¿Sería rescatada por los dioses? ¿Alcanzaría la apoteosis como Helena? ¿O decidió vivir el resto de sus días como una anacoreta, se afeitaría la cabeza y ofrecería en sacrificio su larga cabellera a los olímpicos? Sólo se sabe que tras morir Pericles, se casó con un rico mercader ateniense de nombre Lisicles que, aunque era un lince amasando fortunas, tenía un lenguaje tosco y carecía del don de la palabra. Pero la magia de Aspasia no tenía límites, su esposo, empapado de su belleza y sabiduría, se convirtió en uno de los mejores oradores de Atenas. ¿Dónde fue Aspasia después de las honras fúnebres de Lisicles? ¿Por qué desapareció? ¿Por miedo? ¿Por desprecio a la hipocresía? Me re-

cuerda a un viejo filósofo del Lejano Oriente, Lao Tsé, que se esfumó tocando la flauta en los confines del mundo montado en los lomos de un búfalo. ¿No será que Pitágoras y Buda tienen razón y existe la trasmigración de las almas y la reencarnación y volverá a este mundo con los ciclos del círculo del eterno retorno, así una perla rueda en una bandeja de jade, para desafiar a los cancerberos, a los sacerdotes y arcontes, que no soportan que las diosas vivan entre nosotros? La ley, esa pesada espada que pende sobre la cabeza de todos nosotros, oscila bajo un fino hilo que si no lo cortan las parcas, lo sesgan los buitres con sus acerados picos. Esos tenebrosos personajes que al nacer con la enfermedad del poder o el sudor del dinero, se coronan con anillos solares y se presentan como la única escalera para alcanzar el paraíso.

Di un largo trago de mosto, que refrescó mi espíritu y elevó mis ánimos y, como un ángel caído del cielo, se presentó ante mí rebosando fresca, Iris, la mensajera de los dioses.

—Hermes no ha podido venir porque acaba de tener un hijo con Afrodita— me dijo—. Está embobado con su bebé y ha abandonado sus deberes, así que yo he decidido transmitirte este mensaje.

Me observó extendiendo sus grandes alas y se alisó su corta falda con los siete colores del arcoiris. Después se inclinó levemente sobre su bastón de heraldo y me entregó con las dos manos un rollo de pergamino atado con cintas rojas. Luego me sonrió, se puso de puntillas sobre sus delicados pies y alzó el vuelo al tiempo que me miraba con picardía por si la estaba observando desde abajo.

Desenrollé el pergamino y empecé a leer:

¡Oh Fritz, eres maravilloso! Me has hecho pasar la mejor noche de mi vida. Jamás pensé que tendría un amante tan apasionado en mi lecho. Me hiciste gritar y llorar de placer. Desde que te vi sabía que iba a ocurrir ese momento. Muchas gracias por el

quitón. Mañana al atardecer tenemos una reunión filosófica en casa. Vendrá Platón. No faltes. Sin ti ya no puedo vivir.

Te amo

Clítia.

V

¿Por qué canal misterioso se comunican el corazón y la pupila? ¿Cuándo se atreve el alma a mostrar su esencia en la mirada? ¿Qué hace valiente al hombre y qué le acobarda? ¿Sabemos lo que buscamos? ¿Hemos salido del Caos? ¿A qué juegan los dioses? ¿Existe la verdad o cada hombre tiene sus verdades? ¿Cuál es el mundo real? ¿El que ve el filósofo? ¿El esclavo? ¿Las sombras de Platón? ¿La noche de los ciegos?

Una vez leí en un papiro que los ricos y los pobres no sólo viven en mundos distintos sino que también ven y sienten de forma diferente, utilizan un lenguaje polarizado y todo lo que es importante para los primeros para los segundos carece de sentido. Las escalas de valores esculpidas en pirámides podrán enorgullecer a los cíclopes que construyeron las murallas de Micenas y asegurar la estabilidad de la polis pero más allá, en el centro del corazón, reside la verdadera sabiduría que puede ser tan maravilloso como mortal el descubrirla.

Sigue a tu corazón mientras vivas

Olvida todo aquello que sea inútil

Acrecienta tu bienestar

No permitas que tu corazón desfallezca

Celebra el día alegre y no te canses de él

Así se expresaba el arpista de Intef⁵⁷ en una época en la que la diosa de la justicia y la verdad, Maat, había muerto o estaba secuestrada. Si es cierto que la verdad y la justicia no existen, nos queda como consuelo la música y la palabra, y si los labios y los oídos están amortajados, sigamos a nuestro corazón que, sino ha dejado de latir, buscará a otro corazón para viajar acompañado hacia occidente, el lugar donde mueren todos los seres en su viaje subterráneo.

Del mismo modo que un ligero carro es arrastrado por briosos corceles, yo descendía desde la Acrópolis en dirección a la casa de Clítia. Tenía el pulso acelerado y los ojos me brillaban como a un adolescente enamorado. Mi nerviosismo me cegaba la visión y sentía una felicidad que me hacía levitar. Aún era un inexperto incapaz de controlar mis pasiones. ¡Cuánto envidia ahora a las personas que ni se dejan invadir por la euforia ni tragar por el pantano de la depresión! Como dice el filósofo⁵⁸, tan espantosa es una alegría desbordante como una tristeza sin límites. En ese momento yo sólo quería ver y tocar a Clítia y debo aceptar, tal vez en un exceso de franqueza, que no me apetecía nada encontrarme con Plátón. Prefería estar a solas con mi amante y desenrollarla el ceñidor como hacen los recién casados. Las tertulias pierden interés cuando aparece una diosa y te ofrece la manzana. Ahora había que actuar, entrar en la mansión de Clítia oculto en el caballo de madera y raptarla mientras los demás sucumbían a la oratoria del discípulo de Sócrates.

Llegué jadeando a su morada y me fijé en los altos muros rematados por verdeadas culebras de hiedra. Llamé tímidamente a la puerta y me abrió un criado. En el centro del jardín había un grupo de personas y, recostada bajo una palmera en

57 Versos hallados en la tumba del faraón Intef (finales del Primer Periodo Intermedio). Junto al texto hay un arpista recitando un himno sobre la vida y la muerte. Mika Waltari en su “Sinué, el egipcio” se hace eco de ese poema.

58 Alusión a una reflexión del escritor y dramaturgo Carlos Trías Sagnier, a quien el autor conoció a finales de la década de los setenta en El Cairo.

un triclinio de mimbre blanco donde relucían, como la yerba y el oro, varios cojines verdes y amarillos, se veía a Clítia apoyando la palma de una mano sobre su mejilla derecha.

Estaba descalza y llevaba una nívea túnica abierta hasta el talle que dejaba la media luna de sus senos al descubierto. Cuando se acercaba una copa de vino a los labios se agitó al percibir mi presencia. Inmediatamente dio un salto, vino a mí corriendo, me abrazó, me cogió de la mano y me llevó a un rincón discreto donde me dijo:

—Anoche me hiciste la mujer más feliz del mundo. Cuando entraste a mi alcoba y me violaste no puse resistencia porque sabía que eras tú. ¡Fritz, no imaginaba que eras tan fuerte! Jamás me trataron en el lecho de forma tan salvaje y suave al mismo tiempo. ¡Qué ocurrente eres! Cuando te dije sonriendo que me estabas violando, me respondiste con toda naturalidad: Yo no te violo, tu belleza me violó primero. Luego te pedí que lo hiciéramos por detrás y pusiste una cara deliciosamente pícara e inocente.

—¿Pero qué dices, Clítia? ¿Acaso has perdido la razón?— le pregunté sin poder evitar un temblor en la voz. Yo anoche no estuve contigo. O bebiste alguna droga o me tomas por un imbécil al que se puede tratar sin ningún respeto ni consideración. Estás loca, jamás pensé que un amor tan profundo como el que sentía por ti, pudiera esfumarse en un instante. Búscate a un cómico o a un sátiro que yo me marchó ahora mismo.

Cuando me dio dos bofetones y rompió en llanto, me di cuenta de que había errado y, que si no me retractaba, la buena de Clítia sería capaz hasta de hacerme cantar la palinodia ante Platón y su grupo de seguidores.

Clítia no paraba de llorar y vi tanta pureza y verdad en sus cristalinos ojos que al instante me di cuenta de todo lo que había ocurrido y le hablé con estas aladas palabras:

—¡Ay, Clítia, amor mío! Ya se lo que ha pasado. Has sido violada por Zeus que adoptó mi forma. ¡Es increíble, pero se presentó con mi nombre y mi figura para seducirte! Está todo claro, te entregaste con amor y fuiste engañada por ese fantoche que no para de jugar con sus metamorfosis para satisfacer sus caprichos.

—¡Habla en voz baja, por favor! No perdamos el control. Ya tendremos tiempo para aclarar las cosas— me dijo Clítia enjugándose las lágrimas—. Después volvió a cogerme de la mano y me senté junto a ella mientras Platón decía:

La prudencia, la templanza y la fuerza de voluntad son esenciales para convertirse en un ser virtuoso y alcanzar la sabiduría. Sólo el que piensa antes de actuar, el que reflexiona y no se deja arrastrar por sus deseos, puede llegar a ser un buen gobernante. Únicamente los que anteponen la razón a sus emociones son capaces de impartir justicia. Cuando la parte más noble de nuestro ser toma las riendas de nuestro destino nos convertimos en verdaderos aristócratas. Lo ideal en el mundo es que gobiernen los mejores pero la plebe rechaza a esos hombres, ya que no prometen riquezas sino el goce espiritual del conocimiento y la belleza y la bondad, que en definitiva son la misma cosa. El pueblo desea héroes y campeones olímpicos. Ama a quien le unta los oídos con miel y les ofrece el Vellocinio de Oro. Yo salí escarmentado de la corte de Dionisio I y me temo que habrá que esperar a tiempos mejores para que el hombre salga de la caverna y distinga las sombras de la realidad. De momento debemos contentarnos con separar el cosmos del caos, con evitar que los guerreros, los sacerdotes y los banqueros impongan la tiranía. Hay que buscar fórmulas para que se establezcan los sabios sin la repulsa de las masas porque sino el mundo estará condenado al más absoluto de los fracasos.

Platón hizo una pausa y Clítia, que balanceaba con la punta de su pie derecho una sandalia roja⁵⁹, preguntó:

—¿Cuál es el problema, qué los dioses quieran ser hombres o los hombres dioses? ¿Es posible que el pueblo acepte un gobierno de sabios sin alcanzar previamente la sabiduría? ¿Qué pasaría si todos los seres tuvieran acceso al conocimiento? ¿Puede funcionar el mundo sin esclavos?

—Amada Clítia— dijo Platón—. El mundo siempre funcionará con esclavos, sólo cambiarán de nombre en cada época. Es algo natural. Cuando el hombre inventó la rueda ¿De qué valía ese gran descubrimiento si no había nadie que la moviera? Todo tiene su sentido y su lógica. La meta es la conquista del ideal. Cuando el burro toma conciencia de que es burro, se transforma en caballo.

—Sí —le interrumpió Clítia—, se transforma en caballo pero eso requiere mucho tiempo.

Platón sonrió y dijo:

—No me has presentado a tu amigo ¿Verdad? Creo que frecuenta el ágora y está buscando la salida del laberinto ¿Acaso no serás su Ariadna?

—Se llama Fritz y es griego. No lleva mucho tiempo viviendo en Atenas. Le conocí el otro día en el barrio de los artesanos. Es un ser encantador y admira tu filosofía. Y, sobre todo, es un gran mitólogo.

—¿En qué polis naciste?— me preguntó Platón—. ¿Podemos conocer tu origen si se puede saber?

—Soy hijo adoptivo del Rey Midas y amigo de Dionisio. Nací en Macedonia y mis padres me abandonaron nada más nacer, pero no les tengo rencor porque de vez en cuando me

59 Las sandalias de los hombres solían ser de cuero negro, mientras que las de las mujeres solían tener algo de tacón y eran de color rojo, blanco, amarillo, verde, dorado, etc.

escriben cartas que amablemente me las entrega Hermes. Todavía conozco a muy poca gente en Atenas, pero espero abrirme camino y hacer algo útil. Antes de venir aquí fui un atleta y corrí en los Juegos Olímpicos.

—¿En que prueba?— preguntaron al tiempo Clítia y Platón.

—En la carrera larga— dije agachando la cabeza.

—Y ¿Cómo te fue?— prosiguió Clítia jugando con la otra sandalia.

—Quedé el último porque perdí interés por la victoria— aseveré.

—Bueno, ya es hora de regresar a casa— indicó Platón, y se marchó con paso firme seguido de sus discípulos tras dar las gracias a su anfitriona.

Nada más quedarnos solos en el patio, Clítia, sin soltarme de la mano, me condujo por unas escaleras en cuyos bordes había colocadas —se notaba que recientemente— unas naranjas al lado de unas florecillas blancas y unas hojas gris claro que desprendían un fuerte olor a lavanda y azahar. Penetramos en una cálida estancia y me dijo:

—Vamos a vengarnos de Zeus, ahora imítale tú a él.



Hoy por primera vez en mí vida he visto como caían las hojas ocres, rojas y marrones de los árboles y como el viento las arremolinaba en pergaminos de aire y polvo. Por momentos pensé que se acababa el mundo porque Helios aceleró su viaje a occidente⁶⁰ y la Noche, hija del Caos, extendió precipitadamente sus alas negras sobre la Acrópolis y el vinoso pon-to. Me ha dicho Filemón que hemos entrado en la estación de la vendimia y que sería bueno hacer alguna ofrenda a Dio-

60 Occidere: caer, morir.

nisio. Cerca de un altar dedicado a él un grupo de ninfas pisa estos días deliciosos racimos de uvas, fecundadas por el Sol y la Luna, en un pequeño lagar con forma de estanque, y ofrece el cáliz de las primeras lágrimas al hijo de Zeus. En esta época resplandece en toda su luminosidad Selene y recibo con alegría la llegada de su hermana, Eos⁶¹, que me despierta cada mañana acariciándome la frente con sus rosados dedos.

Clítia se ha convertido en mi mejor amiga y me ha revelado secretos que podrían provocar hasta guerras civiles. También me ha dicho que de niña su historia favorita era la de Zeus raptando a Europa. Un imponente toro blanco besando los pies a la hija de Agenor, rey de Tiro, es el mural más llamativo de su casa. Sorprende la candidez de la bella joven colocando guirnaldas de flores en los cuernos del dios mientras sus compañeras de juego contemplan con asombro el prodigio. La imagen es totalmente pura e inocente y está detenida en ese instante. Mi amante es sabia y sabe que la palabra no es suficiente para expresar lo que sentimos o lo que pensamos, por eso a veces me dibuja un pensamiento que se posa en la orilla de mi mente a través del invisible puente de la intuición. Insiste en que la vida es efímera y que hay que vivir cada instante con intensidad. A veces va al jardín con un pincel y un cántaro de agua y escribe versos sobre los azulejos para que los lea y vea como se evaporan. Estoy aprendiendo a conocerla a través de los gestos y la mirada pues todo en su ser es armonía y profundidad cristalina. A veces la tomo el pelo acusándola de coqueta pues guarda su juego de cosméticos⁶² como si fuera un verdadero tesoro en una especie de altar

61 Helios (dios del Sol), Selene (diosa de la Luna) y Eos (diosa de la Aurora) son los tres hijos del titán Hiperión y de la diosa Tea.

62 Los cosméticos, al venir de la palabra cosmos (orden), se refieren a los productos empleados para poner orden, equilibrio, en la cara y en el cuerpo. En su interesante y sencilla obra “Words from the Myths” Isaac Asimov nos hace una sugerente descripción de las antiguas palabras griegas que se emplean en la actualidad. Su recopilación fue publicada por primera vez en 1961 por la editorial “Houghton Mifflin Company” de Massachussets.

rematado por un espejo de plata. Lo único que sé es que sus proveedores son perfumistas fenicios, pueblo que, según Heródoto, circunvaló Africa en sus embarcaciones en busca de cosas raras y preciosas y llegó hasta las tierras del estaño⁶³. Cuando me impregno de la fragancia que desprende la piel de Clítia traspaso arcos de rosas y entro en una especie de Campos Elíseos en los que, debido a mi manía de confundir la belleza con el amanecer, vislumbro su silueta en jardines de incienso en la mágica ciudad de Byblos, donde un antepasado de Homero inventó el Alfabeto que moldeó con su llama prometeica el pulso creador de los griegos y otros pueblos. La imagino allí leyendo el libro del Conocimiento Supremo, adoptando la enigmática mirada de Clio, y yo recostado a su lado bebiendo sus palabras.

Me gusta salirme de la realidad y, lo mismo que el alfarero tornea con sus manos una vasija, yo celebro construir sueños con mi mente y trasladarme al paraíso perdido. Muchas veces me fundo con Clítia y, al entrar dentro del palacio de su persona, me olvido de mi mismo y renuncio al mundo de extramuros. Pero hay días en los que el invierno se cuelga en las rendijas del alma y temblamos con el escalofrío del hielo de una soledad astral que nos entierra bajo la nieve de la primavera boreal. Es en esos momentos cuando bebemos vino, confundimos el fuego con el amor, descongelamos nuestro corazón con el duende que lo habita y nos besamos para ahuyentar la sombría estampa del barquero.

Te recuerdo bebiéndote a besos junto al vino

En el patio de la juventud donde lloraba el arpa

Te recuerdo bebiéndote a besos junto al vino, desesperadamente,

63 Gran Bretaña.

¿Qué será de ti y de los nuestros?

De los amaneceres vacíos

De la noches sin fin.

Así cantaba un amigo mío poeta, a quien llamaban León, y un día conocí en el ocaso de su vida en la taberna Odiseus. ¿Nos parecemos tanto los habitantes de este planeta? ¿Es cierto que la juventud es locura, la madurez una encerrona y la vejez lamento? ¿Es verdad que cuando se extingue el fuego sagrado, flaquean las fuerzas y desaparece la curiosidad por las cosas que nos rodean, nos enamoramos, en un último acto de virilidad, de la muerte?

Ven a Egipto para que veas la tierra donde has crecido ahora que has empezado a envejecer

Ahora que has perdido tu capacidad de amar y ser amado tendrás el embalsamamiento de los hombres rectos de espíritu para que goces de la eternidad

Te brindaremos una noche con aceite de enebro

Las pilastras de tu tumba serán de piedras blancas

Y no permitiremos que seas metido en una piel de carnero

Tu envoltura de momia será de oro

Y la cabeza de lapislázuli

Ven para que seas conducido a la tierra de la bienaventuranza⁶⁴

Con estas hermosas palabras escribió el faraón Sesostris a Sinué, quien tras huir de Egipto en su juventud y conseguir la

64 Fragmento de la obra “La historia de Sinué”.

prosperidad en el exilio, soñaba con regresar para remojar sus cansados pies en El Nilo y besar la tierra que nunca dejó de amar.

Creo que la vida debe ser vivida como una aventura. ¡Bienaventurados los que pueden conducir el timón de su existencia y llegar a las costas de la luz! ¡Bienaventurados los que nacieron libres y pudieron escoger! ¡Bienaventurados los que fueron rescatados por los dioses antes de llegar a la última catarata! ¡Bienaventurados los que vencieron a un destino adverso y clavaron su espada en el ojo del huracán! ¡Bienaventurados los que crecieron con un futuro y nadie les tuvo que enseñar a sonreír! ¿A qué monstruo hay que matar para que el alma no muera? ¿Es posible soportar la carga de Atlas o el castigo prometeico cuando se ha nacido ya marcado? ¿Quién arroja los dados y por qué cuando todavía estamos en el vientre de nuestras madres? ¿Es cierto que los que se rebelan contra los dioses son arrojados al Tártaro? ¿Qué salida tenemos cuando no hay camino? ¿El suicidio? ¿La sumisión? ¿La huida? ¿Convertirnos en héroes? ¿Ladrones? ¿Piratas? ¿Refugiarnos en los templos? ¿Vender nuestros cuerpos y nuestras almas? ¿Construir pirámides bajo el látigo? ¿Inmolarnos? ¿Matar al tirano? De nuevo la hiriente voz del filósofo rebelde: *A veces matar no es pecado, a veces no matar es pecado.*

Bebamos vino hasta que muera la razón

Y olvidemos que nacimos

Bebamos vino para no permitir que la vida

Nos robe el alma y la alegría

Los faraones y dioses

Sueñan porque estás dormido

Eleva tu vuelo, como el Ave Fénix

Hasta que el Sol revele en ti, sí en ti, la Belleza⁶⁵

65 Poema del autor incluido en el cuento “La Manada De Un Solo Elefante” (Editorial VisiónLibros, 2007).

Cada vez que beso a Clítia se rompe un eslabón de la cadena que me une a Prometeo y borro de mi mente el vuelo del buitre que cae en picado sobre sus entrañas. Eso se llama esconder la cabeza debajo del ala cuando el temporal te arranca violentamente la venda de los ojos y el sol te abraza. ¿Es un refugio la locura? ¿La flauta que tocamos para que se desenrosque en espirales ascendentes y baile la serpiente? Cuando no quiero pensar, lleno una copa de vino hasta los bordes y se la ofrezco a mi amada para que empape sus labios con la sangre de mi corazón antes de poseerla en el precipicio del volcán donde nací.

Todos los pueblos del mundo han adorado al Sol y a la Luna porque en esos astros habita un dios de luz y una diosa de marfil que, como todos nosotros, tienen su origen en el Caos y el vacío primordial. Muchos faraones propagaron que fueron concebidos cuando su madre se tragaba el sol y se alojaba en su vientre. De ahí venía el poder, la alegría, la fuerza y la pasión. La energía que desprende Selene⁶⁶, la de rostro pálido, es la antítesis; ella prefiere alumbrar el lecho de los amantes con su antorcha mientras conduce su carro de plata tirado por bueyes blancos. Su belleza, su viaje, desprenden melancolía, tristeza, soledad. ¿Cuántos poetas se han enamorado locamente de ella? ¿Cuántos desdichados e incomprensidos se han arrojado a los profundos estanques de la desesperación contemplando su rostro sobre la superficie de la nada?

Los fenicios, que conocen infinidad de historias, suelen contar a Clítia fábulas de países remotos después de venderla sus mejores perfumes. Ella saca el zumo de todas las frutas y con el elixir del verbo alimenta su fantasía.

66 Con el tiempo Apolo sustituyó a Helios como dios del Sol, mientras que Artemisa, la hermana de Apolo, relevó a Selene. El arco y la cornamenta del Toro—Zeus tienen una estrecha relación con la Luna.

—¿Sabes cómo es la diosa de la Luna en los confines de Asia?⁶⁷— me preguntó una noche mientras la cubría la espalda con un manto de algodón. De sus encendidos labios se desprendían las palabras como los encarnados granos de una granada:

Hace muchísimo tiempo la Tierra ardía porque aparecieron diez soles. En ese inmenso tártaro surgieron de las profundidades incontables monstruos y demonios y los hombres morían asfixiados o abrasados. Entonces el Emperador de Jade, equivalente a nuestro Zeus, entregó a un héroe llamado Hou Yi un gigantesco arco de color rojo y un carcaj con flechas blancas para que salvara a la humanidad. Ese Heracles disparó sus flechas con colas de plumas contra el firmamento y apagó nueve soles. En premio, la Emperatriz de Jade le quiso deificar y le regaló la píldora de la inmortalidad. Sin embargo, Hou Yi se negó a tomarla porque estaba tan enamorado de su mujer, Chang Er, que deseaba vivir y morir con ella.

Un día el héroe le dio a Chang Er la píldora para que la guardara y ella la metió en uno de los pequeños bolsillos de la manga de su camisa. Disfrutaban de una vida feliz y estaban contentos con lo que tenían.

Cuando una mañana Hou Yi se fue a cazar, unos ladrones entraron en su casa para robar la píldora de la inmortalidad y, como Chang Er había prometido a su marido que la guardaría pasara lo que pasara, se la metió en la boca mientras los rufianes la zarandeaban. Entonces, por accidente, la hermosa joven se tragó la pastilla, y voló hasta posarse en la Luna. Desde ese momento es inmortal, pero sufre de una insoportable soledad. Gracias a las plegarias de Hou Yi, el Emperador de Jade la envió un conejo blanco para que no estuviera sola. Dicen los pueblos asiáticos, que representan siempre a Chang Er acariciando a un conejo de jade, que es la diosa más bella que existe, por lo que es mejor que no conozca esta leyenda Afrodita. Un día al año, que

67 Chung Kuo (China)

coincide con la Luna llena⁶⁸ y las celebraciones de la recolección de la cosecha, le hacen ofrendas en altares consagrados a ella. Los poetas aseguran que en esa ocasión pueden verla acariciando al conejito, y se han escrito miles de historias y compuesto infinidad de canciones sobre esa misteriosa divinidad.

Hay otra versión que afirma que es falso el cuento del asalto de los ladrones y que Chang Er se tomó la pastilla por coquete-ría femenina para permanecer siempre joven y bella.

Sea cual fuera la verdad, se dice que el Emperador de Jade la permite un día al año visitar a su esposa y dormir con él. También se cuenta que suele llorar con frecuencia y que vive eternamente arrepentida por haber deseado la inmortalidad.⁶⁹

68 Dicha festividad, que cae el 15 de agosto del calendario lunar, se sigue celebrando hasta hoy día en varios países del Extremo Oriente, principalmente en China y en Corea, con el nombre de “Chuseok”, palabra que significa canto a la cosecha de la Luna Llena.

69 Es una de las historias más antiguas de la mitología china. El origen de esta leyenda podría remontarse sobre el año 2300 a.d.C. Se cree que Hou Yi era un jefe tribal y Chang Er una hermosa mujer que se enamoró de él impresionada por su valentía y su destreza con el arco. En chino los caracteres que forman la palabra “Yi” representan un arco y una flecha, y los relativos a “Hou” se relacionan con el trato honorable que se daba a los miembros del consejo tribal. La palabra “China” es un anglicismo de origen toponímico que se deriva de la incorrecta pronunciación de Chang Nam, pueblo famoso por sus porcelanas (ubicado en la actual provincial de Jiang Xi, sur del país). Los ingleses popularizaron la palabra “China” cuando comenzaron a comercializar con la porcelana de esa localidad. De ahí viene la expresión de “porcelana china”. El nombre de China se utilizó, por extensión, para identificar la totalidad ese gigantesco país por los británicos y el resto de los pueblos bárbaros. La actual “Chung Kuo” (Tierra del Centro), tuvo diferentes nombres a lo largo de la historia, según la dinastía que la gobernaba. Algo parecido a lo que ocurrió con el nombre de China ha pasado con el monte Everest. Sólo muy pocos chinos conocen la palabra Everest, para ellos el pico más alto del mundo se llama “Chumulamma”, que significa el lugar donde viven las tres diosas blancas... Todos los mitos tienen su origen en hechos que ocurrieron, hazañas de héroes, reyes poderosos, invasiones, luchas entre gigantes (guerreros etc). El mito del héroe y el arco es uno de los más extendidos sobre la Tierra. En India nadie podía tensar el arco de Shiva, uno de los tres principales demiurgos de ese país junto a Brahma, dios de la Creación y Vishnú, dios de la Conservación. Shiva es el dios de la Danza de la Destrucción que acababa pulverizando una civilización y da origen a una nueva Creación cuando todos los valores de una época ya han muerto o dejan de tener sentido.

—Si fueras un dios y te dieran a escoger como esposa entre Afrodita o Chang Er ¿A quién elegirías?

Las palabras de Clítia me pillaron por sorpresa y sólo se me ocurrió decir:

—Sería imposible hacer una buena elección si tú no estuvieras entre las tres.

—¡Fritz! ¿Otra vez el juicio de Paris?— me dijo con una pícaro sonrisa—. ¿Nos pedirías que nos desnudáramos a las tres y luego nos examinarías minuciosamente como hizo el hijo de Príamo?

Me quedé pensativo y, como no me atrevía a decir lo que pensaba, señaló:

—Te voy a comprar unas alas y ponerlas en tu mente para que seas rápido como Hermes y no siembres la inquietud en una pobre mujer como yo.

Luego destiló su dulzura y, desplegando toda su inocencia, puntualizó:

Si escogieras a Chang Er cometerías un gran error porque ella sigue profundamente enamorada de Hou Yi, lo mismo te equivocarías si tomaras a Afrodita porque todos saben que está loca por Ares. Si fueras un hombre sabio me elegirías a mí que poseo los encantos de Afrodita y Atenea⁷⁰ y no necesito del ceñidor de la primera ni de las flechas de Eros para hacerte el hombre más feliz de la Tierra.

70 Atenea es, entre otras cosas, el símbolo de la inteligencia, ya que salió de la cabeza de Zeus. Con ese mito se quiere simbolizar que el dios, primero obtuvo el poder y después la sabiduría. Atenea Párthenos (La Diosa Virgen) fue hija de Zeus con su primera esposa, Metis. Zeus, tras tragarse a Metis, se casó con Hera, quien sería su esposa definitiva. Con Hera sólo tuvo a dos de los doce olímpicos: Ares, dios de la guerra (personificado por Marte en Roma) y Hefesto (el único dios que trabajaba con sus manos haciendo armas para sus hermanos) y que en Roma fue adorado como Vulcano, de donde viene la palabra volcán.

Luego se cubrió los senos con una gasa transparente roja y bailó ante mí siguiendo las ondulaciones de serpenteantes llamas danzarinas.

VI

He estado leyendo unos papiros en la biblioteca de Clítia y no salgo de mi asombro. Tendré que ir algún día al país de El Nilo para ver con mis propios ojos cómo era la infancia de la Humanidad. Tal vez encuentre allí alguna huella que me dé la clave para descifrar el enigma de la Esfinge. Los dioses egipcios y los griegos tienen algunas cosas en común, como el misterio de la muerte y resurrección encarnado en Dionisio y Osiris. Me fascina la historia del Ave Fénix que cuando presente que va a morir busca su nido de espinas solares y arde hasta convertirse en un pájaro de fuego que se deshace en cenizas y, como el pequeño Dionisio o el bueno de Osiris, renace para recordarnos que thanatos es una mujer embarazada que lleva en su vientre el embrión de un sueño congelado. Otra vez el fuego y Prometeo. La esperanza de limpiarnos de todas nuestras impurezas, quemarlas, convertirlas en humo y llegar a través de él a ese cielo tan azul que puso color a nuestra infancia. Morir para volver a nacer en la forma de nuestro ideal, es uno de los sueños que ocultamos en los bosques de nuestro inconsciente. El humo y el fuego están tan unidos como las sombras y la luz. Si hubiera demasiadas sombras no podríamos ver nada, pero lo mismo ocurriría si hubiera demasiada luz. Por eso es necesario entrar en la Esfinge y ver lo que guarda su memoria. Existe la cuerda de un instrumento musical que todavía no hemos tocado y, el día que lo hagamos, tal vez por azar, veremos claro el camino

que llega a las costas de la luz donde las cosas encajan con su verdadero nombre.

Las divinidades egipcias son mucho más serias, graves y distantes que las griegas y nunca juegan con los mortales. Regular, gracias a las plegarias de los sacerdotes, las crecidas de El Nilo y, sin ese milagro, no habría vida en ese inmenso desierto de polvo, oro y huesos calcinados. Me he detenido a estudiar con especial atención los acontecimientos ocurridos durante la XVIII Dinastía del Imperio Nuevo y el caos que desató el faraón Amenofis IV⁷¹ al proclamar que sólo existía el Dios—Sol—Aton. No sólo mandó derribar las estatuas de todos los dioses del panteón egipcio y se enemistó con la poderosa casta sacerdotal, sino que se presentó como la encarnación del demiurgo universal y, por lo tanto, como el único representante del poder divino en la Tierra. Al afirmar que sólo había un dios primigenio borró de un plumazo una cultura milenaria y llevó al país a una sangrienta guerra civil. Pero no quiero narrar lo que ocurrió durante su reinado, ya que los historiadores han vertido sobre él ríos de tinta, ni alabar la belleza de su esposa Nefertiti, reconocida por mortales e inmortales, sino del miedo, terror y pánico que sentí al imaginar un mundo con un sólo Dios. Tras leer que Amenofis IV había tenido una hija con su propia madre, cosa que no di demasiada importancia porque en ese país la tragedia no se mide con la vara de Sófocles, paseé un rato por el jardín imaginándome al todopoderoso Atón observando con su enorme y único ojo a todos los seres humanos, cual si fueran hormigas que se inclinan, se aparean y mueren. Veía al Monofthalmos con el poder de todos los dioses juntos y, encima, con un hijo suyo en la Tierra para imponer la monolítica ley divina. ¿Hay cosa más terrible que una omnipotencia tan absoluta? ¿Hay algo más cainista que una única doctrina venida de un cielo implacable? ¿Hay algo más repugnante que mi-

71 Se cambió el nombre por el de Akenaton. Reinó en el siglo XIV a.d.C.

liones de seres inclinándose en el desierto para orar al Monoftalmos y al faraón?⁷² No me extraña que los sacerdotes se escondieran durante un tiempo como ánimas en pena en los templos⁷³ y auxiliaran espiritual y económicamente a los desdichados que habían perdido de la noche a la mañana la protección de todas sus divinidades y habían asistido a una catástrofe parecida al fin del mundo.

A mí, Afrodita me salvó cuando me dijo: Te llamas Fritz y eres griego. ¡Qué bien me saben ahora esas palabras! El sol de Grecia es más dulce que el disco alado que se colocó Akenatón en la cabeza. Los olímpicos aquí saben divertirse y de vez en cuando bajan a la tierra para tomar una copa de vino con los mortales. Es cierto que no tienen ninguna moral y eso ha confundido a más de un filósofo, pero no se dedican a vigilarnos continuamente para ver si hacemos lo correcto porque a ellos, al estar más allá del bien y del mal, les importa muy poco lo que ocurra en la Tierra a no ser que nazca un hombre o una mujer que se les aproxime en fuerza, sabiduría o belleza. Cuando aparece ese ser único, aunque sea ocultado por sus padres en una cueva, será acosado y violado por los dioses hasta que pierda su juventud. Después, cuando el juguete se marchite, la vida se encargará de rematar la faena para que todos participen del festín.

No quiero defender a los olímpicos ni a los innumerables semidioses y ninfas que existen en mi mundo, pero mirando el asunto desde el lado práctico debo reconocer que soy un privilegiado por haber nacido aquí. Utilizó ese verbo en sentido metafórico y no hace falta que lo explique porque no me gusta recordar mis orígenes.

72 El culto a Atón se practicaba al aire libre.

73 En su obra "El Mundo Helenístico", Pierre Lévêque (Paidós, 2005) señala que el origen de los bancos hay que buscarlo en los templos. "Los sacerdotes se transformaron en banqueros y su ejemplo fue seguido por los particulares" (pág.30, ver también 76 y sigs.)

Sí, leyendo la historia de Akenatón y el Monoftalmos he aprendido a amar a todos los dioses griegos. Nos dan oportunidades, alternativas, a veces se humanizan, se mezclan con nosotros, se enfadan, discuten, y hasta celebran concursos de belleza. Dionisio ha expandido el culto al vino por todo el mundo. Prometeo nos ha entregado el fuego. Palas Atena protege nuestra ciudad. Asclepios cura a los enfermos. Hermes nos tiene informados de las noticias olímpicas. Y las sirenas, a las que conocí en una ocasión (de eso hablaré más adelante) cantan porque no pueden amar y eso las hace enloquecer.

Los olímpicos nos ignoran, pero no nos agobian, tienen cosas más importantes que hacer. Y, además, se dejan adorar y son agradecidos. Si a uno de nosotros le ha echado un mal de ojo Hefesto y nos persiguen las Erinias por orden suya, nos queda la opción de ir al templo de Delfos y hacer ofrendas a Apolo para que nos proteja y purifique. Si hemos hecho algo que ha irritado a Hera podemos acudir a Zeus, hacerle un sacrificio y rogarle que se apiade de nuestra pobre alma y no permita que su vengativa y celosa mujer nos destruya. Si hemos ofendido a Tritón podemos arrojar nuestra copa de oro al mar como regalo a Poseidón y así escaparnos de las rabietas de su hijo. Siempre hay alternativas, caminos, opciones, porque en esta vida, me dijo un día León: *existe más de un dios, de aquel que gozas tú, de aquel que sufro yo.*

Zeus ha puesto a miles de hijos suyos en las estrellas y podemos hablar con ellas para contarles nuestras penas y confesarles nuestros secretos, así nos hermanamos con el universo. Los griegos tenemos incluso dioses pequeños que habitan en nuestras casas y nos protegen. ¿No es eso un lujo? ¿Una manifestación divina de nuestra riqueza espiritual?

No puedo imaginar levantarme todas las mañanas bajo la severa mirada del Monoftalmos y tener que mendigar una sonrisa. Vivir con el miedo del esclavo renegando de mi pro-

pia divinidad. Cumpliendo a rajatabla doctrinas que no entiendo e incluso hacer el amor vestido para no enseñar mis nalgas al omnipotente Atón.

Doy las gracias a mi padre, a pesar de haberme creado como soy, por haberme permitido encontrar en mi camino a Dionisio, Afrodita, Clítia, Platón, Filemón y Antínoo. A las hermosas Isis e Iris y a personas tan excepcionales como El Jeroglífico que me salvó la vida en un momento nihilista de desesperación. Aquí en Grecia, a pesar de todo, se puede respirar. ¿Llegará el día en el que mueran los dioses y otro Amenofis aparezca sobre la faz de la Tierra mostrando un vientre abultado y anunciando que está a punto de dar a luz a Atón? Todo es posible en este mundo, pero no quiero pensar en ello. A mí me gusta beber vino y ofrecérselo a Dionisio. Me encanta desnudar a Clítia y escuchar las bellísimas canciones que canta cuando es feliz. También arrojé pétalos de rosas a las ninfas de los ríos. Y estoy pensando en acercarme cualquier día al Cáucaso a matar al buitre⁷⁴ que devora a Prometeo. No es extraño que la filosofía haya brotado en Grecia: Mirando el Partenón, la cara de Platón cuando habla de Sócrates, y esas esculturas que irradian belleza e inteligencia, veo que aquí ha nacido un águila cuyos polluelos volarán tan lejos como jamás el hombre ha podido imaginar. Antes de que existiera la Escritura, antes de que Thot convirtiera las palabras en cosas, los pueblos adoraban a la titánide Mnemosina porque al ser la Diosa de la Memoria, era el único oráculo que podían consultar para conocer sus orígenes. Luego, cuando Zeus engendró en ella a las Nueve Musas en un parto múltiple, se produjo un nuevo milagro. Mnemosina permitió a sus bellísimas hijas soplar sus pensamientos en la frente de los elegidos. A esos hombres y mujeres que sueñan con traer el paraíso a la Tierra. ¿Quién no se ha sentido inspirado por ellas cuando ha cogido el cálamo o la flauta? ¿Quién dictó a Homero los ver-

74 Buitre o águila, según diferentes versiones.

sos de su gran obra épica? ¿Quién puso imágenes en la mente de Fidias? ¿Quién guía a Platón cuando sale de su caverna? Los griegos decimos que los muertos son aquellos que no tienen memoria: los que han bebido del río Lete, pero nuestros dioses nos dan la oportunidad de resucitar, de probar el agua del manantial de Mnemosina, esa diosa desnuda y transparente que sólo se cubre con su larga cabellera. Las Musas han salido del vientre de la Memoria y sólo revelan sus secretos a quienes las aman con pureza de alma y corazón. Aquellos que estén en contacto con ellas darán a luz algún día a un hijo que tocará la cuerda del instrumento musical que todavía no ha sonado y se partirá la Esfinge. Entonces habrá terminado la búsqueda y de cada hombre brotará un dios. ¡Bienaventurados los que son amados por Las Musas porque ellos serán conducidos al altar de Mnemosina y verán a Dios! ¿Tiene razón Platón cuando dice que el hombre perfecto no necesita beber de la copa de Mnemosina porque las aguas del Leteo no pueden borrarle la memoria y se acuerda de todo? Curiosas son sus influencias Pitagóricas, ya que encierran misterios que sólo conoce la hermosa titánide. Hoy levantaré mi copa y brindaré por ellas y por todos los hijos e hijas de Zeus, a alguno de los cuales he tenido el placer de conocer.

Los amantes de las nueve diosas transmiten sus revelaciones en un lenguaje universal que va directo al centro del corazón y lo atraviesa con una flecha hecha por Eros con frescos capullos de rosas que se abren con una suave melodía que amplifica su eco divino en todo el ser.

Los olímpicos nos prestan hasta su coruscante mirada para que penetremos en la niebla que envuelve la frente de la Verdad y apartemos el cabello que la cubre con el toque mágico de los dedos del arpista. Eso hay que hacerlo de forma sencilla, sin dobleces, porque sino estamos expuestos a recibir el mazazo de la implacable Némesis, que no dudó en convertir en araña a la hermosa Aracné que tuvo la soberbia de creerse superior a Atenea, la hija predilecta de Zeus.



Platón sabe muy bien que si llamamos a las puertas de Mnemosina y acepta que la saquemos a bailar nos presentará a su amante Nous⁷⁵, el dios encargado de despertar a Psique⁷⁶, maravillosa deidad que fue fecundada por la verdad en los Tiempos de la Luz.

Hoy quiero fumar en la seductora pipa de agua con cuerpo de mujer que regalaron los fenicios a Clítia. ¡Enciéndela con tu antorcha, amigo Prometeo! Hoy deseo vaciar una botella de oinujo, sin mezclas y sin copa⁷⁷, y emborracharme con Dionisio antes de que Faetón estrellé el carro de Helios contra los azules océanos convirtiéndolos en desiertos y abraza los cuerpos de los ángeles en el supremo acto del amor. ¡Qué la lira de Orfeo dibuje una sonrisa en Hades! ¡Qué el alma que anida en los senos de Clítia, moje sus labios en la fuente de Mnemosina para que pueda beber en el manantial de sus húmedos besos!

Mientras estaba sumido en esas reflexiones noté cómo se acercaba Clítia por detrás y dibujé una sonrisa. En silencio empezó a darme un masaje en los hombros, la nuca y el cuello y luego me presionó con sus dedos en los puntos más sensibles de la cabeza hasta que sentí el corazón más ligero y una refrescante brisa. La cogí una mano y la besé. No sé si había tomado la ambrosía y el néctar de los dioses pero su perfume era encantador y penetraba en lo más profundo

75 El Conocimiento.

76 Eros, hijo de Afrodita y Ares, se enamoró de Psique, El Alma. Posiblemente sea la única historia de amor en la mitología antigua que termina bien, pues la mayoría acaban en tragedia como en el caso de Orfeo y Eurícide.

77 Cuando el autor escribe estas líneas se produce la muerte del gran actor Paul Newman que encarnó magistralmente la figura del eterno perdedor. En la película “El Buscavidas” (Robert Rossen, 1961), su sentencia “deme una botella de whisky, sin vaso, sin hielo” resume con ironía su personalidad. Aquí se da vuelta a la frase en boca de Fritz.

de mi alma. Me introdujo unas negras uvas en la boca y ella abrió un higo en dos partes y probó su pulpa mientras me miraba con sus radiantes ojos.

—Fritz, te veo mala cara ¿Acaso no has dormido bien?— me preguntó mientras observaba los papiros que había dejado desordenados sobre una mesa de mármol. Si no te encuentras bien podríamos hacer una ofrenda a Asclepios y de paso pedirle un remedio para el insomnio. He notado que nunca dejas descansar a tu mente. ¿Sabes que incluso piensas cuando caes rendido en mis brazos?

—Algo de eso intuía— querida Clítia—. A veces sueño que sostengo la bóveda celeste y veo a mis pies a Atlas descansando plácidamente. ¿No estará vengándose Zeus de mí por haberle arrebatado tu amor?

Clítia sonrió, me sirvió una copa de vino y dijo:

—Lo que te ocurre es que tienes demasiado tiempo libre ¿Por qué no buscas un trabajo en la Academia de Platón o vuelves a entrenarte para los próximos Juegos Olímpicos? Si quisieras, puedes ser un héroe o un poeta. Estás dotado para la guerra y el arte. ¿No crees que deberías sacar fuera lo que llevas dentro y hacerme partícipe de tus triunfos? Así podríamos cabalgar juntos en el unicornio y conseguir los favores de los dioses.

—Necesito pensar. Aunque no te hayas dado cuenta de ello, soy un hombre muy inmaduro y debo esperar a que llegue mi hora.

—¿Por qué crees que las mujeres sabemos siempre lo que tenemos que hacer y los hombres os pasáis la mayor parte de vuestras vidas en el laberinto?

—¡Oh, Clítia! Las mujeres sois más sabias y formáis parte de la realidad, de la Tierra. Sois hermanas de la Flora y la Fauna. Los arroyos y los árboles frutales son vuestros y cuando

amáis recogéis en vuestro vientre la semilla y, a través del milagro del parto, continuáis la labor de la Creación. Los hombres hemos caído del cielo con la lluvia y nuestro destino es morir en vuestros brazos. Necesito saber lo que hay dentro de la Esfinge para dar sentido a mi existencia. Sólo así podré encontrar la paz y entregarme a las cosas mundanas con pasión.

—Ya sabes lo que decimos los griegos: nadie se escapa a la persecución de sí mismo. Vive al día como hago yo porque es la única realidad que tenemos enfrente. Aprende a vaciarte de todas las cargas que llevas dentro y luego llénate de aquello que consideres el ideal: la sabiduría, el amor y la belleza. Vacíate y llénate un millón de veces si es necesario hasta que tu alma tome las riendas de tu destino y puedas reconocer tu verdadero rostro en mi mirada.

—¿Están buenos los higos? ¿Qué se siente cuando se bebe vino después de darlos un bocado?

Clítia se pasó una mano sobre su guedeja, hizo un remolino y contestó:

—Si no puedes probarles, sáciate con mis besos, que yo te enseñaré a apaciguar tu espíritu, para que puedas caminar con paso firme por este mundo donde, aunque no lo creas, ya has conseguido las cosas más importantes. No pidas nada y lo tendrás todo. Detente, y volarás. Duerme como un niño y despertarás. Pero no te tortures con ideas que sólo conducen a la amargura o a la laguna Estigia. El conocimiento que buscas es algo que se tardará miles, millones de años, en alcanzar. Y, si por casualidad lo lograras en un instante, te arrepentirías. ¿Hay algo más aburrido y letal que llegar a Itaca? Dejemos que la vida nos revele sus secretos lentamente, disfrutemos de los procesos, no la forcemos. Tenemos un espacio y un tiempo, plantemos aquí nuestro jardín, y contemplemos dulcemente cómo sale el sol y cómo se pone la luna. Mientras tanto observa el mundo y, con todo lo que

veas, haz la escultura que te encargaron los dioses. Deja que los demás, todos juntos en un concierto universal, pongan los nombres a todas las cosas hasta que estemos satisfechos con la Creación.

—¿Siempre tuviste una mente tan bella, Clítia?— le pregunté mientras notaba como mi alma atravesaba sus cristalinos ojos y se posaba en su interior donde habitaba, como una victoria de la inteligencia valiente, la ausencia del miedo.

—Sólo soy una mujer y, como todos, pocas veces puedo elegir.

Se produjo un silencio, alzamos nuestras copas y, tras vaciarlas, las arrojamos al estanque del vergel donde pronto se alojaron en su interior luminosos peces de colores. Luego me cogió una mano y mientras me llevaba a un rincón del jardín cubierto por un enramado de hojas de parra donde pendían racimos de uvas blancas y negras, continuó:

—¡Querido Fritz! Cuando por las noches hablas en sueños te he escuchado decir que quieres matar al águila que devora el hígado de Prometeo y que vas a pedir a tu padre que te dé la fuerza suficiente para liberar a su hermano Atlas⁷⁸ de su espantosa carga. ¿No sabes que los dos ya han sido perdonados? Heracles ya mató con una flecha al águila y Perseo, tras cortar la cabeza de Medusa, la sacó de su bolsa y se la mostró a Atlas, quien al instante se transformó en una montaña, poniendo fin a su sufrimiento. Deja a los dioses que arreglen sus asuntos entre ellos y no intentes entrar en sus dominios. ¡Mira lo que le pasó a Ícaro por intentar volar tan alto! ¿No es aleccionador el destino de Belerofonte que quiso obligar a Pegaso a llevarle al Olimpo? ¿Qué quieres? ¿Compartir tu mesa con Némesis?

78 En su obra "Words from the Myths" Isaac Asimov explica que al principio los griegos representaban a Atlas sosteniendo la bóveda celeste y que después, cuando fueron adquiriendo conocimientos en astronomía y se dieron cuenta de lo lejos que estaba el cielo, lo reprodujeron soportando el peso de la bola terráquea.

—Cuando la verdad emana de tu alma, me doy cuenta de lo estúpido que soy ¿Por qué la verdad no hace daño cuando sale de los labios de una diosa? ¿Por qué las palabras son tan dulces cuando fluyen de tu boca? La sabiduría y la ausencia de violencia, ahí está la clave para hacer mansas a las fieras y reducir a polvo el orgullo y la soberbia. Cuando escucho a algunos oradores dando lecciones acerca del bien y del mal, mostrando el camino con un índice que se convierte en hoz y alzando la voz cual coz, como si la Gorgona nos hubiera convertido en piedra los oídos, veo el miedo en su mirada porque no saben si el público les va a aplaudir o devorar. La ambición y la avaricia, Belerofonte y Midas, sólo disfrutaban de una gloria momentánea antes de que el monstruo de la vejez y la locura les deforma devolviéndoles su verdadero rostro. Eres una mujer peligrosa, Clítia, aléjate de los arcontes. A los hombres no les gusta que una hetaira sólo tenga que ponerse de puntillas para coger la manzana del árbol del conocimiento. Sócrates sabía lo que hacía sentándose en la mesa de Aspasia. Tu amigo Platón habla con más claridad cuando bebe vino en tu jardín.

Alcé la vista y observé una araña colgando desde un finísimo hilo de seda. Había tejido un tapiz que iba desde el extremo de una cuerda hasta una de las cuatro columnas que sostenía el emparrado. Junto a los racimos de uvas volaba una mariposa blanca que parecía haber salido del alma de mi amante.

—Ya sé en lo que estás pensando— me dijo Clítia—. Te has imaginado a Aracné cuando se colgó de una soga tras perder en su competición de bordado contra Atenea. La diosa no quería su muerte y aflojó el nudo que la ahogaba, pero Némesis no la perdonó su insolencia y la convirtió en su forma actual. Y la mariposa ¿De donde ha salido?

—Clítia, todos saben que los poetas se imaginan siempre a Psique con una hermosa cabellera sobre la que revolotean

mariposas. Con el espectáculo del emparrado, en un instante he sentido al mismo tiempo pena y amor. Conociendo el origen de las cosas cambiamos la percepción que tenemos de ellas, incluso de las más insignificantes.

—¡Querido Fritz! Te hace falta hacer un poco de ejercicio físico. No quiero que desarrolles la musculatura de un monstruo para que acabes en un circo⁷⁹ levantando esferas de piedra, pero te vendría bien apartarte un tiempo de la Esfinge, refrescar tu mente y renovar tu sangre. Platón ha erigido en su academia un altar dedicado a Prometeo y está preparando unas competiciones en su honor. Habrá una carrera de antorchas y el que llegue el primero con la llama encendida será el ganador. ¿No te parece una idea genial? Ahora que Prometeo goza de todos los privilegios de los olímpicos, aunque tiene que llevar una pequeña piedra de la roca del Cáucaso⁸⁰ en su anillo para que no olvide su pasado, te podrá contemplar desde las alturas.

—¿Cómo podría negarme a satisfacer los deseos de mi dueña? No sólo me prepararé para la carrera sino que te ofreceré la victoria y me acercaré con la antorcha a besarte los pies.

—¡Fritz! Me doy por satisfecha con que corras y des una tregua a tu mente. Además no es bueno proclamarse vencedor sin saber antes a quien te vas a enfrentar. ¿Quién conoce el destino? Prometeo, que no tenía ningún miedo a los olímpicos, podía ver el futuro y por eso aconsejó sabiamente a su hermano, Epitemo, que no aceptara como esposa a Pandora y que desconfiara de los regalos de los dioses, pero ese no es tu caso. Acepto el cumplido, pero no necesito que seas el primero. Yo ya triunfé cuando conseguí tu amor.

79 La palabra circo viene de Circe, la diosa que se divertía convirtiendo los hombres en cerdos.

80 La cordillera del Cáucaso se encuentra entre el mar Negro y el mar Caspio, junto con los Montes Urales se considera la frontera entre Europa y Asia.

Clítia tenía razón, había pecado de vanidad y en el fondo mi intención no era pura. Aún siendo un robot, me estaba empezando a comportar como los hombres. No sólo quería impresionarla, sino que también deseaba granjearme la amistad de Prometo y la admiración de Platón. Si seguía por ese camino me acabarían creciendo orejas de burro y tendría bien merecidas las reprimendas de Arión que en ningún momento de su vida quiso ser como Pegaso que ahora, gracias a Zeus, ocupa la constelación que lleva su nombre.

—Ahora que has decidido participar en la carrera de las antorchas, haré en el jardín un altar dedicado a Prometeo. Voy a esculpir con mis propias manos su figura y hoy mismo empezaré la tarea.

—Yo también comenzaré ahora a entrenarme. Se me ha ocurrido la idea de ir a El Pireo y preparar en la taberna Odisseus mi tabla de ejercicios.

—Irás a casa antes a por el caballo ¿no?

—No, Clítia, iré corriendo y así fortaleceré mis piernas.

Me miró con una pícara sonrisa y se dio la vuelta tras recoger del suelo sus sandalias.

Empecé a correr despacio para entrar en calor y poco a poco cogí el ritmo con el que me sentía cómodo. Nuevamente, tras dominar los primeros momentos de pereza, volví a sentirme libre y feliz. Los pulmones se llenaban de aire fresco y saludaba a las personas que me encontraba en el camino. Todo cobraba vida en mi interior, la sangre salía con fuerza del corazón y sentía como el viento me refrescaba el pecho y la cara. Con el sudor salía la tensión que había acumulado y comencé a amarme a mí mismo y a todo lo que me rodeaba. Al divisar el puerto, sonreí y aceleré el paso, como si llevara las sandalias aladas de Perseo, y pronto llegué a mi mesa favorita. El Odisseus tenía un aspecto sombrío y parecía que había caído una desgracia sobre la taberna.

Cuando Antínoo me vio casi se echa a llorar. Tenía un rostro ceniciento y daba la impresión de que le habían arrancado el alma.

—Pareces una momia, Antínoo— le dije preocupado—. ¿Dónde está la alegría con la que siempre me recibías? ¿Ha fallecido alguien en tu familia? ¿Te ha visitado la muerte en sueños?

—No amigo— contestó con una voz quebrada por el temor—. Esta zona del puerto está maldita. De vez en cuando se oye el canto de una sirena y el miedo se mastica en cada esquina. Desde hace una semana no viene ningún cliente a la taberna y me estoy arruinando. Voy a cerrarla y marcharme lo más lejos posible de aquí.

—¡Antínoo! ¡No te des por vencido!—, seguro que todo es pasajero, se habrá extraviado y pronto volverá con sus compañeras. Voy a quedarme aquí y ya verás como no ocurre nada. ¡Animo, échale coraje! No permitas que el pánico te devore y arrastre al Hades.

—Una copa de vino y unas aceitunas. Tengo un hambre horrible, no he comido desde hace horas.

—Vale— dijo con una voz inaudible.

Al cabo de unos segundos regresó encorvado con una bandeja y me sirvió el vino con movimientos epilépticos.

—Siéntate a mi lado— le dije—, y sírvete otra copa. Hacía mucho tiempo que tenía ganas de invitarte a compartir conmigo tus deliciosos caldos de Creta.

El tabernero se sentó cautelosamente. Y, cuando alcé mi copa para brindar con él, su mano empezó a temblar vertiendo el líquido sobre mi túnica. Se levantó rápidamente para coger un paño de lana con el que limpiarme y, en ese instante, se oyó el canto de la sirena. Con una expresión de horror, me miró y dijo tartamudeando:

—Me voy ahora mismo, no puedo soportarlo. Adiós amigo, que los dioses te bendigan. No sé si volveremos a vernos algún día.

—¡Antínoo!— exclamé dando un grito que me sorprendió a mi mismo. ¡No seas cobarde! ¡Si te marchas ahora, estarás huyendo el resto de tu vida!

El tabernero se quedó petrificado. Me miró con un tic nervioso que le atravesó de oreja a oreja pasando por los labios y dijo con palabras entrecortadas, como si ya no le quedara aliento:

—¿Qué quieres que haga?

—¡Espera aquí!— le ordené—, ahora mismo voy a ver a la sirena y pedirle que se vaya con el canto a otra parte.

Me levanté con pasos decididos hacia una pequeña barca mientras Antínoo, que había recuperado de repente la voz, gritaba:

—¡Estas loco! ¡No vayas! ¡Te vas a estrellar contra las rocas y vas a ser despedazado! ¡Los peces que acompañan a las sirenas son más voraces que las pirañas y se comen hasta los huesos de los que caen en sus redes!

Sentía un extraño placer remando hacia un pequeño archipiélago de puntiagudas y filosas rocas que me atraían como un imán. El canto de la sirena cada vez era más claro y seductor. Una nube de gaviotas me seguía con un silencio absoluto y movía sus alas en la ingravidez. Clavé mis remos con suavidad en las turbulentas aguas y fui arrojando monedas de plata al mar en ofrenda a Poseidón. Atravesé un banco de niebla y, cuando salí, vi a la sirena y me deslumbró su belleza. Sus cabellos caían como algas doradas sobre sus bellísimos pechos adolescentes y la contemplé con una pureza sobrecogedora. Ahora su canto se hacía más dulce y su rostro tomaba una expresión divina ¿Quién había difundido el rumor de

que las sirenas eran horribles harpías asesinas que provocaban el vómito con su presencia? ¿Quién había cometido una injusticia tan grande para que esas criaturas muriesen en la más absoluta soledad y sin ni siquiera una caricia de ternura? Sin la más mínima posibilidad de redención.

Me lancé al agua y nadé hasta una pulida superficie rodeada de cortantes salientes donde me esperaba, sin creérselo, la sirena. Nada más tocar la roca, la joven me dio la mano y me ayudó a subir. Después me abrazó y lloró desconsoladamente sobre mis hombros. Luego se miró avergonzada su cola de escamas y me dijo:

—Pensé que nunca llegaría este momento. Es cierto que cada vez que se acerca un barco hasta nosotras se hace añicos contra las rocas y todos sus tripulantes perecen ahogados. Nuestro canto es el canto de la muerte. Cuando vemos a los pobres marinos flotando con los cuerpos hinchados sentimos un dolor tan profundo que a veces nos quitamos la vida. Nos hicieron así, para que amemos con locura a los hombres y para que cantemos, siguiendo los designios de algún dios, con el fin de atraerles hacia nuestros arrecifes y provocar su aniquilación. Sólo podemos librarnos de ese maleficio si alguien, que no sea ni humano ni divino, se acerca a una de nosotras y la besa. Yo vine aquí a suicidarme porque ya no soportaba mi vida y quería poner fin a mi existencia. Le dije a Afrodita que si nadie venía en siete días a darme un beso me cortaría el cuello con el filo de las rocas para descansar de una vez por todas en la tumba del mar. ¿Te atreves a besarme o deseas regresar al puerto tras conocer nuestro secreto? Si lo haces, todas las sirenas perderemos la cola y podremos vivir como mujeres purificadas en la tierra. Si, por el contrario, vuelves a la barca, habrá desaparecido nuestra última esperanza y podrás ver dentro de unos días mis restos en las costas de El Pireo con todas esas gaviotas que te han perseguido dándose un festín sobre mi cadáver.

La acaricié suavemente el cabello, bebí sus lágrimas y la besé con dulzura sin poder evitar derramar las mías. Volví a besarla, una, dos, mil veces. Y, cuando la contemplé de nuevo, ya no tenía cola y mostraba con timidez el cuerpo más bello que había visto en mi vida. La miré con la vista borrosa por el llanto y de sus ojos azules salió un brillo que nunca olvidaré. Luego me dio la mano y me condujo a la barca. Cuando me alejaba, sentí un hormigueo en el pecho y dibujé una triste sonrisa mientras me deleitaba con su resplandeciente figura. Ella movió las manos para despedirse, me lanzó un beso y lo sopló. Luego me dijo con una voz que me sonó a la música de la melodía que algún día saldrá de la cuerda que aún no ha sido tocada:

—¡Amor mío! Sé que te llamas Fritz y que tienes un origen parecido al nuestro. Si alguna vez te sientes sólo, acude a nosotras que, al igual que tú, buscamos las mismas costas y la misma luz.



El otoño⁸¹ avanza y los días son más cortos. En los árboles hay hojas de todos los colores y algunas incluso conservan el verdor del verano. Ya no se escucha el canto de las cigarras y el vuelo de las mariposas agita el éter perfumado. A veces aparecen oscuros nubarrones y cae algún chaparrón. Me gusta pasear bajo la lluvia, a pesar de que Clítia insiste en que nos quedemos en casa cuando el tiempo pone mala cara. Ahora las mujeres se cubren la cabeza con sus túnicas y los baños públicos están mucho más concurridos que en la estación estival. Los griegos son muy madrugadores y se levantan con las primeras luces del alba. Luego hacen algo de gimnasia,

81 En Grecia no existía el otoño; sólo había tres estaciones: la primavera, el verano y el invierno.

toman el acratismos⁸² y se van al trabajo. Después de comer disfrutaban yendo a las barberías, donde todos se convierten en oradores y filósofos y comentan los asuntos más candentes de la vida social y política. El barbero que te está tiñendo o rizando el pelo puede que conozca tu vida mejor que tú. Los políticos pagan a sus esclavos⁸³ para que se corten el cabello y difundan en esos mentideros los rumores que les interesan para volcar a su favor la opinión pública. Todo sigue su curso con naturalidad y las clepsidras⁸⁴ marcan las pautas de los hombres y mujeres, la mayoría hermosos, ya que están hechos a imagen y semejanza de los dioses.⁸⁵

Clítia ha terminado ya el busto de Prometeo y lo ha colocado sobre una pilastra que domina el lugar del jardín donde Platón suele platicar con sus discípulos. He notado que en los días otoñales se habla más de Orfeo y de Pitágoras y que los silencios son más prolongados. Admirado por la perfección del acabado de la estatua de Prometeo, le he pedido a mi amante que haga otra en honor a Dionisio y que la coloque junto al emparrado. Me ha dicho que no, pero sé que está trabajando en ella y quiere darme una sorpresa.

—Naciste para moldear el mármol— querida Clítia—, le dije un día cuando me mostraba un pepló talar de color gris que, según ella, era para estar a tono con el color del cielo.

82 Desayuno que consistía generalmente en trozos de pan empapados con vino, higos o aceitunas. Su comida más habitual era el pan de cebada o harina con pescado, sepia, calamares y mariscos. Los pobres pocas veces tomaban carne, ya que era un plato reservado para los ricos. En el siglo pasado, en algunas partes de España la gente tomaba pan humedecido con vino, posiblemente una reminiscencia de los tiempos antiguos.

83 Los esclavos estaban obligados a llevar el pelo corto.

84 Relojes de agua.

85 En la antigüedad se practicaba con frecuencia el infanticidio con los recién nacidos que presentaban alguna discapacidad. En Esparta, eran arrojados desde el monte Taigeto. En el mundo pre—islámico se enterraba vivas a las bebés, aunque no presentaran ninguna deformidad. En China, se abandonaba a los niños nada más nacer, etc. Las malformaciones, sobre todo en Grecia, se consideraban un castigo de los dioses. En la época de Pericles se humanizaron un poco esas costumbres.

—En cada estación del año..., empezó a explicarme.

En ese momento alguien llamó a la puerta y, cuando se repitieron los golpes, mi hechicera giró con elegancia la cabeza e hizo un gesto a un criado para que averiguase quien había venido. Era Filemón que, tras echar una rápida ojeada al jardín, me localizó y vino corriendo a mi lado como si tuviera el culo envuelto en llamas.

—¡Te traigo un mensaje urgente! ¡Es de tu amigo Antínoo!— me dijo—, y se quedó clavado esperando mi respuesta.

Abrí el pergamino y leí:

Me estoy haciendo de oro. Desde que estuviste aquí, mi taberna está llena de mujeres hermosas que atraen a los clientes como la miel a las moscas. Cuentan historias que vuelven locos a los marinos. Son tan bellas que alguno se atreve a compararlas con las nereidas. Ahora he tenido que ampliar el negocio. No sólo los pescadores toman unas copas de vino al terminar la faena, sino que filósofos, poetas y artistas me piden que les reserve una mesa con varios días de antelación para comer o cenar. No sé lo que ha ocurrido, pero desde que dejó de oírse el canto de la sirena parece que los dioses han bendecido este lugar. Van a estar aquí hasta que termine el otoño y luego irán al altar de Afrodita en Pafos⁸⁶ a hacer unas ofrendas a la diosa. Ven a verme un día antes de que se marchen. ¡Es impresionante! Me temo que a su partida se quedará vacía la Academia de Platón. Por cierto, me olvidaba darte las gracias por ahuyentar a la sirena.

Tu caro amigo

Antínoo

Invité a Filemón a tomar algo con nosotros pero parecía impaciente por regresar al Odiseus. Cuando Clítia le dirigió la

86 Estaba en Chipre y era el principal lugar de culto a Afrodita.

palabra se puso rojo como un tomate y luego tosió como si se le hubiera atragantado la pepita del kiborion⁸⁷ del nenúfar. Esperó a que le entregara la carta que estaba escribiendo para Antínoo y, nada más firmarla, de un tirón me la quitó de las manos y salió despedido como una flecha.

—Ni siquiera insinúes a tu criado que participe en la carrera de las antorchas— dijo Clítia—, es como un cometa que no tiene pinta de pararse nunca. Me alegro de que a tu amigo le vayan bien los negocios, a veces en la vida vienen malas rachas y tener unos ahorros puede ayudarte a evitar una quiebra física y mental. De todos los horrores que he visto, el peor es la depresión causada por la pobreza. ¿Me vas a llevar algún día al Odiseus, Fritz? Tengo curiosidad por saber por qué te gusta tanto ese lugar.

—Tiene relación con mi nacimiento. Fue el primer puerto que vi en mi vida. Considero a Antínoo como a mi padre adoptivo. No sé por qué pero cuando estoy confuso, hablar con él me aclara las ideas. Tal vez influya la cercanía del mar que lo mismo me envuelve en corrientes de luminosos delfines de espuma y libertad que me sume en oscuros pensamientos de soles apagados, en el negror de las mentes devastadas por el nihilismo de la esfinge.

Me quedé unos segundos callado y le dije:

—Estoy pensando hacer un viaje a Egipto cuando llegue el invierno. Dicen que allí el clima es más cálido y la gente es muy hospitalaria. Además hay varias colonias griegas que han hecho hasta mapas del país. ¿Te gustaría dejar tu jaula dorada y vivir conmigo esa aventura?

Clítia se puso de perfil, volteó las dos manos en escala y, tras hacer una circunferencia en el aire como si recortase la

87 Fruto del nenúfar que tiene forma de copa. Por extensión se refería también a unas copas que se parecían a dicho fruto.

silueta de Horus, comenzó a representar que pesaba en la balanza de Maat un corazón y una pluma. Luego exclamó:

¡Oh, Amón! ¡Oh Amón!

El escriba Anni es puro y está lleno de rectitud

No le será permitido a la devoradora Ammenhet

Apoderarse de él

Entrará en el mundo de la bienaventuranza

Como todos los que son amados por Osiris

Tras recitar ese fragmento del Libro de los Muertos, tocó el arpa y silbó al compás de sus acordes. De sus labios salían melodías de pájaros y flautas que embellecían el ambiente con un misterioso rumor de arroyos y estanques donde no era difícil de imaginar al duende que todo lo impregna. Me pareció que estaba inspirada o poseída por las Musas. Me olvidé del mundo y me dejé absorber por su música y su danza. Sus pies hacían brotar del suelo hierba y flores, al igual que Afrodita cuando dejó sus primeras huellas sobre la Tierra. Recuerdo que un día la dije: cuando tocabas el arpa, tus brazos eran alas y con ellas me abrazabas.



¿Te crees más bello y fuerte que los demás? ¿Piensas que nunca llegarás a parecerle a ese ser decrepito que de vez en cuando se cruza en tu camino y hiere tu mirada? ¿Has arrojado los dados jugándote el destino en un instante de locura y desesperación? ¿Eres tan desgraciado y miserable que consideras que la muerte es tu única salida? ¿Has hablado con los dioses? ¿Te han respondido? ¿Te han escuchado? ¿Has estado tan sólo que has recibido como única muestra de amor la caricia de una mosca en tu piel? ¿Has brindado por la inmor-

talidad tras tensar la cuerda del arco de Odiseus? ¿Has escrito la canción que desnudó con su melodía a la diosa más hermosa y deseada? ¿Has nacido feo y deforme, como Tersites,⁸⁸ y eres amante de las lobas que destrozan a dentelladas la luna de los poetas? ¿Eres un vivo mal enterrado? ¿Un muerto que todavía vive? ¿Sabes que diferencia hay entre el pulso del alma y del corazón? ¿Has pensado alguna vez en dejar de mover la noria y arrancar la espada a la guadaña para abrir de un tajo un nuevo vientre oceánico preñado de unicornios?

La paloma de Afrodita sólo se posa en las costas de la luz. La mirada del ciervo ahuyenta a los cocodrilos. Ningún insecto confunde la rabia de la lluvia con las pisadas del elefante. De las manos de Artemisa salen mariposas que forman corales de rosas.

A estas alturas ya sabréis ¡queridos mortales e inmortales! que todo lo que tocan los mercados lo pudren, incluyendo el arte, el último refugio del alma. No huimos hacia el futuro⁸⁹, como decía el viejo filósofo que se negaba a negociar sus principios ante las moscas. La cosa es más espantosa: huimos del futuro y lo sabemos. Las aguzadas mandíbulas de los lobos devoran brazos que eran alas. Los bótridos que rozaron nuestros ideales⁹⁰ rebuznan sus promesas en el senado siguiendo los designios del dios de los sopapos. ¿Cómo tomaron el bastón los arcontes de la niebla y dejaron al hombre desnudo en un ágora glacial? No es nada frívola la cuestión, porque la deshumanización de la política no sólo lleva a la decepción, sino que también injerta en la sociedad virtudes descendentes que nos destruyen o bestializan.

Cuando las señas de identidad del individuo son un velo o un símbolo religioso, una bandera con efigies de águilas

88 Homero nombra a Tersites como al más feo de los griegos que fue a luchar a Troya.

89 J.P.Sarte

90 Alusión a un insecto citado por José Saramago en su obra Todos los Nombres.

o esfinges, un tatuaje en el valle de las nalgas, una guedeja arremolinada por un exquisito estilista, un pendiente con la imagen de nuestro ídolo o unas sandalias con suelas de color ¿Qué queda del hombre y de la mujer que bajaron del árbol, se pusieron de pie y mordieron la manzana para eliminar lo falso, lo fatuo, lo impuesto, y descubrir las virtudes ascendentes de la realización personal?

Hay que cortar el nudo. O con la mente o con la espada de Atenea ¡Qué importa! Hay que romperlo, porque si no se enroscará como Ofión en nuestra garganta y corazón hasta convertirnos en la humillante sombra del dios que nos mató. ¿Habéis pensado alguna vez en rebelaros contra esos cerberos que controlan la puerta del sol, os expulsan de los predios de Cibeles y Neptuno y desayunan y cenan los cadáveres de vuestros sueños en platos que colocan en el ombligo de la misma Europa? No basta con indignarse o cortarse las venas, es necesario despojar de sus túnicas a esos miserables que te han puesto un número en la frente para que nunca puedas escapar del destino que forjaron para ti. ¿No veis que sólo os tienen miedo y os respetan cuando descubris las grasas que han acumulado con el sudor de los parias que conocieron el destierro nada más nacer? ¿Venció el bloqueo? ¿Habéis sido lo suficientemente valientes como para pisar la raya? ¿Quién se atrevió a partir la copa en el altar de Némesis y gritar “No” invirtiendo el girar planetario?

Si los dioses no me tuvieran tan encadenado, vertería mi vino en un cuenco de sangre, y llenaría mi cáliz con la nívea leche de los pechos de Afrodita y brindaría por un nuevo amanecer entre el tronar de danzas y tambores. Cuando tengo sueños boreales se quiebran las columnas de los templos y de la razón y nace un nuevo dios que sólo entiende y acepta el lenguaje de la música que acaricia los cuerpos y las mentes luminosas que no tuvieron que renunciar a su naturaleza salvaje, y dijeron sí a la vida. En este mundo he aprendido más del silencio y de las onduladas dunas del desierto, que de los

soporíferos magos de la palabra que se prostituyeron por un viaje de ida sin retorno en el carro de Helios. Se me escapa de los dedos el hilo de la cometa de esa nueva filosofía que intuyo en los cerrados párpados de la noche. ¿Será necesario regresar al principio para viajar el futuro? ¿Quieren los dioses que seamos como ellos o son tan repugnantes que les gusta el espectáculo de nuestra ruina y destrucción? ¿Realmente desean que compartamos el paraíso con ellos o disfrutan cuando nos lanzamos al vacío sabiendo que nos arrancaron las alas? ¿Son tan perfectos? ¿Debemos sacrificar nuestras vidas, hijos e hijas, para gozar de su insoportable compañía? ¿Es necesario matar hasta la última de las mentiras para acabar con tanta farsa, teatro y cisnes enroscados en el gorila de la vanidad?

El otoño se niega a morir en el cabello y hombros de Clítia y sus besos me recuerdan el sabor de la fruta que nunca probé, la fragancia de la flor fecundada que da a luz a cerezas y fresas en los oasis del amor. Sus metamorfosis no dejan de sorprenderme. Cada día parece una mujer distinta, renovada. Su presencia me calma y me despierta. Tiene la capacidad de vaciarse la mente y, cuando lo hace, resplandece. Hoy la veo más alegre y bella que de costumbre. Quiere entrar en mi mundo y ya ha enjaezado los caballos para que vayamos al Odiseus. Dice que el Céfitro, a pesar de que siento ráfagas boreales, nos guiará entre la melancólica hojarasca.

—Ya falta poco para que las nereidas se marchen a Pafos. Vamos a despedirlas para desearlas buen viaje. No sé por qué pero simpatizo con esas mujeres de las que todo el mundo habla. ¿Hacemos una carrera hasta la taberna de tu amigo?

—¿Por qué no?— le dije—, Arión lleva mucho tiempo ocioso y necesita una buena cabalgada.

Montamos en nuestros caballos y emprendimos una veloz carrera sin apenas tocar el suelo. Su cabellera se agitaba con el viento y de vez en cuando miraba hacia atrás con

una expresión de desafío. Me recordaba a Hipólita. Tenía que acercarme a su lado, emulando a Heracles, y arrebatarla su mágico cinturón. Arión y su yegua, Celeste, iban casi pegados. Clítia daba la impresión de que era etérea, ingrávida. Parecía una prolongación de la piel del animal que la elevaba. La mirada altiva, segura, sumisa como la hierba, erguida como el junco. A veces se inclinaba para esquivar las ramas de los árboles o gritaba: ¡Vamos, Celeste! ¡Vamos, Celeste! Pero Arión no se despegaba y en más de una ocasión estuvo a punto de sobrepasarla y mordisquear las orejas de la sensual hembra, de hendida y oronda grupa. En un momento, Clítia dio un salto impresionante sobre un boquete abierto en los Muros Largos y enfiló hacia la taberna por un atajo. Arión la persiguió como un rayo y estuve a punto de salir despedido por los aires. Cuando recuperé el equilibrio, ella ya estaba atando a Celeste en una argolla de la parte trasera del Odisseus y me esperaba acariciando sus espumosas crines.

—No lo has hecho mal— me dijo cuando Arión se detuvo junto a su nueva compañera, muy atenta a las vibraciones de los cuartos traseros de su cuerpo donde el macho colocaba sus equinos ojos que, con una expresión de lujuria asfisiófila, parecían la atalaya de su prolongado y afilado olfato.

Antínoo no había exagerado: la belleza de las sirenas era sobrenatural. Vestían vivas túnicas azules, blancas, plateadas, verde esmeralda, abiertas hasta el talle, y adornaban sus guedejas con finísimas lianas de oro y flores. Todas bebían vino y estaban enfrascadas en alegres conversaciones con poetas y artistas de renombre, incluido un descendiente de Fidias que deseaba utilizarlas como modelo para hacer un grupo escultórico para adornar los jardines de la Akadimia Platonos.

Rápidamente Antínoo nos acomodó en mi mesa favorita y dijo con una sonrisa maliciosa: Vuelvo a tener reservas de oinujo, ¿Queréis un porroncito?

—Yo tomo lo mismo que Fritz— respondió Clítia recogiendo el pelo con las dos manos.

En ese instante se acercó la más bella de las sirenas, a quien las demás la miraban como si fuera su reina, y nos pidió permiso para compartir la mesa con nosotros. Llevaba una túnica dorada y una diadema roja.

—¿Fritz no vas a presentarme a esa diosa que has traído del Olimpo?— preguntó.

—Se llama Clítia y antes fue la reencarnación de Europa— dije provocando una sonrisa en las dos.

—¡Que sean tres oinujos!— ordenó mi amante, cual capitana que manda izar las velas a barlovento, para que lo oyera bien Antínoo.

La sirena cogió la mano a Clítia y empezó a charlar con ella como si fueran amigas de toda la vida:

—Desde que me baño con agua dulce tengo la piel mucho mejor. Atenas es un paraíso, aunque algunos filósofos me resultan estúpidos. Ayer uno me dijo en tono paternalista que las mujeres son las criaturas más inteligentes de la creación, pero que sólo pueden alcanzar la sabiduría al lado de un hombre superior. Por respeto a su edad no le contesté y como pensó que consentía, quiso meter su mano debajo de mi túnica para convertirme, a su manera, en una sabia. Le aparté los dedos que reptaban entre mis muslos como caracoles que buscan casa, y, avergonzado, me suplicó, e incluso me ofreció dinero para que le abriera mi mariposa en el lecho. Cuando me enojé y la ira me abrasó el rostro, bajó el tono de voz y dijo:

—Me has entendido mal, no quiero fornicar contigo, lo único que deseo es verte sin ropa. Por favor, déjame contemplarte desnuda.

Le di un bofetón y se marchó pronunciando varias veces la palabra pornai⁹¹. A veces la belleza es un castigo. ¿Es normal que los sátiros se disfracen de filósofos en un intento burdo de ganar la admiración de las ninfas? Clitia, tú que eres una mujer excepcional:

—¿Qué harías si alguien te violara fingiendo que es un dios o un superhombre?

—Conozco muy bien a ese tipo de filósofos. Yo les desnudo con la mirada y elijo. Cuando era pequeña muchos “sabios” querían drogarme con palabras y vino y, algunas veces, debido a mi ingenuidad, acababa en los brazos de seres despreciables. Ahora he aprendido a entregar mi cuerpo y mi alma, sólo a quienes tienen las llaves de mi corazón. Sólo ante esas personas caigo, indefensa, y me dejo arrastrar, perdiendo con plena conciencia, el control y la razón. En un mundo de esclavos, en el que las mujeres son parte del establo, hay que utilizar todas las armas de Atenea y Afrodita para sobrevivir.

—¿Y tú Fritz? ¡Amado mío!— dijo la sirena tras mostrarme un medallón con el nombre de Parténope⁹² que ocultaba entre sus senos ¿Crees que la mujer no puede llegar a ser sabia sin el contacto físico y espiritual de un gran hombre?

—¿Qué dices!— respondí—, todo lo que he aprendido en este mundo me lo han enseñando las ninfas y las diosas. La mayoría de las cosas que han escrito los hombres son letras muertas. Tú y todas las mujeres de tu estirpe convertís las palabras en vida. Cuando un hombre está enamorado ve las cosas con más profundidad, las da forma, las dimensiona, se hace valiente, atraviesa los límites, las fronteras. Nos dais una nueva visión del mundo. El amor es sabiduría y creación. Y eso lo sabe muy bien Platón. Hablo del amor real, no de

91 Pornai: prostitutas.

92 Parténope, la virginal, era la más bella de las sirenas. Al no poder hechizar a Odiseus, se suicidó.

la lascivia ciega de los inmaduros y los sátiros. Esa droga te embrutece y te destruye. Circe, la hija de Helios, conocía muy bien esos bajos instintos y por eso convirtió en cerdos a los soldados de Odiseus. Rescatar el alma de la mujer y respirarla, te eleva hasta el punto de cabalgar sobre el Águila Blanca y fundirte con el cosmos, con la semilla de la primera explosión de luz. Eurímene tras pisar la cabeza del soberbio Ofión y arrancarle los dientes de una patada, le arrojó a las tenebrosas cavernas del Hades, lugar donde nunca llegan los rayos del sol que rompen el himen de los numerosos estados de conciencia que nos catapultan hacia la iluminación interior.

Hice una pausa, empiné un porroncito y di un largo trago. Luego las enseñé a beber y el oinujo empezó a encender sus ojos y sus mejillas. Cada vez más animado comencé a recitar versos de Homero y, cuando me sentí libre, entoné varias canciones marineras. Durante unos instantes quise acoplarme a las dos. Sus labios me parecían tan cercanos y seductores que hacía esfuerzos sobrehumanos para controlarme.

Cuando Clítia me confesó que ya había acabado su escultura de Dionisio, me entró tal euforia que la besé desbordado de alegría. Luego miré a Parténope y me sentí triste. Cuando se acercó el porroncito a la boca se lo quité, la puse una mano detrás del cuello, la atraje hacia mi y probé la dulce fruta de sus labios al tiempo que noté que unas lágrimas corrían por sus mejillas. Luego Clítia se llenó de ternura y, con la pureza que siempre la distinguió, hizo lo mismo que yo con la adorable sirena y los tres sonreímos como presos que acaban de alcanzar la libertad.

Cuando alzamos la vista, todas las sirenas estaban riendo y bebiendo en porroncitos. Parténope se levantó, elevó una cimbria que en sus manos parecía el fruto del nenúfar y dijo, dirigiéndose a todos, estas aladas palabras:

—¡Brindemos por Dionisio! ¡Qué suene la música! ¡Qué bailen los dioses y los hombres! ¡Antínoo! ¡Que no falte el oinujo en ninguna mesa!

En aquella noche de amor, canto y baile, la Belleza danzó con su voluptuosa llama dionisiaca. Pescadores, filósofos de palabra limpia, poetas vagabundos, el propio Antínoo y hasta un grupo de canes venidos de los arrabales disfrutaron de aquel oasis de música y alma y dieron gracias al Osiris griego y también a Prometeo como si aquel fuera el único día de sus vidas, el que da sentido a la herida del nacimiento.

Cuando las estrellas brillaban con la luz de nuestras pupilas, Clítia, Parténope y yo nos fuimos a dormir a la playa. Nos tumbamos los tres mirando el cielo y jugamos a descifrar el nombre de las constelaciones. Éramos como tres niños ilusionados que se han escapado por primera vez de casa. Yo estaba entre las dos. Di una mano a cada una y nos quedamos dormidos viendo como se ponía la Luna.

Me desperté a la luz del alba y Parténope ya se había ido. Sólo había dejado unas húmedas huellas en la arena.



Cuando Clítia me dijo que ya estaba todo preparado para la carrera de las antorchas apenas me inmuté porque estaba convencido de que se acercaba mi día de gloria y llegaría victorioso al cielo de la Acrópolis. Conocía el recorrido como la palma de mi mano y me había entrenado a conciencia. Tenía todo estudiado, incluso los tramos donde soplaban el viento y debía proteger la llama haciendo un escudo con mi espalda.

—Aunque Platón pensó en un principio— dijo Clítia—, organizar una carrera de relevos siguiendo al pie de la letra su filosofía⁹³, esta vez ha querido hacer una excepción para en-

93 Platón explicaba que el relevo de la antorcha prometeica representaba la transmisión de la sabiduría de los antepasados de generación en generación.

fatizar la importancia de la tradición. Cree que únicamente llegará a la meta una persona que no sólo sea amada por Prometeo sino también por Hefesto, lo que requerirá una doble celebración. Ese atleta, si logra la hazaña, inaugurará en lo sucesivo las pruebas de relevos en las que participarán hombres, mujeres y niños y que son las que al final perdurarán.

Sentí un escalofrío, me temblaron las piernas, mi corazón se encogió, mi seguridad se vino abajo y dije tartamudeando:

—Clítia, dudo que Hefesto sienta algún cariño por mí. Es cierto que amo a Prometeo⁹⁴, el adorable hijo de la oceanida Asia⁹⁵ que se atrevió a robar el fuego a los dioses para que el hombre abandonara la Noche de los Tiempos, pero el marido de Afrodita moldeó con su torno a Pandora y trajo con esa desdichada todos los males al mundo. Me siento confuso y no entiendo la relación del homenaje prometeico con el martilleo en las fraguas del único vástago de Zeus y Hera.

Mi amante frunció el ceño y contestó:

—Por favor, no seas tan arrogante. Hefesto es el padre de la industria. Forja ruedas, metales, oro, plata, las armas que hacen invencibles y poderosos a los héroes, dioses y naciones. Sin su sabiduría jamás prosperarían las civilizaciones. Porque esté cojo y sea feo no deberías despreciarle. Es el símbolo del trabajo, el don máspreciado de los hombres. No olvides que es la única divinidad que tiene las manos encallecidas de un albañil.

—No salgo de mi turbación y mi mente se nubla. No creo en las civilizaciones que se hacen a golpe de martillo en las fundiciones donde los esclavos cincelan en metales preciosos las armaduras de los reyes que levantan imperios. ¿Quién

94 Existe cierta similitud entre el castigo de Prometeo y el mito bíblico de Lucifer, el ángel caído. Ambos desafiaron a los dioses por querer arrebatarles un conocimiento sagrado y prohibido y fueron arrojados del paraíso.

95 Otras veces llamada Climena. Las oceanidas eran las ninfas de los océanos.

pica las piedras en las canteras para extraer las vetas de las que me hablas? ¿Los sacerdotes? ¿Los filósofos? ¿Los poetas? Me imagino a Hefesto destripando el vientre de Gea con sus tenazas y fabricando cadenas para subyugar a millones de prometeos sin tierra prometida, hasta extraer la última pepita de oro, la última gota de sangre. Yo sólo puedo creer en la Diosa del Amor y en el Dios de la Danza⁹⁶. Además Hefesto es un degenerado que quiso violar a Atenea y, como no pudo, eyaculó sobre su pantorrilla en un patético acto de impotencia.

—Es verdad— replicó Clítia sin poder ocultar su enojo, pero Atenea se limpió el semen, lo arrojó sobre la tierra y ésta, fecundada, dio a luz a Erictonio, el legendario primer rey de nuestra ciudad. ¿Quieres romper la promesa? ¿Ya no vas a correr por mí? ¿Te has convertido de la noche a la mañana en un hombre de principios trasnochados? ¿En un flojo que cambia de opinión todos los días? ¡Qué horror!

Y yo, que no tenía más religión que un cuerpo de mujer⁹⁷, observé su rostro, caí de rodillas y la besé los pies. La discusión nos había inflamado. Al llegar la noche me insinuó felinamente sus imantados agujeros y me estremecí con ella al ver cómo refulgía con un divino y blanco resplandor su sensibilísima piel que recogía en convulsas oleadas de delirio y salvación los diez orgasmos virginales: el labial, el vaginal, el nasal, el clitórico, el anal, el visceral, el cardíaco, el cerebral, el mental y el corporal. Las descargas eléctricas de las pulsaciones thanáticas y eróticas nos dejaron exhaustos ¿Tendría fuerzas después de todo aquello para subir como un potro hasta la cima de la Acrópolis? Había nacido, si se puede hablar así, hacía siete meses y siete días y en el fondo no tenía nada claro por qué hay que estar siempre corriendo para ganar. Nunca me imaginaría a Sócrates saltando vallas ni clavando la pér-

96 Afrodita y Dionisio.

97 Alusión a una canción de Joaquín Sabina.

tiga en la hierba para cruzar volando, como un fantasma, la sagrada corriente del río Ilisos ante la atónita mirada de su caro Fedro. Rápidamente me quité esos pensamientos de la cabeza, mitad absurdos, mitad lógicos, y dí instrucciones a mis neuronas para abrazar con hambre la victoria. Con esa determinación empecé a respirar profundamente, al igual que una ballena que ha estado debajo del agua tres semanas y saca repentinamente la cabeza a la superficie llevándose toneladas de oxígeno a los pulmones, y me ví más fuerte, más ágil, más inteligente, en resumen, muy superior a mis rivales.



Éramos veinte corredores. Clítia y un grupo de sacerdotisas encendieron las antorchas en el santuario de Prometeo y nos las fueron entregando una a una con una diáfana sonrisa que nunca olvidaré. Daba la impresión de que todas soñaban con ser la novia del vencedor y que ya velaban con los labios entreabiertos la prematura pérdida de la inocencia. Platón nos observaba con una expresión grave y complacida en los Jardines de Hecademos, donde tuvo lugar la ceremonia. Era una noche sin luna, como exigía la norma, y esperamos impacientes la señal del salpliktés⁹⁸. Teníamos que recorrer los trece estadios que separaban el ara de Prometeo del altar de Hefesto en el Erektion, ubicado en la cima de la Acrópolis. Y allí, donde se conserva el olivar de Atenea, prender una gigantesca crátera en honor a mi enemigo.

Por una parte, mi respeto a Platón y mi amor hacia Clítia me daban la fuerza y la energía suficientes para llegar más rápido que el Périda al recinto sagrado de Hefesto y colocarme la corona de laurel, pero por otra, sabiendo que Afrodita no se iba a perder el espectáculo y que podría considerar mi va-

98 La trompeta que anunciaba la señal de salida.

nidad y mi infidelidad una ofensa, me flaqueaban las piernas y deseaba que la tierra me tragase.

Nos erguimos, agarré la antorcha⁹⁹ con determinación y sentí el pitido de la trompeta que me atravesó los oídos como una jabalina. Todos nos impusimos el ritmo que marcaba nuestro sentido común pensando que los dioses ya habían decidido por nosotros. Nadie quería ser el más rápido, la única obsesión que teníamos era que la llama no se apagara.

El primer tramo del recorrido fue relativamente fácil y nadie intentó la locura de emprender una veloz carrera. Los ocho estadios iniciales no representaron ningún obstáculo digno de mencionar, con la excepción de algunos curiosos que se acercaban bastante a los atletas entorpeciendo la marcha e incluso amagando tocar la antorcha para sentir el pulsar de la divinidad. Cuando atravesamos la Puerta del Dipylyon, aceleramos un poco el ritmo en la Vía Panatenaica¹⁰⁰ y me encontré con todos los ojos de Atenas observando hasta los más mínimos movimientos. Nada más comenzar la parte más empinada de la ascensión a la Acrópolis, suaves pero afilados golpes de viento empezaron a apagar las primeras antorchas. Era el momento de demostrar que éramos dignos de portar el fuego prometeico y los más audaces aumentamos cautelosamente la velocidad utilizando todo tipo de trucos para que siguiera viva la llama sagrada. Me olvidé de mi odio

99 En la antigua Grecia las antorchas eran de cera y con un plato para proteger las manos.

100 En la Vía de las Panateneas se celebraba la fiesta más importante en honor a Atenea para recordar su victoria sobre Poseidón por el dominio del Atica. Se solía conmemorar cada cuatro años. En esa ocasión la diosa recibía el peplo tejido para ella por las ergastinas, muchachas de las familias más nobles. La ciudad entera participaba en la ofrenda. Los ciudadanos la entregaban joyas, oro, plata, vasijas de metales preciosos, monedas, túnicas y armas, entre otros regalos. El tesoro se guardaba en los templos. Una vez en la Acrópolis se vestía con el peplo la estatua de culto a Atenea. Más tarde en el altar situado delante del Partenon se procedía a la Hecatombe y se degollaban cuantas vacas fueran necesario para alimentar a toda la ciudad.

a Hefesto y utilizando todas mis artimañas me coloqué en el grupo de cabeza. ¡Adelante, amigo, adelante!— gritó una voz que me resultó familiar y, al girar el torso, vi a Antínoo junto a Filemón batiendo sus manos como alas. Divisé la casa azul y sentí cómo me atravesaban como rayos los coruscantes ojos de Afrodita. El aire sabía a higuera y miel. La noche era dulce como los besos del primer amor. De repente, Eolo abrió su odre de los vientos y una ráfaga de cuchillos segó la llama de varias antorchas. Yo sólo me fijaba en el fuego, no miraba a mis competidores. Con la mano que tenía libre cubrí mi antorcha y en ese momento, que sentí una culebra de luz en el vientre, me di cuenta de la grandeza de mi misión. Mi éxito no consistía en ganar, tenía que vencer por una cuestión de amor, para dejar de ser un miserable y ganarme, merecerme, las caricias y las tentaciones de Clítia. Por fin pusimos pie en la imponente escalinata que conducía a la Acrópolis. Ahora el viento era asesino. De un mazazo apagó todas las antorchas menos dos. Vi como varios atletas lloraban sin creerse que su llama había muerto, pero no tuve compasión. Ese sentimiento no era digno de un griego. Jamás se instaló en el alma y pecho de Aquiles, modelo de todos los jóvenes que aspiraban a la gloria empujados por la dulce ignorancia de su inmadurez. En ese momento lo importante era la victoria y dejar atrás a los más débiles. Seguí como si fuera mi sombra los pasos del único corredor que quedaba en liza y, cuando ya sólo faltaban unos cincuenta codos para llegar al altar de Hefesto, contemplé a Clítia, al lado de Platón, con la expresión más encantadora que recuerde y con la corona de laurel elevada para colocarla sobre mis sienes. Fue en ese momento cuando decidí adelantar al intrigante superviviente de la carrera y demostrarle, sin miramientos ni piedad, mi coraje. ¡Ay, despiadado de Zeus! ¡No podía creerlo! ¿Por qué me torturas así? El tronante sarcasmo de los olímpicos me provocaba hemorragias en los oídos ¡Era El Jeroglífico! ¡Sí, El Jeroglífico! Estaba sudando y se abalanzaba como un poseso hacia el altar de Hefesto. ¿Cómo iba a sobrepasar al hombre que me salvó la

vida? ¿Cómo iba a vencer al ser que era muy superior a mí? Al alma que curó mis heridas y me puso en los brazos de Afrodita. Me sentí como un pájaro sin alas. Como la Niké mutilada que tanto amaba. Mi brújula se rompió y un viento suave, como el suspiro de un bebé, apagó mi llama prometeica. Vi como El Jeroglífico se acercaba a Clítia, bajaba la testuz para ser coronado y prendía una llama que parecía salir de un volcán en el ara de Hefesto. Platón le invitó a una copa de vino tras hacer unas libaciones y le nombró padre de las carreras de relevos. Yo volví a sentirme sólo y besé el olivo que plantó Atenea en el Erektion. Clítia, tras homenajear al Jeroglífico, se acercó a mí y me dijo:

—Eres un desastre, pero el único ser al que amo. Odio tu derrota y a Hefestos. Yo, como tú, sólo puedo amar al Dios de la Danza.¹⁰¹

101 Nueva alusión a “Also Sprach Zarathustra” de Friedrich Nietzsche.

VII

Clítia está triste y pensativa. Ha visto a unos muchachos imberbes golpear brutalmente con mazas a un mendigo y, como ebrios de sadismo, le prendían fuego entre carcajadas tras rociarle con un líquido inflamable. Tiene la cara pálida y teme que no se haga justicia, pues el anciano que ha sido asesinado además de llevar el pelo corto no habla griego. Ha estado llorando toda la mañana y no he podido consolarla. Me dice que la juventud está loca y que si ella fuera parte del dikastés¹⁰² les ejecutaría con la misma antorcha que quemaron al vagabundo. Yo la he dicho que Némesis les dará su merecido y que Prometeo no les perdonará el uso que hicieron del fuego que entregó a los hombres.

—Cerca había un perro hambriento que esperaba a que se apagaran las llamas para devorar su cadáver. ¡Qué horrible! ¡Nadie hizo nada para evitarlo!

—¡Cálmate, Clítia!— respondí acariciándola el cabello—, yo también siento horror por lo que me cuentas, pero no debemos dejarnos vencer por el desaliento: todavía hay muchos soles que apagar y mundos por descubrir. Recuerda que cuando Pandora levantó la tapa del ánfora, la Esperanza se quedó en los bordes y no se echó a volar. ¡Eleva el ánimo! Eres una guerrera y Afrodita, a la que tanto veneras, no quiere verte así.

102 Tribunal

Clítia me miró con los ojos enrojecidos y yo la cerré con suavidad los párpados y se los besé. Sentí los latidos de su corazón en mi pecho y me alegré de poderla servir de consuelo en esos momentos de amargura.

Alcé la vista y vi volar a una enorme águila blanca que hacía círculos sobre un espeso y cegador cielo azul. De repente, un relámpago culebreó como una serpiente de oro uniendo el Sol con la Acrópolis. Luego apareció una luz en el jardín y de ella salió Atenea vestida con su temible armadura. Me miró de frente y extendió la lanza hasta que el águila descendió en picado y se aferró con sus garras a su templado brazo de firme y blanca piel. En ese momento, Clítia abrió los ojos y emitió una exclamación. Acto seguido la diosa dio un paso hacia delante y se partió en cientos de palomas que alzaron el vuelo en abanico hacia el firmamento. Estaba claro que no sólo Zeus, sino también Afrodita, participaban de aquella epifanía.

Hermes aquel día no descansó y pronto toda la ciudad se enteró de lo que había ocurrido a los tres adolescentes que asesinaron al viejo. Por lo visto se dirigían corriendo por un descampado en dirección al norte, posiblemente hacia Eleusis, cuando Atenea les salió al encuentro y les atravesó con su lanza. Al instante se transformaron en árboles y un rayo les fulminó. Se escucharon espantosos gritos de horror, como si Fobos¹⁰³ y Deimos¹⁰⁴, los inseparables vástagos de Ares, hubieran concluido la tarea. Los árboles ardieron largo tiempo hasta que quedaron reducidos a tres embriones de cenizas con los rasgos de aquellos mal nacidos.

No sé por qué lo hizo Atenea —o tal vez fue Némesis— pero los griegos creen que la diosa de la ciudad, encargada de velar por las leyes y la justicia, no toleró el uso que se hizo del fuego. Yo, sin embargo, que tengo mis dudas al respecto,

103 El Horror

104 El Miedo

prefiero no dar mi opinión. Que cada uno piense lo que quiera, ya que nadie conoce el destino.

Ahora me viene a la mente cómo fue el juicio de Sócrates¹⁰⁵. Cuando el Areópago preguntó al maestro si deseaba elegir una alternativa a la muerte, como el destierro, se atrevió a sonreír y propuso la opción de *ser mantenido de por vida a costa del erario público*. Cuando la acusación tocaba a su fin, exclamó:

—*¡Basta ya! ¡A mí me toca morir y a vosotros vivir! No sé quién va a estar mejor, pues nadie sabe lo que hay detrás de la muerte, excepto los dioses*¹⁰⁶.

Ahora quiero imitar a Sócrates y afrontar con valentía el destino, de nada sirve lamentarse, albergar complejos de culpabilidad o escapar a lo inevitable. Quiero hacer que la sonrisa vuelva a los labios de Clítia y, si es necesario, la obligaré a que se preñe de mi alma para volver a nacer en su vientre y amarla desesperadamente libando la cálida leche de sus pechos. Seré lo que ella quiera con tal de que sus lágrimas no me quemen el corazón. Estoy en deuda con ella y prefiero mi muerte a su tristeza. Me cuesta muy poco renunciar a la inmortalidad y emprender el viaje eterno con ella hacia la nada o el infinito. No me interesa pasar a la historia como el robot que estuvo a punto de ser hombre. Como dice Lao Tsé: *el buen caminante, no deja huellas*. Es buena la costumbre de Clítia de apagar todas las antorchas por la noche para que nos acostumbremos a mirar las estrellas. Por eso, desde las ventanas siempre abiertas de nuestra alcoba relucen los astros en la oscuridad como las escamas de los peces que despiden destellos de luz al devolver, como inquietos espejos, los rabiosos rayos del Sol. Gracias a ella, uno de los momentos más felices de mi vida es, cuando tumbados sobre el césped del

105 En Grecia no se dictaban penas largas de cárcel, se prefería el exilio o el ostracismo. A los condenados a muerte, se les daba la opción del suicidio.

106 Sócrates fue acusado de ateísmo y de corromper a la juventud.

jardín, contemplamos la puesta de la Luna. Tengo miedo que se marche o que la ocurra algo. Cuando me dicen que en el Aerópago se habla de ella, beso en la frente a Arión y le digo que se prepare para un combate titánico, pues yo no pienso llorar como Pericles y mendigar el perdón, sino pelear como Aquiles y morir, si es necesario, mezclando mi sangre con la de mi amada. No penséis que es orgullo o valentía: es sólo una manera de ser. Acepto todo, menos convertirme en un esclavo de la sin razón y renunciar a mis ideales ante arcontes decrepitos que venden su alma al portador de la guadaña y, a cambio de tres clepsidras de gloria, logran alargar su descomposición hasta que se rompe el altavoz que sus criados colocaron en sus cuarteados labios. Tampoco soy un rebelde, mi sentido común me dice que las hembras, incluyendo a Atenea, Artemisa y Afrodita, son terribles cuando el macho cabrio las ata las alas, pero celestiales cuando las damos amor, música y la visión del paraíso. Sólo los enanos amplifican la voz de Eco y aterrizan o ilusionan a los esclavos. Los sabios, entre los que no me encuentro, conocen muy bien sus limitaciones, y ven la auténtica dimensión del ser humano. He visto al hombre más pequeño y al más grande desnudos, y no he notado mucha diferencia, dijo el filósofo cuando decidió poner fin a sus discursos y confiar sus pensamientos a un caballo.¹⁰⁷ ¿Alguno de vosotros ha escuchado la música de los racimos de su mente o ha hecho un viaje espacial al interior de su corazón? Una de las experiencias más hermosas de esta vida es abrir el corazón, desde dentro, con la llave del alma, y dejar que la diosa cabalgue por los laberintos de la sangre con su unicornio de luz. Es entonces cuando podemos sonreír contemplando a un hipopótamo recostado en una cáscara de nuez o sacarnos el corazón del pecho, lanzarlo al mar y ver como es devorado por el tiburón. Los volcanes escupen estrellas y los astros lloran diamantes que estallan en espumosas olas marinas. Me gusta ver a Clítia introducirse rosas

107 Nueva alusión a Friedrich Nietzsche.

entre los dedos de sus pies desnudos y andar sin apenas tocar el suelo. Cuando se pone de puntillas y arranca un puñado de uvas del emparrado, me imagino que toca las constelaciones y que descubre con sus bellas manos nuevos universos. Creo que hay vida en otros planetas y que dentro de miles de años se producirá un encuentro que reducirá a cenizas todas las pirámides y transformará en oro las bocas de los lobos y en luz el alma de las diosas que siguen incubando el huevo cósmico. Mientras tanto hay que soñar y no precipitarse en llamar a las puertas del cielo. Si Platón tiene razón y el alma espera su ocasión para elevarse, es mejor que Clio pase lentamente las páginas del Libro de la Historia hasta que llegue el capítulo final y veamos el espectacular desenlace. No importa que seas ateo o creyente, negro o blanco, santo o pecador, cuando tu clepsidra se pare, imagínate un infinito círculo de luz formado por todas aquellas cosas que anhelas en lo más profundo de tu interior: amor, sabiduría, verdad, libertad o lo que se te ocurra, y deja que tu alma vuele, fluya y se funda con él.¹⁰⁸

¡Dejémonos de pamplinas y vayamos al grano! El Rey Sabio de Platón debe encabezar la tarea de reconquistar el paraíso perdido e instalarlo en la Tierra. Es necesario el mundo del Gran Verde¹⁰⁹ donde el paisaje sea una prolongación del alma humana. Escultores como Fidias deberían encargarse de los diseños de las polis y convertir cada casa en una hermosa obra de arte hecha a medida del hombre. Millones de moradas entre huertos de árboles frutales, lagos de flores de loto y puentes donde paseen los ciervos y gacelas. El Rey Sabio debe abrir el camino y agitar los manzanos para que, en un banquete universal, matemos a las fieras que nos dominan, demos el salto cualitativo y nos convirtamos en dioses. No permitamos que los mercaderes conviertan el polvo del desierto en oro negro y millones de camellos dejen su osa-

108 Reflexiones sobre el “Libro Tibetano de la Vida y la Muerte” del monje Soygal Rinpoche.

109 Expresión muy utilizada en la literatura egipcia antigua.

menta a pocos pasos de los oasis disecados. No permitamos que se levanten torres para hormigas, que los cielos se cubran de alquitrán, que el cisne muera en la alambrada y que en los templos se adore al impostor. No permitamos que los burros lleven el carro de Helios y el eterno Faetón que nos gobierna nos ciegue con monedas de oro, arrase los campos y juegue a ponerse el casco de Ares. El Rey Sabio debe reconquistar el paraíso perdido y, si nunca lo perdimos porque nunca existió, entrar en la Esfinge, beber el néctar sagrado de la Gran Visión y, aprovechando la alegoría, reproducir en un espejo la abstracción y darla forma con las manos prometeicas. Es necesario poner arcilla fresca en las manos del alfarero y moldear de nuevo la Tierra, ese globo azul que a un lado tiene a Afrodita¹¹⁰ y al otro a Ares¹¹¹, y escoger con quien nos vamos. El Rey Sabio debe ser ese alfarero que, tras aprender su tarea en el altar de Mnemosina, la concluya iluminado por las Nueve Musas. En el paraíso tiene que haber muchos viñedos y olivares y las cartas deben llegar con palomas mensajeras. No tenemos que crecer hacia fuera, como un cáncer que se alimenta de sueños arrancados. Hay que volver la mirada al centro del corazón, detener el pensamiento en los arpegios de la clepsidra y esperar a que cante el nuevo dios. En ese momento se habrá producido el encuentro y podremos hablar y vivir sin miedo.



Ayer Clítia se fue pronto a la cama y yo me quedé en el patio intentando escribirla un poema. El cálamo se negaba a moverse y Thot paralizaba mi mano advirtiéndome de que no debemos forzar las palabras. Sin embargo, yo, enfrascado en mi testarudez, había desplegado el papiro sobre la mesa y las llamas de las velas danzaban en las cuerdas de un arpa

110 Venus

111 Marte

invisible. Llené un porrón de oinujo y dejé que mi mente volara como un pájaro pez hacia el vientre oceánico. Cuando el aguardiente fundió las resistentes puertas del bloqueo, me sentí más animado, como si mis neuronas revivieran, y dominé al mono de la mente y al caballo de la voluntad¹¹². Luego las letras fueron apareciendo como pequeñas ramitas que se entrelazaban como enredaderas fecundadas por la semilla del verbo. Y así fue como empecé mi canto a Clítia mientras Artemisa, la hermana gemela de Apolo, cruzaba el cielo con su silencioso carro de plata.

¡Oh, hermosa Clítia!

De larga y seductora cabellera

Tus radiantes ojos verdes

Iluminan la noche estrellada

Doradas espigas inclinadas

Son tus cejas elevadas

Que dan alas a tu frente perfumada

Antes de nacer

Ya eras Primavera

Desnudas la escarcha de la ausencia

Aspiro tu fragancia con el Alba

Cuando llegas, se agitan las palmeras

Y muestran sus racimos de uvas

112“El mono de la mente y el caballo de la voluntad”, es una de las expresiones utilizadas en el clásico de la literatura china “El Viaje al Oeste”. Su autor es Wu Cheng En (siglo XVI).

*Como rosales del Mar Negro
Que suspiran cerezas y canela*

*Navegan dulces sueños
En un pañuelo de seda
Sostenido por bandadas de palomas
Que se posan silenciosas en tu alcoba*

*En tus labios brotan el beso y la palabra
Con olor de agua de lluvia en la hojarasca*

Luego enrollé el papiro y me dirigí al tálamo donde yacía Clítia dulcemente abandonada en las caricias de la aurora. La besé, la cogí de la mano y la llevé al ajardinado cuarto de baño donde nos sumergimos bajo el agua. Jugué con sus húmedos cabellos y entrelazamos nuestros cuerpos con la música de los delfines. Después, tumbados sobre un lecho de césped, la leí el poema y sonrió como si acabara de nacer en el traslúcido seno de una caracola.

Ingrávida se alzó y regresó con un zumo de naranja y una copa de mosto. Después se pintó las uñas con puntitos de plata y, agarrándose con las dos manos una trenza para escurrirse el agua, apoyó su brazo en mi hombro y me dijo que, a pesar de sentir una espesa pereza, tenía que arreglarse para encontrarse con Platón. Sacó de su vestuario una túnica de blanco satén y me pidió que le ayudara a ponérsela.

—¿Fritz, no te parece que hace algo de frío?— me dijo mientras abría un estuche de nácar del que sacó un vaporoso velo para cubrirse el rostro como hacen las adorables princesas persas.

La etérea prenda resaltaba el brillo de sus felinos ojos y, al contemplar mi asombro, movió el torso como una pantera y se lanzó sobre mí, sin poder contener la risa, como si quisiera morderme la yugular y beber mi sangre.

—¿Estoy guapa? —me preguntó girando su cuerpo sobre un espejo con remates de plata que reproducía su imagen en varias dimensiones.

La ayudé a peinarse mientras me daba las gracias por el poema y luego, cuando se dio la vuelta, la acaricié las mejillas al tiempo que observaba como sus labios se pegaban a la transparente gasa que los cubría.

En el jardín se levantó el velo para darme un beso de despedida y traspasó el umbral de la puerta que daba a la calle en dirección a la Academia de Platón.

Luego fui corriendo a la azotea, cogí una paloma mensajera y escribí la siguiente nota: Filemón, tráeme rápidamente a Arión.

Solté el ave, vi como daba varias vueltas en el cielo y, por un instinto que todavía no acabo de comprender, se dirigió como una flecha a los establos de mi criado.

Al cabo de un rato apareció Filemón sujetando por las bridas a mi brioso caballo. Arión, sin mostrar ningún respeto hacia mi persona, entró piafando en el jardín y se puso a beber en el estanque, donde un pez de colores estuvo a punto de morir de un infarto al ver, con la ampliación que produce el agua, su angulosa quijada.

Cuando sació la sed, le di de comer unas zanahorias y se calmó.

—¿Qué pasó con las sirenas?— pregunté a mi amigo—, que se arrascaba insistentemente la cabeza como si le hubiera atacado un tábano.

—Se marcharon sin dejar rastro. Me había enamorado de todas y he sufrido muchísimo con su partida. Ahora padezco de insomnio. No sé si te lo crearás, pero había empezado a hacer gimnasia por las mañanas e incluso me lavaba todos los días. Antes de ir a su reunión, me perfumaba en las barberías y me ponía mis mejores túnicas. Ahora estoy arruinado, me he gastado todo el dinero que tenía en hacerlas regalos. A una de ellas la besé una mano y de mi boca salió una ostra. ¿Piensas que estoy loco?

—Filemón— le contesté—, todo lo bueno dura poco, así que madura y aprende a aceptar la realidad tal y como es. De todas formas, si te encuentras muy sólo visita los templos de Afrodita que seguro allí encontrarás consuelo.

—Estoy hundido. Quiero suicidarme— contestó.

Saqué de mi saya una moneda de plata y le dije:

—¡Vete a divertirte y deja de quejarte que me vas a amargar el día!

Filemón agarró los diez dracmas como si el dinero fuera lo único que da sentido a la vida y exclamó:

—Me voy antes de que te arrepientas. Luego dio un salto y desapareció dando botes, como si tuviera muelles en los pies, entre las callejuelas.

—¡Arión!— grité con energía—, ¡Ven aquí!

El equino me miró con orgullo, dejando claro que era un hombre libre, y me obedeció fingiendo que por compasión me aceptaba como su amo, tras calcular las ventajas y desventajas de estar conmigo. Me subí encima de un salto y le dije: ¡Al Odiseus!

Cabalgamos en veloz carrera, cómo los nómadas de Arabia, desafiando todo tipo de obstáculos, incluido el socavón de los Muros Largos. Los cascos de Arión levantaban remolinos de polvo y abrían surcos entre las aplastadas hojas oto-

ñales que cubrían de rojo y ocre los silvestres caminos que conducen a El Pireo. Era el primer año de la 103 Olimpiada y ese número me parecía mágico, pues relacionaba el Uno con Zeus o mejor dicho con el huevo cósmico y al tres, por su forma de pájaro, con el vuelo de las aves, especialmente del águila, a quien consideraba el reflejo de la idea suprema del Espíritu o, como diría Platón, del Alma. Sentía que regresaba de nuevo a casa. Al hogar de mi padre adoptivo, el que me dio, cuando vivía a la intemperie, conversación, comida y posada. Al Otro, al de la Máscara, el Irresponsable que me colocó cerca de Eleusis, posiblemente no le interesaba ni Grecia ni su civilización.

Antínoo se inclinó al verme, recordando la buena suerte que le traía, y me contó que había comprado unos viñedos con la fortuna que amasó cuando las sirenas frecuentaban su taberna.

—Ahora soy feliz y la mayoría de los clientes que venían aquí siguen reservando mesa pues creen que este lugar es mágico. Lo único que no me gusta es que de vez en cuando aparece en el Odiseus una vieja esperpéntica, vestida con andrajos, a emborracharse. No la he echado a patadas porque me produce temor y escalofríos. Tiene algo en la mirada y, no sé que es, que jamás he visto en mi vida.

—Trátala con cariño— respondí—, los ancianos muchas veces son como niños y lo único que buscan es un poco de amor. Habla con amabilidad con ella y verás como te cuenta sus penas y acabas considerándola como a una madre. ¿Por qué no la das un trabajo en tus viñedos para ver si Dionisio la saca del infierno en el que vive?

—¿Estás loco? Se comería todas las uvas y se bebería todo el vino. No me des ideas que con toda seguridad me llevarían a la ruina física y espiritual. Además creo que ejerce la prostitución en los barrios bajos de El Pireo. Cambiemos de conversación que me estoy deprimiendo ¿Qué tomas?

—Lo de siempre— dije—, y dejé que mi vista vagara siguiendo el vuelo de las gaviotas.

Cuando ya llevaba mi cuarta copa de vino, apareció El Jeroglífico con una enorme caja con barrotos y detrás de él los cuatro pescadores que le seguían como sombras. Tras subirse en su embarcación con un pequeño mascarón en forma de nereida remaron hasta un promontorio y, entonces, Él abrió la jaula y entregó a cada uno de sus acompañantes un cormorán. Cada cuervo marino tenía ceñido al cuello un anillo y al instante comprendí por qué aquella mañana mis hermanos de paisaje no habían sacado las redes. Soltaron aquellas voraces aves, que previamente habían sido amaestradas, y vi como caían como halcones de plomo en los dominios de Poseidón y regresaban a las manos de sus portadores atenazando con sus largos y aplastados picos todo tipo de peces y mariscos. Al no poder tragar sus piezas por la estrechez del collar que achicaba su cuello como un embudo, las depositaban en los huesudos dedos de la exultante tripulación tras inclinar mecánicamente el negro moño antidiluviano que coronaba sus cabezas. Acto seguido volvían a zambullirse en el vinoso ponto dispuestos a hacer las cesáreas que fuera preciso en el inquietante vientre del mare procelosum.

El Jeroglífico silbó. Los cormoranes regresaron a la jaula. Y los pescadores desfilaron ante mis ojos con sus vibrantes canastas de escamas plateadas.

Acaricié unos instantes los bordes de mi copa y, dejándome llevar por un impulso irrefrenable, me despedí de Antínoo y comencé a andar sin rumbo fijo. Mis pasos me arrastraron hasta los barrios fríos de El Pireo, donde la mayoría de las casas estaban pintadas de vistosos y chillones colores. Un gato devoraba la cabeza de una sardina que había sido arrojada con la estela de su raspa desde una ventana. Un sirio con glaucoma vendían unos botellines de licor afrodisíaco. Un arconte buscaba entre un montículo de castañas la dentadu-

ra postiza que se le había caído al agacharse para atarse las sandalias. La silueta encorvada de un jorobado se movía con miedo agarrándose a un bastón y con la cabeza envuelta en una oscura y tenebrosa capucha. Un grupo de jóvenes hacía bromas sobre el pequeñísimo pene del más alto de la pandilla y se reía a diente partido. Dos marineros de espalda de cangrejo echaban un pulso como si fueran enemigos de toda la vida y apretaban sus mandíbulas cual corsé de impetuosas matronas estafadas. Una gaviota cayó en picado sobre la boca de un estratega que estaba a punto de morder un trozo de atún y le arrebató el aperitivo dejándole sin desayuno. Golfos con gorros frigos, parásitos con mirada tentacular, esclavos violados y humillados, mendigos sin techo, artistas fracasados y los eternos perdedores de siempre buscaban un motivo para reírse del mundo o ahorcarse en las vigas del Templo de la Desesperación, donde sólo se escuchan las carcajadas de los dioses que perdieron la razón.

Me deslicé por una calleja, más estrecha que las demás, soportando el pestilente olor de los que se alimentan con pescado podrido. Las prostitutas más miserables de Grecia tiritaban, incluso desnudas, en sombríos portales donde sólo llegaba una luz sublunar. Había menores, adolescentes, mujeres maduras y ancianas con los labios y ojos pintados con tonos rojos y negros que daban miedo. También abundaban muchachos con taparrabos que bebían, coronados con laureles, en agrietadas copas de barro. Nunca había visto nada parecido en mi vida. Sentía al mismo tiempo curiosidad y horror. Algunas hembras me agarraban de la túnica y me besaban ofreciéndome sexo impuro en los Campos Elíseos, pero la herida que sangraba en mi corazón desde que nací me quemaba como el pico del buitre de Prometeo y deseé, acordándome otra vez de Sileno, no haber nacido.

—¡Apolo! ¡Folla conmigo y verás a Zeus!— me dijo una repugnante vieja de cerca de setenta años que tuvo la osadía

de mirarme de frente como si fuera una ninfa cortejada por el joven Thánatos.

Me quedé bloqueado, como si hubiera caído en un pozo abiótico, y la dejé que me llevara a su antro, donde se desnudó con una rapidez asombrosa y me pidió tres óbolos.

Al observar mi perplejidad, se puso las manos bajo los pechos para elevarlos y me dijo:

—Dos óbolos, pero ya no bajo más.

—Te pago un talento si te vistes y me cuentas tu vida— le dije mientras observaba sus impenetrables ojos verdiazules.

—No me gustan las bromas— contestó—, haz lo que quieras con mi cuerpo, págame dos óbolos y vete.

Puse una medalla y una pulsera de oro en sus manos, regalo de Clítia, y deposité todo el dinero que llevaba sobre la estera donde se abría para hacer el amor.

La besé en la cara, la cubrí con mi túnica y hablé:

—No he venido a hacerte daño. Nací huérfano, mi origen produce pesadillas y lo único que busco es compañía.

—¡Véte, llévate todo tu dinero, eres un demonio, no quiero volverte a ver!— me dijo—, y empezó a sollozar sobre mi pecho.

—¿Cómo te llamas?— pregunté a la anciana—, que se apartó como una ola que retrocede, gime, regresa y se desploma en un suspiro de destrozadas caracolas.

—No quiero hablar— contestó—, deseo que me folles, pagues y te marches.

Volví a acariciarla y se rompió. Entre temblores me abrazó y, luego, se quedó inerte en mis brazos. Así pasó, mucho, mucho tiempo, y, cuando la clepsidra se detuvo, entreabrió

los labios, limpiándose los ojos con las muñecas, y me contó lo siguiente:

Mi nombre es Lais y, cuando era joven, la gente decía que era la mujer más bella de Grecia. Yo también fui huérfana como tú. Nunca conocí a mis padres. A los pocos meses de nacer, me abandonaron junto a un arroyo para dar de comer a unos lobos que acechaban a los lugareños de una aldea de Corinto. Eso lo sé porque me lo contó Pólux, el cazador que mató a las fieras con su arco y me recogió. Viví una infancia muy feliz en armonía con la naturaleza. Mi salvador me llevaba en un cuévano todos los días y me enseñaba los secretos de las artes de Artemisa. Como nuestros recursos eran escasos, desde niña me dediqué a recoger flores y a venderlas en el templo de Hera. Todas las tardes llegaba a casa con uno o dos óbolos que dejaba en un pequeño cofre que todavía guardo conmigo. Yo no sabía que era guapa, ni tampoco lo que era el amor o el deseo. Sólo quería respirar el aire puro y ver sonreír a mi padre adoptivo. Un día, cuando acababa de vender mi último racimo de rosas, un hombre me miró como si fuera una mujer a pesar de que sólo tenía trece años y me ofreció, lo que a mí me parecía una fortuna, si posaba para él para hacer una estatua de Afrodita. Acepté, a pesar de que al principio sentía vergüenza, y todas las mañanas hacía de modelo en un jardín cercano al templo. Después supe que estaba posando para Apeles, uno de los mejores escultores de Grecia. Cuando murió el bueno de Pólux, gasté todo el dinero que tenía ahorrado en unas honras fúnebres. Lloré frente a las llamas y pedí a los dioses que hicieran a mi padre un juicio justo y lo acogieran en los Campos Elíseos o mejor que lo convirtieran en una brillante estrella al lado de Artemisa Cazadora.

La muerte de Pólux llegó a oídos de Apeles, quien alardeaba entre sus amigos y admiradores de haber descubierto un alma gemela de Afrodita. Había cumplido ya quince años y era consciente de mi belleza. El escultor apareció un día en mi humilde casa de Corinto y me convenció de que fuera con él a Atenas donde me convertiría—aseguraba— en la mujer más deseada y

rica de la ciudad. Como estaba sola y pensé que no tenía nada que perder, partí con él, aunque amaba profundamente mi tierra.

Al principio no me daba cuenta de lo que estaba haciendo Apeles conmigo. Lo único que veía es que cada vez se rodeaba de más lujos y se codeaba con los reyes de toda Grecia. Es cierto que me introdujo en los círculos de los privilegiados y que pronto me aficioné a los placeres ;Qué se puede hacer cuando la llamada de la sangre es más fuerte que la del espíritu! Primero se encaprichó conmigo Demóstenes y, dejándome llevar por la curiosidad, caí en sus brazos. Luego me convertí en amante de Alcibíades y de Aristipo, discípulo de Sócrates. Y, poco a poco, empecé a coger adicción al poder, el lujo y la fama. En mi casa se amontonaban los regalos y las piedras preciosas y la gente se olvidó de mi nombre y empezó a llamarme Afrodita.

Se volvió a enjugar las lágrimas y me preguntó:

—¿Quieres ver la escultura que me hizo Apeles?

Como vio que no contestaba, continuó:

A pesar de que vivía como una reina echaba en falta mi tierra y un día, aunque los atenienses quisieron impedirme que abandonara la ciudad, partí con un séquito de esclavos hacia Corinto. Como es natural, lo primero que hice fue llevar unas flores como ofrenda a Afrodita. Aquel día el templo estaba lleno de cortesanas que rogaban a la diosa que no estallara la guerra que planeaba sobre la ciudad. Cuando entré en el templo, todas las prostitutas me abrieron paso y se inclinaron ante mi belleza. Tal vez en un arrebató de vanidad me despojé de mi túnica quedándome totalmente desnuda y se escucharon varias exclamaciones. Luego deposité mi única prenda y una corona de rosas a los pies de Afrodita. Entonces, cuando me di la vuelta, la multitud de mujeres me llevó a hombros gritando: ;viva la hermana gemela de la diosa!

Mi fama se extendió hasta Egipto y Asia Menor y pronto me encontré con que miles de hombres, ricos y pobres, venían de todo el mundo a verme o a hacerme ofrendas. Un día, siguiendo los pasos de mi maestra Aspasia, me casé con un viudo que era tan rico como viejo, y heredé, siendo todavía muy joven, una de las mayores fortunas de Grecia. En mi palacio cada noche se celebraba una fiesta a la que invitaba a los filósofos, artistas y nobles más brillantes de mi época. Animada por varios discípulos de Sócrates fundé el famoso "Jardín de la Elocuencia y del Arte del Amor", lo que elevó aún más mi fama y vanidad. En las paredes de muchas ciudades aparecieron pintadas, a veces firmadas por conocidos poetas, que decían: "Atenas no es nada sin el Partenón y Corinto, menos sin el Jardín de Lais". Aunque no te lo creas, cuando todavía no se había marchitado la flor de mi belleza, Platón venía hasta mis jardines para enseñarme su filosofía y hablarme de Sócrates y Pitágoras. El tiempo fue pasando y aparecieron hetairas jóvenes y hermosas, quedando mis recuerdos en el olvido del Leteo. Un día me vino a visitar la soledad vestida de otoño, sin intención de volverse a marchar. Recuerdo que paseaba descalza por mis jardines cuando el viento levantó la hojarasca y me golpeó en la cara mientras mi cabello se agitaba como un cometa helado de jirones encanecidos. Me teñía el pelo para parecer más juvenil y me vestía con las túnicas más alegres y vistosas intentando engañarme a mi misma y crearme que seguía siendo la misma criatura que enamoró a Apeles. Volví a hacer espléndidas fiestas pero la clepsidra marcaba implacable las Horas y a mis jardines ya sólo acudían gorriones, vividores, falsos poetas, adonis de pacotilla y aduladores. Me ofrecían sin cesar copas de vino para llevarme borracha a la cama y yo, como pensaba que muchos de ellos pasaban necesidades, les daba siempre algunas monedas. Con el paso de los años perdí mi fortuna y una noche sin luna y sin estrellas, abandoné Corinto y me refugié en una posada cercana a Eleusis, donde me inicié en los misterios. Quise levantarme pero no pude, es muy difícil interrumpir la labor de las parcas o cambiar el destino cuando se ha caído tan bajo. Un día, cuando

se me acabó la última moneda que llevaba, quise suicidarme pero no sé si por miedo o cobardía no me atreví a hundirme en el pecho el puñal con el que apuntaba hacia mi corazón. Deambulé varios días sin saber adónde ir y por fin decidí ejercer la prostitución en El Pireo. Desde que desaparecí de Corinto, para no pasear por las calles mi vergüenza, han pasado dos Olimpiadas. En aquel entonces tenía 54 años. Ya no tengo más que contarte, tanto mi vida como la de mi amiga Friné¹¹³, ha sido cantada por poetas y ensalzada por los sabios, así que acude a las bibliotecas y sabrás más de nosotras, pero por favor no divulgues a nadie mi historia, porque si lo haces, me arrojaré viva a las llamas.

Se quedó mirándome fijamente, y no sé si fue por intervención de Afrodita o mi tendencia a las alucinaciones, que pude contemplar por un instante su cuerpo cuando era joven, hermosa e inmortal.

—Lais, vas a venir conmigo— le dije envolviéndola con mi túnica.

—¿Intentas venderme como esclava? ¿Vas a contar a todo el mundo mi historia para que me convierta en el hazmerreír de Atenas? Si se te ocurre herir a la joven Lais, te mato con mis propias manos aunque sea lo último que haga en mi vida.

Saqué un pañuelo de seda, lo abrí y la mostré un cabello de Afrodita.

—¡Es mío! ¡Dámelo!— gritó.

Se lo entregué, sonrió de forma que pareció rejuvenecer veinte años y dijo:

—Ya no te tengo miedo. Llévame adónde quieras.

113 Otra de las hetairas famosa de la época.

Metió en una bolsa el pequeño cofre del que me habló y cuatro cosas que me parecieron inútiles, y me dio el brazo con una altivez que me conmovió. Dejamos atrás los barrios fríos y los dos nos pusimos a andar, al unísono, como si conociéramos de memoria o por instinto nuestro camino, hacia el Odiseus. Antínoo estaba echando la siesta y había cerrado temporalmente la taberna. Arión relinchó con fuerza y me echó una mirada de reprobación, ¿Qué estaría pensando ese animal que se cree que se ha reencarnado en un ser humano?

Entrelacé los dedos de mis manos, cual estribo, y dije a Lais que se subiera al caballo, lo que hizo con una agilidad sorprendente. Después monté yo e indiqué a mi acompañante: Agárrate con fuerza a mi cintura, esta bestia galopa como un rayo.

Arión me echó una iracunda mirada y noté en su expresión que mentalmente me preguntaba: ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué has llegado hasta tal estado de degeneración que encuentras placer en viejas borrachas? ¿Por qué me quieres hacer partícipe de tus perversas andanzas? Cuando estemos a solas, te voy a golpear con los cascos en la cabeza.

Me enfadé con él, le di un fuerte correazo y con voz de trueno, ordené: ¡A la casa azul!

Sé que fue un error porque cabalgó por los sitios más difíciles que pudo y pasó como una cuchilla por un horrible despeñadero. Lais, al contrario de lo que pensaba, parecía que disfrutaba y me agarraba la cintura, apoyando su cabeza en mi espalda, como si fuera una adolescente.

Cuando llegamos a la casa azul, Arión jadeaba con una extraña satisfacción. Tras atarle en una argolla cercana a la entrada, invité a Lais a que entrara en la sala principal. Luego la enseñé el cuarto de baño y el dormitorio.

—Aquí Afrodita y yo nos amamos— la dije.

Ella sonrió y se apoyó en el alféizar de la ventana para contemplar Atenas.

—Haz lo que quieras. Estás es tu casa. Mañana vendré a verte.

—Lo primero que voy a hacer es darme un baño— contestó.

La di un beso en la frente y fui corriendo hasta la casa de Filemón. Mi criado me dio un abrazo que me pareció demasiado largo y cálido pues acabábamos de vernos hace unas horas y, como de costumbre, me ofreció una copa de vino y unas aceitunas.

—¡Filemón! Tienes trabajo— le dije—. Encuentra a los mejores albañiles de Atenas, si están entre tus colegas y son de confianza, mejor, y construye un apartamento de lujo en el terreno que hay cerca de tu casa. Es para una antigua princesa de Corinto. Quiero que la sirvas como si fuera la mujer del propio Rey Midas. Cuanto mejor cumplas tu misión, más dinero ganarás. Encárgate de buscarla criados cultos y de buenos modales.

—A sus pies señor, a sus pies. Sus palabras son órdenes— dijo al mismo tiempo que extendía la mano.

—Te pagaré a medida que avance la obra. Quiero cerciorarme de que me has entendido al pie de la letra. ¡Basta ya! ¡Ahora tengo que marcharme!

Desaté a Arión, que ahora parecía más pensativo que enojado, y me dirigí a trote lento, observando las hojas otoñales y escuchando el trinar de los pájaros, hacia la mansión de Clítia con ganas de volverla a levantar el velo que cubría sus labios.

Llegué a su casa bastante tarde y, la verdad, con muy pocas ganas de hablar, y menos de mantener una conversación con alguien que pensara. Me temía encontrarme a Platón ex-

plicando sus doctrinas con una intensa e inagotable energía, al igual que los filósofos que alcanzan una sabiduría desbordante y creen urgente comunicarla antes de que Átropos¹¹⁴ agite sus inquietantes tijeras de oro. Yo amaba a Platón, pero también necesitaba apartarme de él porque, aunque le reconocía muy superior a mí, a veces me agobiaba con sus implacables y místicos razonamientos.

Abrí la puerta y me encontré con el patio vacío. Respiré profundamente y me dirigí al dormitorio para encontrarme con Clítia. Cuando comencé a subir las escaleras, me di cuenta de que una sala estaba iluminada con antorchas, cual cenáculo de los amigos de Prometeo. Oí que una voz muy débil hacía preguntas y otra muy poderosa le respondía como agitando el tridente de Poseidón, sin duda era el discípulo de Sócrates, que decía:

Los que buscan la felicidad individual han escogido, consciente o inconscientemente, el camino de la corrupción. El egoísmo empieza por el amor desmedido hacia uno mismo o hacia la pareja que consideramos el espejo de lo que somos o la parte que nos falta para admirarnos como seres perfectos. El que quiere demasiado a una persona está ciego, es capaz de robar, mentir o matar por ella. Eso es funesto para ella y para quienes la rodean. Y si, además, ese ser "angelical" logra ocupar un cargo o incluso regir los destinos de una nación, tendremos en el trono a un tirano que matará hasta al último de los disidentes que cuestione su paraíso terrenal. Por eso el único Amor, digno de respeto y veneración, es aquel que abarca a toda la humanidad.

Hizo una pausa y preguntó:

—Y tú, Clítia, ¿Qué piensas de lo que acabo de decir?

114 Las Moiras (Parcas) eran tres: La joven Cloto, que lleva el ovillo del destino; la segunda en edad, Láquesis, que enrolla el hilo en un carrete y la anciana, Átropos, encargada de cortar con sus tijeras de oro el hilo de la vida.

—A mí me resulta más fácil amar a una persona, como mucho a diez— respondió—. Mi corazón no es tan grande como el tuyo. Sin embargo, tus palabras me han hecho reflexionar porque sé que encierran una gran verdad o por lo menos un elevado y noble ideal.

—¿Y Fritz? ¿Qué piensa del amor universal?— inquirió Plátón—, tal vez intuyendo que estaba escuchando la conversación.

—Lo único que sé es que él está enamorado del amor— respondió Clítia y, poniendo fin a la velada, ofreció a todos los congregados una copa de vino.

Luego apareció un grupo de músicos y la charla se hizo más ligera y amena. Clítia quiso entretener a los presentes con un poco de literatura egipcia y les narró el cuento de *Las Veinte Remeras*¹¹⁵, que trata de un endiosado faraón que no sabía qué hacer para matar el tiempo. La historia dice así:

Un día el Rey Snefru¹¹⁶ bostezaba profundamente como si le hubiera picado la mosca Tse Tsé y se veía torpe, plomizo e incapaz de hacer un esfuerzo para salir de su atolondrado letargo. El mundo se rendía a sus pies, pero carecía de imaginación para ilusionarse y disfrutar con naturalidad de las cosas divertidas de la vida. O tal vez, había abusado de todo en exceso y lo único que le levantaba el ánimo eran experiencias nuevas. Después de pasar largas horas mirando al techo en busca de una idea brillante para salir del pantano del aburrimiento, mandó llamar al Gran Mago de la corte Djadjaemankh, famoso por sus ocurrencias, gracia, ingenio y picardía.

—*Djadjaemankh, sácame de este estado de hastío que no lo soporto más— le dijo Snefru.*

115 Anónimo egipcio perteneciente a los Cuentos del Papiro Westcar. Se cree que en ese papiro había nueve historias pero sólo se conservan tres: El Cuento de las Remeras; El Cuento del Marido Engañado y el Cuento del Prodigio de Djaser.

116 Snefru, fundador de la IV Dinastía y padre de Kheops (2551—2528 a.d.C)

El mago se frotó las manos y vio una oportunidad para trepar y acercarse más al Hijo del Sol.

—¡Oh, Rey de Reyes!— sugirió el adivino—, prepara una barca con las muchachas más hermosas de palacio y házlas remar, ya verás como tu corazón se regocija.

Nada más escuchar esa propuesta, el faraón ordenó a los eunucos que le trajeran 'veinte remeras, bellas de cuerpo, pecho firme, cabello trenzado y de vientre que nunca haya sido abierto por el alumbramiento'.¹¹⁷ Pidió que se desnudaran y que se cubrieran sólo con unas ajustadas mallas de red.

El Rey se subió con ellas a la embarcación de exquisitas formas lunares y las veinte jovencitas, diez a cada lado, se pusieron a remar en el magnífico lago de palacio. Snefru se excitaba con los movimientos de las ninfas y, clavando los ojos en sus seductoras y voluptuosas siluetas que se reflejaban en el agua, cual si fueran diosas, se relajó, se olvidó de todos sus problemas y preocupaciones y, como dijo su consejero, su corazón se regocijó bombeando sangre fresca hasta su cerebro y genitales y devolviéndole las ganas de vivir.

Con la boca abierta Snefru observaba como las doncellas movían al unísono sus torsos hacia delante y atrás, e imaginó todo tipo de escenas impuras. Vestido sólo con su faldellín blanco, el faraón seguía con la mirada los contorneados hombros de las muchachas y sus sincronizados movimientos, mezclados entre suspiros, cuando clavaban en el agua los hermosos remos de ébano chapados en oro. En las riberas del plácido estanque crecían frondosos papiros y de vez en cuando sobrevolaban su embarcación maravillosos Ibis del paraíso. De repente, Snefru se quedó absorto contemplando a la más bella del grupo de remeras y deseó immortalizarse en aquel instante. Vivir diez mil años acunándose en aquella canoa que tenía todo lo que un dios puede desear. Cuando estaba a punto de sentir un orgas-

117 Traducción literal del texto.

mo viendo a la capitana de las remeras, ésta se puso pálida de repente y dejó de remar. Al instante todas sus compañeras la imitaron y la real nave se quedó inmóvil en medio del lago.

—¿Por qué no remáis?— preguntó el faraón contrariado.

—Majestad— respondió la capitana—, se me ha caído al agua mi colgante de turquesa. Tiene forma de pez y es mi tesoro máspreciado. Si no lo recupero, no vuelvo a remar.

—¡Por favor! ¡Por favor, rema!— le rogó el faraón—, te regalaré uno mil veces más valioso que ese.

—Imposible— contestó la muchacha y se quedó con los brazos cruzados.

Para salir de aquella enojosa situación, diez remeras se lanzaron al agua y estuvieron buscando el colgante sin hallar rastro de él.

Entonces el faraón, que ya estaba a punto de perder la paciencia, ordenó que viniera inmediatamente Djadjaemankh y le rogó que recuperase el adorno.

El Gran Mago alzó los brazos, pronunció unas palabras sagradas y las aguas se abrieron dejando a la vista de todos el brillante colgante de turquesa. El consejero del faraón anduvo por aquel camino que había abierto, cogió la joya y se la devolvió a la joven.

Luego las aguas volvieron a su sitio por orden de aquel mágico personaje y las remeras volvieron a bogar felizmente sobre la cálida superficie del lago encendiendo de alegría y deseo el corazón del faraón.

Cuando Clítia concluyó su narración, Platón empezó a aplaudir y dijo:

—Sólo una persona como tú es capaz de describir con tanta elegancia y morbo la idea de la búsqueda de la felici-

dad individual, entreteniendo al público que nos acompaña, incluyendo a Fritz, que está escuchando detrás de la puerta, con un cuento divertido y erótico. Una historia escrita para agrandar al pueblo, alejarle de los auténticos problemas e incluso hacerlo disfrutar, mediante la ilusoria identificación con el faraón, de la compañía de esas bellas remeras. Esa literatura que tanto florece en el oriente es un peligro para el despertar de la conciencia pues, disfrazada de refinadas y sicalípticas metáforas, conduce al ser humano por el camino fácil de la decadencia y la corrupción, los dos cerberos que siempre acompañan a los tiranos. La belleza y la sabiduría son muy difíciles de alcanzar. Como dice Lao Tsé: *las palabras que dicen la verdad no son hermosas; las palabras hermosas no dicen la verdad.*

Clítia sonrió conociendo de antemano cómo iba a ser la reacción de Platón y el Maestro se levantó con una enigmática mirada, abrió la puerta lentamente y me puso una mano sobre el hombro.

—Tienes una gran mujer, no la pierdas— me dijo.

Después se cubrió con la túnica, se colocó la capucha en la cabeza y mató con las dos manos un mosquito que estuvo a punto de picar a Clítia.

Mi amante y yo acompañamos a Platón y a sus discípulos hasta la puerta de la calle. El filósofo silbó unos segundos y luego exclamó: ¡Ay, los egipcios, tan superficiales y profundos como los griegos!

Clítia me regaló una sonrisa y sentenció:

—Platón es la única persona que conozco que averigua los pensamientos, incluso los que queremos ocultar, con sólo mirar a los ojos.

VIII

Hoy han encontrado el cadáver de una doncella, con toda seguridad pirata del Delta de El Nilo, enredada entre las lianas de una pradera submarina de posidonias¹¹⁸ que se extiende en abanico a unos cien estadios de las costas de El Pireo. Vi como El Jeroglífico, que la atrapó con sus redes pensando que era un enorme pez espada, la llevaba doblada sobre sus hombros con una inefable expresión de tristeza. ¿Quién era esa ninfa? me pregunté en el Odiseus mientras Antínoo me traía tembloroso un porrón de oinujo.

Otra vez la Esfinge, la duda, la muerte, el silencio. ¿Quién fue el último muchacho que besó sus labios? ¿Cómo era su rostro cuando sonreía? ¿Por qué cruzó sus fronteras esteparias y empezó a abordar mercantes cargados de oro gris, lapislázuli, ébano y marfil? ¿Tuvo tiempo de contemplar el fondo marino antes de que sus venas explotaran entre corales y peces de colores? ¿Se derrumbaron ante ella los dioses y los hombres? ¿Decidió rebelarse contra la falsa estatua de la libertad y el alegre toro de bronce de los mercaderes que esculpieron los pueblos que lanzan sus pájaros de fuego en los bosques del napalm? ¿Para no vivir con la cabeza inclinada ante colosos de hormigón? ¿Cómo se llamaba? ¿Qué hacía? ¿Cuáles eran sus sueños? ¿Era una divinidad? ¿Un ángel caído? ¿Una campesina con las marcas del látigo en la piel?

118 Planta herbácea marina

¿Quién lamenta su muerte? ¿Quién se alegra de ella? ¿Era peligrosa? ¿Cruel? ¿Mala? ¿Buena? ¿Dónde lloró por última vez? ¿Quién bebió sus lágrimas? ¿Qué sombra de cuchillos la atravesó el alma y la mirada lanzándola contra los horrendos colmillos de las recortadas fauces del huracán?

Las preguntas se amontonan en mi mente como abrasadoras estrellas fugaces que rasgan con su ígnea cabellera las pupilas de todos los seres que se fueron o vendrán. En cada hombre está grabado a golpe de titán el estigma de un origen que nos arrebató la razón. Sabio es aquel que repliega la mirada hasta partirse el corazón.

Clítia ha cogido tanto cariño a Lais que la trata como si fuera su propia madre. La ha regalado un espléndido juego de elegantes túnicas y sandalias y ella misma se encarga de arreglarla y teñirla amorosamente el cabello. Me dice que ha rejuvenecido más de veinte años y que un encantador brillo, casi adolescente, se ha instalado en su mirada. La felicidad, lo mismo que la tristeza, se contagian. Un curioso filósofo de Lesbos, llamado Creófilo, ha desarrollado la teoría de la "alegría y sabiduría geográfica" que en síntesis dice que, si alguien sabio y feliz vive en nuestro entorno, nos transmite su visión de las cosas en festiva cascada y nos eleva el alma y el corazón, así la fruta fresca emana su fragancia y teje su cielo de ambrosía en nuestro paladar. Dice que el beneficio que sentimos va en proporción creciente a la proximidad de ese ser superior. Si por suerte le tenemos de vecino en nuestra propia casa, sentimos como brotan en nuestro interior las semillas de la luz y el conocimiento, independientemente de que seamos o no conscientes de ello. Creófilo está convencido de que sus efluvios también nos llegan, en mayor o menor grado, si habita dentro de las murallas de la polis. Lo mismo ocurre al revés, es decir, cuando un burro levanta su campamento en nuestro barrio. Según el maestro, su presencia puede amargarnos, aunque no nos demos cuenta, la vida. Por eso es necesario escoger muy bien nuestras com-

pañías, pues no es lo mismo danzar con Dionisio que con la Gorgona. No es lo mismo abrir la ventana de nuestra casa y aspirar el aroma de un jardín de naranjos y limoneros, que cerrar la puerta con siete llaves para no escuchar el vozarrón de los jueces del bien y del mal. De los políticos, sacerdotes, prestamistas, intérpretes e iluminados que juntos, unidos por un siniestro cordón umbilical, llenan de altavoces la ciudad, impidiéndonos escuchar la música de los corazones abiertos y de los primeros cuerpos celestiales.

La soledad pesa tanto como la esfera terráquea de Atlas y es tan ciega que reptas con brazos de guadañas sobre praderas infantiles. Me horrorizan los ojos de los ancianos que huyen hacia el interior de sus cuencas, como caracoles ante el roce, cuando retumban en su mente las pisadas de la muerte, así la paloma con alas recortadas retrocede ante la presencia del cazador hasta perder el equilibrio y caer en el abismo. ¿Qué pasa con el ser humano cuando ya no quedan palabras y la sonrisa es sólo una mueca de desprecio, asco y vértigo sin circo? ¿Adónde van la poesía y la música cuando se ha golpeado un millón de veces sobre la estéril roca que en nuestros sueños ocultaba un vientre de agua dulce y cristalina? Ninguna filosofía ni ninguna doctrina merecen la pena ser escuchadas si no nos devuelven las alas que nos arrancaron y atraviesa como una flecha de corales el ombligo del dios que tantas veces estuvo a punto de nacer en nuestro interior. ¿Cuántos milenios hacen falta para que los sabios dejen de ensimismarse, abandonen las cavernas y tomen la espada de la luz? ¿Cuántas clepsidras deben convertirse en campanas para que se callen de una vez los laureados canallas del eterno tambor de los aplausos que marca el ritmo del tiempo que nos robaron? Prefiero la lluvia a las palabras, sobretudo cuando va acompañada de truenos y relámpagos y sólo se oyen las pisadas de los elefantes y los delfines se dejan arrastrar por cataratas de guedejas plateadas que encienden, en cabriolas, las estrellas apagadas.

Hay poetas que cavilan horas, siglos, sobre la roca del fin del mundo y cuentan como caen, como suspiros otoñales, los pétalos de un amor marchito, o cantan, como Homero, a los dioses y a los héroes que dejaron su indeleble huella en la frontera. Yo escribo desde la herida. Desde la herida que rasgó el vientre de la loba que abandonó a sus cachorros en el páramo de la nada. Desde la herida del adolescente que se cortó una mano para dar de comer a un tigre hambriento. Desde la herida del hombre que peleó por un sueño imposible y tuvo las honras fúnebres del loco. Desde la herida del anciano que vio como su rostro deformado por la tempestad del insomnio sangró aterradoras carcajadas. Desde la herida del último instante cuando las parcas de ojos azulados prenden fuego a nuestra pira y arrojan nuestro cabello encanecido a las llamas prometeicas. Desde la herida que dejó en nuestros labios el primer beso enamorado que voló como una mariposa de papel a la boca del volcán. Desde la herida del hacha que blandió la resplandeciente luna en la frente del toro. Desde la herida de la palabra sin eco, del sueño sin noche, del barco sin velas, del cielo sin estrellas, del principio sin fin, del nacimiento y la muerte que ejecuta su danza macabra en los pechos de la aurora. Desde la herida del violento perfume que rocía nuestra alma. Creófilo dice, y yo no sé si es verdad, que aunque mueran nuestros sueños, nuestro instinto sigue persiguiendo los ideales que nos marcamos en la infancia. ¿Seremos tan estúpidos que continuamos esperando a un salvador? ¿Seremos tan necios que dejamos las cosas importantes en las manos del enemigo y decimos a nuestros amigos que vivimos en el mejor de los mundos posibles? ¿Seremos tan cobardes que sólo se nos ocurre echar la culpa al otro de los golpes que destruyen nuestro vuelo y alimentan a las termitas que llevan el timón? ¿Seremos tan pequeños que sólo palpamos nuestra grandeza cuando vomitan los titanes y las estrellas se desploman como sueños de metal?



—Un porroncito de oinujo y unas aceitunas. Pónmelas variadas, verdes, negras y moteadas. Grandes y pequeñas. Con hueso y sin hueso— le dije a Antínoo—, que se moría de ganas de hablar conmigo y contarme la historia de la ninfa del jardín de posidonias.

Tras servirme con una rapidez asombrosa, se sentó a mi lado y, observándome fijamente a los ojos, que habían tomado el color del aguardiente, me contó:

La joven se llamaba Anhura y tenía dieciséis años. Sobre ella pesaba una orden de búsqueda y captura decretada por el mismo faraón Neferites II quien, según diferentes versiones, la quería de amante por su extraordinaria belleza, o para enterrarla en cal viva porque había escupido sobre el Serapeum y había liberado a un grupo de esclavos de El Delta de El Nilo, cerca de Mendes, la actual capital de Egipto. Todo empezó cuando Apap, el muchacho del que estaba enamorada desde la niñez, fue reclutado a la fuerza, junto a un grupo de parias, para cavar la tumba del rey Acoris¹¹⁹. Cuando se puso la última piedra a la morada eterna de Jenemmaatra¹²⁰, se siguió la ancestral costumbre del sacrificio ritual y se dio muerte, a cuchilladas, a todos los obreros que habían participado en la construcción de aquella subllunar pirámide subterránea. Dicen que Apap antes de expirar echó unas bocanadas de sangre sobre su lecho de arena y que allí quedó escrito, cual herido jeroglífico de Thot, el nombre de Anhura, aunque pienso que eso no es más que un rumor que hicieron correr los esclavos en un intento de divinizar a la pareja.

Cuando Anhura se enteró de la muerte de su amante, lo primero que hizo fue degollar a varios mercenarios¹²¹ que dormían la borrachera tras pasar la noche de juerga en una desenfrena-

119 Acoris (391—378 a.d.C) fue el faraón más poderoso de la dinastía XXIX. Una esfinge suya de granito negro se encuentra en el Museo de Louvre.

120 Otro de los nombres de Acoris.

121 Durante la XXIX dinastía se generalizó la contratación de mercenarios.

da bacanal organizada para celebrar la soldada extra que recibieron tras la llegada al trono del faraón Neferites II.

Después de matar a los mercenarios, un grupo de amigos de Apap se arrodilló ante ella y juró seguirla hasta el fin de mundo. La banda se apoderó de los caballos de los que ya eran sólo fantasmas y se entregó al pillaje. Luego liberó a unos esclavos fenicios que arrastraban sobre rodillos en Wadi Natrum¹²² una colosal cabeza de piedra que reproducía el rostro del bebé Nafaarudye¹²³.

En pocas semanas, Anhura se convirtió en una especie de diosa de los desposeídos y, tras asaltar con su abigarrada corte unos astilleros cercanos a Faro, se hizo con una temible flotilla que pronto se convirtió en la pesadilla de los mercantes que trafican con productos lujosos como esclavos negros y esmeraldas o plantas aromáticas como incienso, mirra, canela, a lo largo de toda la cuenca del Mediterráneo.

Entre sus hordas salvajes había trogloditas de la costa occidental del Mar Rojo, tribus ictiófagas y anacoretas que habían escapado de una explotación animal y al látigo de los esbirros de un faraón fascinado por el poder absoluto de las dinastías persas.¹²⁴

Todo el mundo temía a la embarcación insignia de la armada pirata. En su mascarón de proa, en forma de calavera roja, se producían espejismos y alucinaciones que enloquecían a los marinos. Cuentan que Anhura brillaba de noche, como si tuviera una piel estrellada, y que cuando su nave zarpaba en la oscuridad sólo se veía su resplandeciente silueta cabalgando sobre las olas. Algunos poetas llegaron a decir que era una reencarna-

122 Wadi: lecho seco de un río. Natrum: sal. La población Wadi Natrum se encuentra en El Delta de El Nilo.

123 Otro de los nombres del faraón Neferites II, con quien concluye la dinastía XXIX.

124 La Dinastía XXVII, también conocida como la Primera Dominación Persa, transcurre entre el 523 y el 404 a.d.C.

ción de Isis que buscaba el cuerpo despedazado de Apap—Osiris para recomponerlo y dar a luz al pequeño Horus. Se cuenta también que no tenía piedad con los barcos del faraón a los que prendía fuego después de arrebatárles el botín que muchas veces repartía entre los esclavos que liberaba. Cuando su estatura llegó a ser épica y los ricos se sintieron amenazados, Nerefites II firmó un tratado con Chipre y Atenas, y una poderosa marina de guerra sitió a la flotilla de Anhura en medio del ponto. Se dice que los buques aliados, tras ser alertados por un espía de la localización exacta de los piratas, navegaron una noche con las lámparas apagadas y que, sólo cuando vieron el iluminado cuerpo de Anhura, encendieron miles de antorchas, y al tronar de una ola gigante de tambores y trompetas, embistieron contra las embarcaciones de los rebeldes provocando una larga y sangrienta batalla naval. Cuando salió el Sol, se extendían tabloneros y cuerpos a lo largo de decenas de estadios. La alianza había vencido pero había pagado muy cara su victoria. Entre las naves piratas sólo seguía a flote la embarcación de Anhura. Ésta, al frente de un grupo de hombres agotados, luchó, cual una Atenea oriental, hasta que un mercenario gruñó como un oso y la lanzó varios zarpazos al cuello. ¡Ay, que torpes son los gigantes! Anhura esquivó todos sus golpes, se agachó, dio un salto y le voló la nuez con su puñal de incrustaciones de diamantes. Luego, al ver que se acercaban más mercenarios, tuvo tiempo de subirse al mástil de la embarcación y, desde una altura increíble, se lanzó al vacío provocando la admiración de todos sus enemigos. Nadie sabe quien lo hizo, pero tres flechas atravesaron su cuerpo adolescente antes de caer al mar. Dicen que debajo del agua se movía una silueta de sirena echando hilos, cada vez más gruesos, de sangre. Los marinos de la alianza estuvieron buscándola largo tiempo infructuosamente hasta que se produjo una tormenta —algunos aseveran que Poseidón estaba furioso por la muerte de Anhura— y regresaron a puerto. Lo demás ya lo sabes, pero el misterio continúa. Nadie se explica cómo pudo nadar debajo del agua, mortalmente herida,

avanzando miles de brazas. Sin duda estaba buscando, para morir, el jardín de posidonias.



Ayer hubo luna llena. Clítia se quitó en la ventana una diadema rematada en la frente por dos serpientes y su cabellera se desparramó por los hombros recibiendo una luz plateada, nívea, traslúcida. Ahora con el frío casi nunca lleva sandalias. Ha empezado a ponerse unos coturnos¹²⁵ forrados de piel, aunque a veces la he visto en el patio, cuando se forman charcos por la lluvia, andar con unas rústicas carbatinas¹²⁶ que la dan un encantador aire de campesina.

Lleva varios días interesándose por las religiones orientales —tal vez porque todas las mujeres son creyentes, aunque se confiesen ateas— especialmente por el budismo que, según me dice, es una doctrina que proclama el amor universal y rechaza toda forma de dominación y esclavitud. Yo la he dicho que hable con cuidado de esas cosas tan raras que suceden en India porque la pueden tomar por loca, revolucionaria o, lo que es peor, como una ignorante que no ha entendido nada del misticismo pitagórico y que no merece vivir en Atenas.

—Dicen que el rey Chatatalipundra¹²⁷ ha proclamado en sus vastos dominios el budismo como única religión oficial y ha abolido el sistema de castas— reflexionó Clítia— y, haciendo un gesto de gravedad, me contó:

125 Calzado que cubría hasta la pantorrilla y se ajustaba por medio de correas y cordones. Había también coturnos con una gran plataforma de corcho que utilizaban los actores para parecer más altos en el escenario.

126 Parecidas a las albarcas (abarcas) de los pueblos montañoses.

127 El autor utiliza el nombre de Chatatalipundra para hacer una analogía con un episodio ocurrido en vida del emperador Asoka (siglo III a.d.C), el soberano más poderoso de la Dinastía de los Mauryas

Chatatalipundra había extendido su imperio en los confines de India y avanzaba imparable, montado en su elefante Indra, a la conquista del reino de Kalinga. Al llegar a una inmensa planicie, le salió al encuentro un ejército de cien mil hombres dispuestos a morir por defender lo que era suyo. Pronto el emperador apareció sobre una colina y el proboscídeo se alzó furiosamente sobre sus patas traseras dejando claro quien era el rey de reyes. Chatatalipundra hizo una señal con su espada de oro y sus imponentes huestes avanzaron como fieras salvajes hacia el enemigo. Tras una batalla de tres días, las tropas de Kalinga fueron aniquiladas junto a su rey Taxquila, y un océano de sangre y cuerpos mutilados se extendió hasta el infinito dejando un espantoso hedor en aquel valle de gemidos y miembros seccionados que llegaba hasta un horizonte crepuscular que parecía una inmensa herida abierta con guadañas en el menstruante vientre de la Tierra. Al principio, el emperador se sintió exultante y omnipotente como un dios y daba la impresión de que levitaba, montado sobre Indra, sobre algodónadas nubes rosas, y que se elevaba más alto cuanto más estruendosos eran los clamores de sus hombres, que no dejaban de golpear rítmicamente con sus espadas los escudos, y rematar con frías estocadas a los que aún permanecían vivos.

Cuando Indra descendió con sus invisibles alas, se arrodilló con suavidad sobre la hierba para que bajara el soberano y éste decidió saborear de cerca su victoria. Se puso a andar entre los muertos para hacerse una idea de cuántos habían caído y una carcajada sonó en su interior diciendo: Eres un dios, cual reencarnación de Shiva. El Cielo te está diciendo que, si quieres, puedes conquistar el mundo. Observó cual águila la descomunal carnicería y notó como el olor de la sangre le llegaba hasta las heces. Levantó la mano y sus soldados permanecieron en silencio, inmóviles, cual guerreros de terracota. Vio que un buitre picoteaba en los coágulos de sangre que se habían formado en una cabeza adolescente y de un golpe apartó al ave carroñera y, por un instinto inexplicable, quiso contemplar el rostro

de aquel desgraciado. Le puso la mano en la nuca y lo volvió contra sí. Aún tenía abiertos sus ojos azules aquel muchacho de apenas catorce años que era la viva expresión del miedo y del horror. Chatatalipundra sintió un pinchazo en el corazón y el zumbido de millones de moscas dándose el festín le penetró en lo más hondo, en las entrañas del segundo corazón donde se encuentra enterrada el alma. Avanzó, quitó el casco a otra víctima, y vio que era un anciano venerable que se parecía mucho al maestro que le puso como tutor su padre en la infancia. Siguió recorriendo los campos de la muerte y se detuvo a mirar, cien, mil rostros, hasta que un sentimiento que jamás se había alojado en su interior creció con una fuerza irreprimible, así el inmenso cetáceo que se ahoga bajo el agua remonta el fondo marino y salta sobre la tempestad, y cayó de bruces sobre el suelo. Chatatalipundra, el Niño—Shiva que nunca había llorado en su vida, derramó tantas lágrimas que hasta las corrientes del Ganges aumentaron de caudal en un momento prodigioso que nadie supo explicar. Había sentido compasión y remordimiento, algo impensable en cualquier rey de nuestro mundo. Dicen que ahora Chatatalipundra ha cogido tal repugnancia a la sangre que se ha vuelto vegetariano. Su filosofía se resume en las siguientes sentencias: si respetamos a los animales, aprenderemos a amarlos y, si los amamos, ver su sangre nos producirá horror. Cuando hayamos conseguido llegar a ese estado, nos será más fácil respetar y amar a los hombres, habremos dado un paso de gigantes hacia un mundo de paz e igualdad. Hay que ir más allá de los deseos terrenales ¿Hay algo más importante que despertar el alma y dejar que regrese y se funda con la luz? ¿Hay algo superior al amor y a la paz universal? ¿Es legítimo matar para dar un capricho a nuestro paladar? ¿No podríamos vivir tomando leche por las mañanas y vino por las noches?

Tras narrarme esta historia, Clítia se quedó esperando mi respuesta y, como vio que mi lengua no se movía, se apartó

un mechón de su cabello que cubría con jirones su mirada y me dijo:

—Lais y yo hemos hecho un pequeño monumento dedicado a la joven egipcia que encontraron en la pradera de posidonias. A los lados de un pequeño altar hemos puesto una efigie de Atenea y otra de Poseidón y en el centro flores y fruta. Creo que el pescador que la rescató, a quien habrás encontrado algunas veces en el círculo de Platón, le ha hecho unas honras fúnebres dignas de una diosa. Al final hubo vino y canciones marineras y tampoco faltó la danza dionisiaca. Antínoo, el mesonero del Odiseus, apareció en los rituales acompañado de aquellas bellísimas mujeres que partieron hace unas semanas hacia el santuario de Afrodita en Pafos ¿Te acuerdas?

Yo, que me veía desbordado por la elocuencia de Clítia, me quedé con la mirada vidriosa, y, a mi mente regresó el recuerdo de El Jeroglífico llevando sobre sus espaldas el cuerpo sin vida de aquella indómita pirata. Me acordé de los niveos y mortecinos pies de Anhura, gélidos, inermes, tallados en mármol blanco por la espuma, dejando sus últimas huellas en el aire, cual palomas invernales colgadas de las ramas de un olivar, y el reluciente y empapado dorso de mi salvador llevando su preciosa carga entre una nube de gaviotas.

—Fritz, compruebo que regresas a tus ausencias— me dijo Clítia—. ¡Despierta, que hoy vuelve Platón y viene acompañado de Lais! Veo que te ha impresionado la historia de la joven egipcia.

Nada más decir esas palabras, se retiró a cambiarse de ropa, giró sobre sí misma con un ligero estremecimiento de duda y me observó con una mirada enigmática, borrosa, como si pensara suicidarse, ofrecerse en sacrificio a algún dios desconocido o estuviera a punto de revelarme un pensamiento inconfesable.

Yo sentí un escalofrío y por un instante me imaginé que la luna se convertía en una bola de nieve y rodaba por la bóveda celeste apagando todas las estrellas. La noche era fría y el mar se intuía en la lejanía con la resonancia del susurrante eco de su alma encerrada en caracolas.

Poco antes de ponerse el sol, llegó Platón con sus discípulos, entre los que se encontraba un adolescente impúber llamado Aristóteles que hablaba por los codos con Laís. Ésta, nada más verme, vino corriendo a mi lado, y tuve que frotarme los ojos varias veces para reconocerla. Había tanto brillo en su cara que eclipsaba todas las lámparas del jardín. Llevaba un quitón blanco y una diadema dorada sobre la frente. Era imposible saber su edad, daba la impresión de que había alcanzado la inmortalidad y que, tras haber abandonado los tenebrosos laberintos del infierno, se había reconciliado con el mundo y con los dioses. Su voz era música, su madurez, el remanso de paz que buscan los sabios y su mirada, una fuente cristalina sin fondo velada por unos párpados traslúcidos, frescos, luminosos, cual pétalos recién regados de rosas.

Me cogió del brazo y juntos fuimos a una gran sala, en cuyo centro había una escultura de Afrodita cubriendo su pubis con una hoja de parra.

Platón se descalzó con parsimonia y se sentó sobre un abultado cojín persa de áureos colores que lucía un bordado de una elefante hembra embarazada que tenía los ojos torneados y daba la impresión de que estaba sumergida en el placebo de la fantasía.

—Hay un proverbio oriental¹²⁸— dijo Clítia—, sorprendida por al aspecto vivaz de Aristóteles, que dice que *todos los hombres son sabios, unos antes, otros después*. Si eso es cierto, alcanzar la visión suprema es una cuestión de tiempo y de paciencia ¿No es así?

128 Famoso proverbio chino.

El discípulo de Platón sonrió y respondió:

—Querida Clítia, la cabeza del ser humano es más dura que una nuez. Sólo rompiendo esa cáscara con los golpes del martillo del conocimiento y de la mano de un buen maestro, se puede saborear el fruto de la verdad.

—Y ¿Cuál es la verdad?— preguntó Clítia con una curiosidad creciente.

—Sólo hay tres verdades— respondió Aristóteles—, que en aquella época todavía estaba muy verde: el nacimiento, la vejez y la muerte. La única forma de superarlas y ser feliz, es la sabiduría y el amor. Además de pensar, hay que seguir la dirección correcta en pensamiento, palabra y obra.

—¡Amado Aristóteles! Parece que acabas de encontrarte con Buda en el altar de Pitágoras ¿Tú también te estás dejando influir por las religiones orientales?— señaló Clítia con aparente desdén.

El filósofo sonrió y contestó:

—En el verdadero árbol del conocimiento todas las ramas, no importa su raíz, crecen en dirección al Sol.

Platón se acercó un racimo de uvas, bebió un poco de vino, se dirigió a Lais y la preguntó:

—¿Qué es la belleza, origen de desgracia o felicidad?

Lais, reticente a contestar, optó por devolverle la pregunta en forma de parábola, y su voz angelical nos hechizó con esta historia:

En el segundo libro de Samuel se ensalza la belleza de Bet-sabé, la turbadora esposa de Urías que cautivaba a todos los hombres. Cuando un día el rey David paseaba por el terrado de su casa, vio a la joven bañándose desnuda en una azotea contigua y se embriagó con las perfumadas flores de su sensualidad. Ésta, sintiendo la lujuriosa mirada de David clavada en

su cuerpo, gozó de su infinita vanidad y, en vez de pedir a sus esclavas que la cubrieran con una cortina, mostró sus encantos sin pudor encendiendo la pasión del rey. Aquella imagen tan provocadora abrasó el corazón del héroe que venció a Goliat y decidió hacerla suya al precio que fuera. Fue entonces cuando David cometió un acto ignominioso y tramó la muerte de Urías el hitita para que le dejara el camino libre. Durante un ataque a una ciudad, dejó a su marido en una encerrona y el enemigo le cosió a cuchilladas. Más tarde David llamó a su lecho a Betsabé y está sonrió y se aflojó la túnica, quedándose como Eva.

Todos hemos oído hablar de su hijo Salomón ¿Producto de un adulterio repugnante? ¿De un capricho de los dioses? ¿Del arrebatador poder asesino de la belleza y la pasión? ¿Del deseo ciego que mata y esclaviza la razón?

Se dice que cuando David tomó a Betsabé por esposa se negaba a aceptar su crimen y borraba con el vino su memoria, al igual que los muertos se olvidan que nacieron con el agua del Leteo.

El Dios de los judíos no deseaba que David viviera sin remordimientos de conciencia tras asesinar a Urías y mandó a su palacio al profeta Nathan para acusarle mediante un juego de palabras de su crimen. Contó un suceso tan horroroso al rey, que éste cayó en la trampa y respondió:

—Quien haya hecho eso, merece morir.

La respuesta de Nathan fue clara y contundente:

—Tú eres ese hombre.

Lais permaneció unos segundos en silencio y optó por convertirse en eco de Platón:

—¿Es la belleza causa del mal? ¿Se debe ocultar o mostrarse en todo su esplendor?

—Encantadora Lais —dijo el maestro—, la belleza nunca se debe esconder. Lo que hay que hacer es educar al hombre para que sepa descubrirla y ensalzarla. La voluptuosidad que enloquece al común de los mortales nada tiene que ver con la perfección que yo persigo. La que yo amo e identifico con la bondad es aquella que sólo, cuando tenemos el alma limpia, nos es dado el reconocerla.

—¿Y cómo se consigue ese estado?— inquirió Clítia.

Platón miró a Aristóteles y éste, midiendo sus palabras, respondió:

—El único camino que yo conozco es el esfuerzo que da alas a la potencialidad del ser y rescata a nuestro dios interior.

—¿Podrías ser más claro?— insistió mi amante.

—Un genio no puede ganar a una persona que se esfuerza, y una persona que se esfuerza no puede ganarle a la persona que disfruta con lo que hace— sentenció Aristóteles.

Luego Platón se fijó en mí mientras contemplaba el perfil de Lais y me preguntó:

—Y tú, Fritz, ¿Sabes por qué la belleza es objeto de culto en Grecia?

Yo sentí una vergüenza espantosa y, tras tartamudear un poco, contesté:

—A nadie le gusta encontrarse cara a cara con lo deforme. La belleza es redentora, siempre deja sus huellas, para quienes quieran seguirlas, en el camino que conduce hacia los dioses.

Platón tosió ligeramente, dio otro sorbo de vino y dijo:

—Bajo el sol de la razón, sólo hay luz y claridad. Lo único que causa repugnancia al alma es la ignorancia, esa ramera estéril que se interpone entre nuestro espíritu divino y el sueño prometeico.

Clítia le sirvió un poco más de agua de la cepa y Platón se puso a tocar la copa, como si acariciara el mundo, y una sonrisa ancha, como el océano, se dibujó en su rostro. En ese momento me acordé de Creófilo y sentí que todos éramos un poco más sabios.

Luego el vino corrió con generosidad y la conversación se hizo más animada, los tímidos se hicieron valientes y los valientes, atrevidos. Las fronteras se ampliaron y los relieves que a simple vista resaltan, se hicieron uniformes, así como las montañas se convierten en llanuras y los precipicios se unen con puentes colgantes que hacen posible todos los caminos. Luego hubo una fiesta y se celebró un concurso de canto. Platón dedicó una canción al sol y sacó a bailar a Lais. Después ésta y Clítia entonaron una melodía a dúo sobre la llegada de la primavera y yo, obligado, recité unos versos de la Odisea y sobre el eterno sueño de Ítaca.

Cuando los invitados partieron, la noche cubrió el firmamento con sus parpadeantes pupilas encendidas. Y Clítia, observándome con ternura, me cogió de la mano y me llevó a una sala muy pequeña, donde volvió a servirme otra copa de vino y me pidió que la escuchara atentamente:

—He pasado contigo los momentos más felices de mi vida, pero la rutina, la monotonía y la costumbre, han hecho que disminuya mi pasión hacia ti y he acabado viéndote como a un hermano. No he dejado de quererte, pero a veces me aburro y me ahoga una asfixiante falta de oxígeno. Me gustaría que aceptaras ser mi mejor amigo, el cómplice que compartió conmigo las delicias del placer y del amor. Quiero que dejemos nuestra relación y que cada uno escoja su camino. Deseo seguir descubriendo las sorpresas que me depara el destino sin las cadenas que me he puesto sin darme cuenta. Anhele los tiempos en los que mi corazón no era absorbido por ti y me movía sin esposas en horizontes de libertad donde la mente y la palabra cabalgan sin espuelas.

Hizo una pausa y continuó:

—Siempre recordaré tus formas apolíneas y tu astuta mirada, virtud que la vieja sabiduría aélica atribuía al enemigo Odiseo.

La besé y la mano, y le dije:

—¡Amadísima Clítia! No sabes el peso que me quitas de encima. Desde hace un tiempo quería decirte lo mismo, pero no me atrevía. Cada vez que me disponía a comunicártelo, se me hacía un nudo en la garganta y la nuez me crecía como una granada impidiéndome hablar. Ahora que te has expresado con sinceridad, siento un sabor agridulce que me ha traído de golpe a la memoria los maravillosos momentos que pasamos juntos. Yo también deseo seguir siendo tu óptimo compañero y aliado y, ocasionalmente, tu ladrón enamorado. Debido a mi naturaleza bifronte, siempre he admirado a Odiseo, su habilidad para huir de casa y dejarse raptar por irresistibles ninfas que le ponían cadenas de agua. Todos saben que en su camino no hubo tempestades ni lestrigones, su único plan era no llegar a Ítaca, demorar el regreso y dejarse atrapar y hechizar por diosas como tú.

Clítia sonrió y, cuando se disponía a regañarme, apagué sus palabras con mis besos.

Aquella noche hubo muchas noches con muchas lunas e hicimos el amor con la misma pasión y curiosidad que la primera vez. Al levantarme corrí las cortinas del dormitorio y no pude evitar una exclamación: había caído una espesa nevada y parecía que había regresado con su enorme caracola el viejo Bóreas, el gélido e implacable dios que ni tuvo compasión de la indefensa y adorable princesa Oritia.¹²⁹

129 Boreas raptó a la princesa ateniense Oritia cuando paseaba a la orilla del río Ilisos.

Me puse un abrigo de piel, Clítia se acurrucó conmigo dentro de él, y paseamos por el blanco jardín sin poder creer lo que veíamos.

Como el destino ya había hablado, decidí que había llegado la hora de seguir las huellas de Heródoto y averiguar algo sobre la vida de Anhura. Sin dar ninguna explicación, me despedí de mi amada y en un abrir y cerrar de ojos me planté en el puerto buscando una nave para cruzar el vinoso ponto.

Allí, las embarcaciones estaban sepultadas bajo la nieve y las gaviotas, inmóviles, parecían esculturas de hielo. Ese día, nadie quiso llevarme a Egipto.

Fin del Primer Libro

ÍNDICE

PRÓLOGO	13
INTRODUCCIÓN.....	17
Capítulo I	25
Capítulo II	39
Capítulo III	59
Capítulo IV	103
Capítulo V	127
Capítulo VI	143
Capítulo VII	179
Capítulo VIII	205

